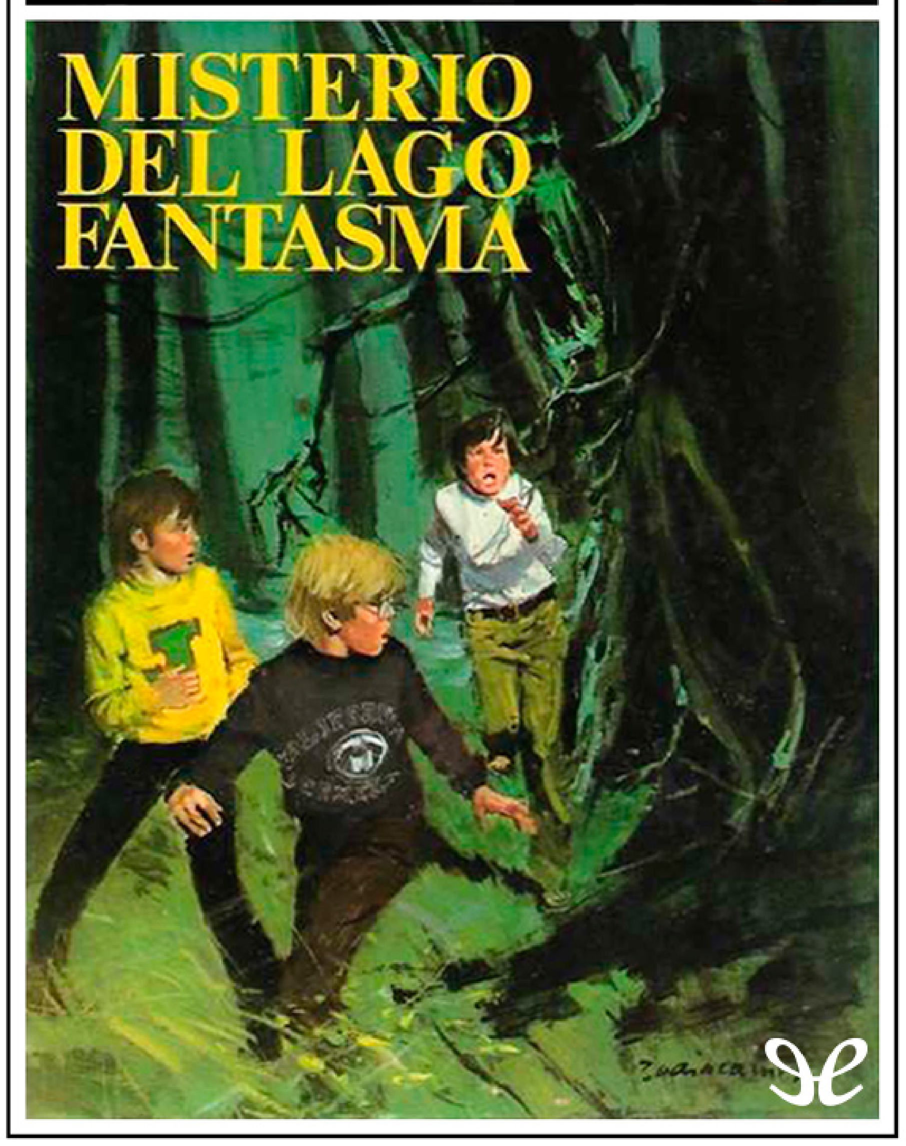
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio del lago fantasma

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 19

ePub r1.6
Titivillus 01.10.16

Título original: *The Secret of Phantom Lake*
William Arden, 1973
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano
Retoque de cubierta: Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Un mensaje de Alfred Hitchcock

¡Un antiguo naufragio! ¡Un tesoro de piratas! ¡Una ciudad fantasma! ¡Una isla con fantasmas! ¡Que Dios confunda al bribón de Jupiter Jones, ese jovencito tan atrevido! ¿Cómo puedo negarme a anunciar esta historia con unos elementos tan tentadores?

Por tanto, y una vez más, cojo la pluma para invitar a todos los lectores a que se unan a mí. Pero con cuidado y mirando hacia atrás… pues el misterio y el peligro acechan a los que siguen las aventuras de los Tres Investigadores por el Lago Fantasma.

Para aquellos que viven en regiones tan remotas que todavía no conocen a nuestro terceto de jóvenes detectives, les informaré que su enojoso cerebro director es el gordinflón Jupiter Jones. Peter Crenshaw es el alto y musculoso Segundo Investigador; y Bob Andrews es el pequeño, pero resistente Archivero.

Residen los tres en Rocky Beach, California, una población situada a varios kilómetros al norte de Hollywood, y su cuartel general es un remolque viejo y escondido en el «Patio Salvaje de los Jones», propiedad de los tíos de Jupiter. Desde aquel escondite, se dedican a descubrir toda clase de villanías y a desenmascarar a ladrones y gente malvada.

Pero ahora se enfrentan con un enigma que tiene una antigüedad de cien años. ¿Creéis que el terceto de investigadores lo solucionará? ¿Cuál es el secreto oculto en una carta amarillenta y en el diario de un marino fallecido hace muchos años?

¿Fue robado el tesoro pirata del buque naufragado en una noche de tormenta, cien años atrás? ¿Quiénes son los hombres ocultos en las sombras que acechan a los muchachos?

¿Puede el obstinado terceto solucionar un mensaje del muerto, y descubrir el secreto del Lago Fantasma? Y en tal caso… ¿podrán averiguarlo todo a tiempo?

¡Ya veremos!

ALFRED HITCHCOCK

CAPÍTULO 1

El cofre del mar

—¡Atiza! —exclamó Bob Andrews—. ¡Es un verdadero kris malayo!

Todos los ojos resplandecieron: Bob exhibió la hoja rizada del largo cuchillo a sus dos compañeros, Jupiter Jones y Pete Crenshaw. Los muchachos se hallaban en un museo de poca importancia, situado unos kilómetros al norte de su hogar en Rocky Beach. Pete pasó suavemente el dedo por el filo del cuchillo, y se estremeció. Jupiter asintió prudentemente.

—En los viejos tiempos zarpaban muchos buques de California a las Indias Orientales —observó—. Muchos artefactos de este pequeño museo proceden de Oriente.

Pete y Bob gruñeron silenciosamente cuando Jupe empezó a discursear. El corpulento chico tenía la cabeza llena de datos interesantes, mas cuando impartía a otros sus conocimientos tendía a mostrarse un poco fatuo, lo cual era intolerable.

Tía Mathilda interrumpió la conferencia gritando desde el otro lado de la sala:

—Ahora estoy más interesada en saber cómo nos llevaremos esos cacharros, Jupiter Jones. Dejad de jugar, muchachos, y a cargar el camión.

—Sí, tía Mathilda —asintió Jupe mansamente.

El museo turístico, especializado en reliquias de los viejos tiempos marítimos, iba a terminar su existencia. Tía Mathilda y tío Titus Jones estaban adquiriendo la pequeña colección para revenderla en su «Patio Salvaje», la cacharrería más elegante de la costa occidental.

Tía Mathilda era la que en realidad regentaba «Patio Salvaje», en tanto su marido, tío Titus, estaba más interesado en descubrir nuevas adquisiciones para la cacharrería. Ella era una mujer alta y

gruesa, de lengua un poco acerada, aunque de buen carácter y muy afable. Pero cuando tenía a los muchachos a su alrededor sólo se le ocurría una idea: ¡hacerles trabajar! Jupiter, que vivía con sus tíos, trataba de mantenerse fuera del camino de tía Mathilda. Él y sus dos amigos tenían un trabajo muy importante al que atender, dirigiendo su empresa de detectives juveniles, «Los Tres investigadores». Pero aquella mañana, tía Mathilda había visto a los chicos en la cacharrería y les pidió ayuda. ¡O sea que estaban atrapados el primer día de las vacaciones de Navidad!

Suspirando, los muchachos empezaron a llevar objetos fuera, pasándoselos a Hans, uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban en «Patio Salvaje». Al observar la expresión cariacontecida de los tres amigos, Hans empezó a silbar maliciosamente *Campanas Navideñas*, mientras iba cargando la camioneta en el patio. Tía Mathilda vigiló a los muchachos un instante y regresó al interior del museo para seguir inventariando la mercancía junto con el dueño del establecimiento, señor Acres.

Una vez terminado el inventario, tía Mathilda ayudó a los chicos a envolver algunos cajones situados al final de la sala de exhibiciones. El señor Acres se dirigió a la entrada del museo para atender a un visitante que acababa de llegar. Unos momentos más tarde, los muchachos y tía Mathilda le oyeron gritar.

—¡No me importa a quien se lo prometió usted!

La voz del señor Acres era conciliadora.

—Por favor, caballero…

—¡Es mío —rugió la voz—, y lo quiero ahora mismo!

La voz era ronca y rasposa, con una nota de amenaza. Tía Mathilda corrió hacia la parte delantera de la sala, seguida de los Tres Investigadores. Cuando llegaron al lado del señor Acres, éste decía:

—Lo siento, pero vendí todo lo del museo al «Patio Salvaje» de los señores Jones. Sin excepciones.

El señor Acres se hallaba de pie sobre un cofre de madera de teca, de carácter oriental, muy recargado de adornos, con pesadas molduras de bronce.

Frente al dueño del museo se hallaba un hombre bajito, con una barba larga, amplia y espesa, de color negro. Sus relucientes ojillos oscuros estaban muy hundidos en un rostro surcado de arrugas y

tostado por el sol. Por una de sus mejillas, hasta la barba, se veían dos gruesas cicatrices. Llevaba una chaqueta de marino, pantalones azules muy anchos y una gorra de marino mercante, con un galón dorado descolorido.

El desconocido miró airadamente al señor Acres y exclamó:

—¡Pues yo sí hago una excepción! ¡Ese cofre me pertenece y voy a llevármelo! ¡Y le advierto…!

—¡Oiga, buen hombre! —se sulfuró el señor Acres—. Yo…

—Me llamo Jim —gruñó el desconocido—. Java Jim. Así me llaman, y traje este cofre desde muy lejos. Este cofre encierra un grave peligro, ¿me entiende?

Los muchachos se atragantaron. Java Jim volvió sus brillantes ojillos hacia ellos y musitó un juramento.

—¿Qué queréis, chicos? —aulló—. ¡Vamos, levad anclas! Y también esa viejales… ¡Vamos, largo!

Jupiter miró rápidamente a tía Mathilda y reprimió una sonrisa. Tía Mathilda se estaba poniendo más colorada que un tomate.

—¿Qué? —exclamó la dueña de «Patio Salvaje»—. ¿Qué me ha llamado, payaso barbudo? ¡Si no fuese una señora muy señora, le echaría de aquí yo misma!

Estupefacto ante la furia de tía Mathilda, el marino retrocedió seguido por la corpulenta mujer.

—Creo que ha cometido usted un error, Java Jim —sonrió el señor Acres—. Resulta que esa señora es la propietaria de «Patio Salvaje». Y el cofre le pertenece ahora ella.

Java Jim parpadeó.

—Yo… Bueno, lo siento mucho, señora. Ha sido mi mal carácter. Le ruego me disculpe, pues no quise ofenderla. He estado embarcado demasiado tiempo, sólo con marineros a mi alrededor, ¿comprende? Y ahora que he hallado mi cofre, he perdido la cabeza.

Toda la ira violenta parecía haber desaparecido del ánimo del barbudo. Tía Mathilda también se serenó con la misma rapidez que había estallado. Señaló el cofre oriental, que los tres muchachos estaban ya examinando.

—Si ese cofre le pertenece a usted, ¿cómo se halla aquí? —quiso saber tía Mathilda.

—Fue robado, señora —declaró Java Jim—. Un bribón lo robó

de mi barco hace dos semanas, cuando anclamos en el puerto de San Francisco. Luego, lo vendió en un comercio de segunda mano del muelle. Pero el comerciante lo revendió aquí, antes de que yo pudiera rescatarlo, de modo que aquí he venido.

—Bueno… —comenzó a decir tía Mathilda.

Bob, que acababa de levantar la tapa del cofre, indicó la parte interior de la tapa alzada.

—Hay un nombre aquí, *Argyll Queen*. ¿Cuál es el nombre de su barco, señor Java Jim?

—No es éste, chico —repuso el aludido—. Se trata de un cofre antiguo, que probablemente ha pasado por cincuenta manos al correr de los años. El nombre ya estaba ahí cuando lo compré en Singapur.

—Yo lo recibí precisamente ayer de manos de Walt Baskins, de San Francisco —explicó el señor Acres—. Le había pedido diversos objetos interesantes para este museo, señora Jones. Y cuando decidí venderlo todo y clausurar el museo, me olvidé de cancelar ese pedido.

—Estoy dispuesto a pagar un precio justo —insinuó Java Jim.

—Bien —asintió tía Mathilda—. Supongo que le pertenece a usted. Puede pagarle al señor Acres lo que le costó y…

De pronto, un agudo zumbido resonó el museo.

—¿Qué es esto? —chilló Bob, levantando la mirada.

Se oyó un agudo chasquido.

¡Un relámpago muy fuerte… y una daga corta, de feo aspecto, pasó velozmente junto a una oreja de Jupiter, yendo a empotrarse en la pared!



CAPÍTULO 2

Peligro pasado y presente

Durante un largo momento todos permanecieron inmóviles. La daga se estremecía en la pared.

Tía Mathilda corrió hacia Jupiter.

—¿Te encuentras bien, Jupe? —le preguntó.

El muchacho asintió, sentándose débilmente sobre un viejo banco. ¡La daga había pasado junto a su oreja, fallando por muy pocos centímetros!

—¿Quién la arrojó? —indagó el señor Acres, mirando temerosamente a su alrededor.

—¡A mí no me mire usted! —gruñó Java Jim.

—Na… nadie la arrojó —tartamudeó Bob—. ¡Salió disparada del cofre!

El señor Acres fue hacia el arcón y miró dentro.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡En el fondo hay un compartimiento secreto! Ahora está abierto. Bob debe de haber tocado el mecanismo que soltaba la daga.

—Sí —afirmó Bob—. La daga debía estar en este compartimiento secreto, sobre un muelle que la soltaba, al abrirse la trampa.

—¡Para apuñalar a cualquiera que descubriese este escondrijo secreto! —añadió Pete.

Tía Mathilda se acercó a Java Jim.

—¡Si esto ha sido obra suya, yo le…!

—¡Yo no sé nada de ninguna trampa! —se defendió el marino coléricamente.

—No —intervino Jupiter de pronto. El color había vuelto a su rostro. Luego, sacó la daga de la pared y estudió el arma mortal. Después continuó—: Se trata de una daga oriental, probablemente de las Indias Orientales. Seguro que esa trampa fue dispuesta hace

cien años por unos piratas indios.

—¡Atiza! —volvió a exclamar Bob.

—¡Arrea! —exclamó Pete.

—¿Piratas? —preguntó Bob.

Con las pupilas brillantes, Jupiter volvió con la daga junto al cofre y se inclinó para examinar el mecanismo con el muelle en el interior del compartimiento secreto. Luego asintió triunfalmente.

—¡Ya lo veo! El muelle y la sujeción fueron hechos a mano y están oxidados. Decididamente —proclamó el Primer Investigador —, es una obra antigua. Es una trampa típica de los piratas orientales para proteger tesoros ocultos. Tal vez sea obra de unos piratas javaneses o malayos.

—¡De Java, como Java Jim! —exclamó Bob.

Todos contemplaron al barbudo marino.

—Eh, un momento —gruñó éste—. Lo mío es un apodo que me pusieron de joven porque durante algún tiempo viví ciertamente en Java. ¡Pero no sé nada de piratas!

—Yo ni siquiera sé dónde está Java —suspiró Pete.

—Es una gran isla de Indonesia —le explicó Jupiter—. Junto con Sumatra, Nueva Guinea, Borneo y Célebes, y varios millares de islas mucho menores. Indonesia es ahora un país independiente, pero antaño fue una colonia holandesa de las Indias Orientales. Solía estar llena de centenares de pequeños reinos denominados sultanatos, regidos por sultanes locales que en su mayor parte eran piratas.

—¿Como Barbanegra? —preguntó Pete—. ¿Piratas que llevaban barcos, cañones y banderas con tibias y calaveras?

—No exactamente así, Pete —replicó Jupiter con cierta pomposidad—. Éstas eran las señales o signos de los piratas de occidente. Barbanegra era inglés, como sabes. Los piratas orientales no poseían grandes barcos ni banderas piratas, y tenían muy pocos cañones. Eran nativos que merodeaban por entre los centenares de islas del Pacífico, por sus riachuelos y sus poblados, y atacaban a los buques europeos y americanos, abordándoles por enjambres.

Jupiter hizo una solemne pausa.

—Los buques occidentales iban allí en busca de pimienta y otras especias, y estaño, té y sedas de China. Nuestros buques llevaban productos manufacturados para el intercambio comercial y muchas

bolsas con oro y plata para adquirir los productos orientales. Los piratas orientales atacaban a esos buques para robar el dinero y las armas. A veces, nuestros barcos replicaban y atacaban a los piratas en sus madrigueras. Los piratas poseían muchos trucos defensivos, incluyendo las trampas en los arcones.

—¿Quieres decir que nuestros marinos —preguntó Bob— robaban de nuevo lo que nos robaban los piratas?

—Seguro, Bob. Aunque —añadió Jupiter pensativamente— se dice que todavía quedan pequeñas bandas piratas, ocultas en aquellas remotas islas.

—¡Mira, Jupe! —gritó Pete. El muchacho alto estaba buscando y examinando el viejo cofre. De pronto, blandió un objeto pequeño y brillante—. ¡Un anillo! ¡Estaba en el compartimiento secreto!

—¿Hay algo más? —se interesó Bob muy excitado.

Java Jim lo apartó a un lado y se inclinó sobre el cofre.

—Veamos… ¡No, maldita sea mi suerte, no hay nada más!

Jupiter cogió el anillo de manos de Pete. Estaba tallado de forma intrincada, y podía ser de oro o de bronce. El dibujo era oriental, con una piedra roja que brillaba en el centro.

—¿Es bueno, Jupe? —preguntó Pete.

—No lo sé, Pete. Tal vez. Había mucho oro y piedras preciosas en las Indias. Pero también fabricaban muchos objetos falsos. Así engañaban a los europeos que no sabían ver la diferencia.

Java Jim alargó una mano hacia el anillo.

—Falso o bueno, chico, el anillo es mío. El cofre me lo robaron a mí y todo lo que contiene es mío —afirmó el barbudo marino—. Bien, diga el precio y me llevaré el cofre.

—Veamos… —comenzó a pensar tía Mathilda.

—No sabemos que el cofre sea suyo, tía Mathilda —intervino rápidamente Jupiter—. Su nombre no está en la tapa y sólo tenemos su palabra y lo que nos ha contado.

—¿Piensas llamarme embustero, chico? —gruñó Java Jim.

—Enseñe el recibo de venta —le retó Jupiter obstinadamente—, o traiga algún testigo que le viese adquirir el cofre, o que sepa que lo tenía usted en el barco.

—¡Todos mis camaradas lo vieron! Y ahora…

—Entonces —continuó Jupiter con firmeza—, sugiero que se guarde el cofre en el «Patio Salvaje», y prometemos no venderlo en

una semana, esperando a que usted nos traiga las pruebas. Seguro que a usted no le importará aguardar unos días.

—Esto me parece justo —opinó el señor Acres.

Java Jim se enfureció.

—¡Jovencito, ya estoy más que harto! ¡Voy a llevarme lo que es mío y que nadie intente impedirlo! —Avanzó hacia Jupiter, con su ronca voz amenazante—. Primero, quiero el anillo. Vamos, dámelo.

Cuando el marino se le acercó, Jupiter retrocedió hacia la puerta exterior.

—¡Oiga usted! —gritó tía Mathilda.

—¡Cállese, vieja! —exclamó Java Jim.

En el umbral apareció una ancha sombra. Hans, el ayudante de «Patio Salvaje», acababa de entrar en el museo.

—¡No hable así a tía Mathilda! —refunfuñó Hans—. Vamos, pídale disculpas.

—¡Quiere arrebatarle un anillo a Jupiter y robar el cofre, Hans! —declaró Bob.

—¡Cógele, Hans! —ordenó Jupiter.

—Ya le he cogido —dijo el ayudante rubio con sencillez, avanzando rápidamente.

Con otro juramento, Java Jim empujó al señor Acres hacia Hans y corrió hacia el fondo del museo.

—¡A por él! —chilló Pete.

Pero Hans tropezó con el señor Acres y trastabilló hacia los tres muchachos. Cuando todos volvieron a poder correr, Java Jim ya había huido por la puerta trasera. Detrás del museo se oyó el motor de un coche. Cuando todos salieron del local, sólo divisaron una nube de polvo, dentro de la cual el coche se desvanecía por la carretera de la costa, en dirección a una empinada colina.

—¡Buen viaje! —suspiró tía Mathilda—. Ahora podemos terminar de cargar la camioneta.

—Caramba —exclamó Bob—. ¿Para qué querría ese cofre?

—Trataba de quedárselo por las buenas, estoy segura —opinó tía Mathilda—. Vamos a trabajar, chicos. Necesitaremos hacer otro viaje.

Una hora más tarde, el camión estaba cargado hasta los topes. Hans y tía Mathilda entraron en la cabina. El señor Acres ayudó a los Tres Investigadores a trepar en la parte posterior. Jupiter tenía

el ceño fruncido.

—Señor Acres —dijo el grueso jefe del trío—, dijo usted que aquel comerciante de San Francisco, el señor Baskins, le envió el cofre por ser de interés local, ¿verdad?

—Exacto, Jupiter —asintió el dueño del museo—. Aquel nombre, *Argyll Queen*, es el nombre de un barco que se hundió frente a la costa de Rocky Beach hace unos cien años. A veces, se han encontrado algunos objetos pertenecientes a ese barco hundido, que yo he exhibido.

—Naturalmente —observó Jupiter—. Se trata de aquella corbeta que chocó con un arrecife en 1870. Lo recuerdo.

La camioneta arrancó, y los muchachos se instalaron cómodamente dentro. Jupiter estaba sumido en sus pensamientos, mientras Bob y Pete charlaban y contemplaban el escurridizo paisaje.

Por fin, Pete también arrugó el entrecejo. Cuando el camión llegó a «Patio Salvaje», Pete se inclinó hacia Jupiter.

—Jupe, creo que nos siguen. Un Volkswagen verde va detrás de nosotros desde el museo, y acaba de penetrar en nuestra calle.

Los muchachos saltaron del camión y corrieron hacia la verja del patio. Un Volskwagen verde se hallaba estacionado al otro lado de la calle. Pero antes de que pudieran divisar quién lo guiaba, el coche arrancó de pronto entre un chirrido de neumáticos.

—Diantre —exclamó Pete—. ¿Creéis que era Java Jim?

—Tal vez —opinó Jupe—. Pero Java Jim huyó del museo en otra dirección, Pete.

—Quizás alguien más se halla interesado en el viejo cofre —observó Bob.

—O en el naufragio del *Argyll Queen* —arguyó Jupiter. Sus pupilas brillaban misteriosamente—. ¡Éste es un caso digno de los Tres Investigadores! Nosotros…

—Conque estáis aquí… —rezongó tía Mathilda apareciendo detrás de los muchachos—. El camión no se descargará solo. Vamos, a trabajar.

Obedientemente, los tres amigos se dirigieron al camión y ayudaron a descargarlo. ¡El misterio del cofre antiguo tendría que esperar!

CAPÍTULO 3

El naufragio del «Argyll Queen»

Hasta mediodía no quedó descargada la camioneta. Tía Mathilda atravesó la calle, hacia su casa, para disponer el almuerzo. Los muchachos corrieron rápidamente al lugar donde estaba el viejo cofre.

—Lo examinaré detenidamente en la Base —propuso Jupiter—. Llevadlo allí vosotros dos. Yo tengo que hacer una cosa antes.

El Primer Investigador echó a correr, dejando a Bob y Pete junto al arcón. Con un suspiro de protesta, los dos amigos cogieron entre ambos el mueble. Luego, fueron tambaleándose hacia la puerta del taller de Jupiter, situado en un rincón de la cacharrería. Bajo el banco de trabajo, se iniciaba el Túnel Dos, una tubería de hierro galvanizado que corría debajo de una verdadera montaña de chatarra, hasta la base secreta de los Tres Investigadores.

La Base era un viejo remolque que los chicos habían reparado. Estaba oculto a miradas indiscretas mediante grandes montones de chatarra y objetos invendibles. En el interior había un despacho moderno, completado con una cámara oscura, un pequeño laboratorio, escritorio, máquina de escribir, magnetófono y teléfono. Había también un periscopio para vigilar los alrededores de los montones de chatarra, y toda clase de equipo detectivesco, en su mayor parte inventos de Jupiter.

Pero uno de los rasgos más sobresalientes de la Base era también un fallo, como pudieron observar Pete y Bob trastabillando bajo el peso del cofre en el Túnel Dos.

—¡Es demasiado grande para que pase por el Túnel! —gimió Pete.

Los muchachos dejaron el cofre en el suelo y se contemplaron mutuamente.

—Todas las entradas nos bastan a nosotros —indicó tristemente

Bob—. ¡Seguro que no podremos entrarlo por ninguna!

Fue entonces cuando Jupiter salió arrastrándose del Túnel Dos, con aspecto excitado. Bob y Pete le expusieron el problema.

—Hum… —gruñó Jupe, observando la estrecha entrada del Túnel Dos—. Debí pensar en esto. Tal vez consigamos meterlo por la Fácil Tres.

La Fácil Tres era la entrada más sencilla al remolque. Una gran puerta de roble, con su marco, apoyada contra algunos maderos. Una llave mohosa, escondida en un barril lleno de objetos más mohosos aún, abría la puerta, y un corto pasillo conducía a la verdadera puertecita lateral del remolque.

—Será mejor que antes midamos la puerta verdadera —propuso Bob.

—Y antes de usar la Fácil Tres tendremos que esperar a que no haya nadie en el patio —añadió Jupiter—. Mientras tanto, chicos, he averiguado que toda la historia de Java Jim es un embuste.

—¡Chico! —exclamó Pete—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Qué has investigado?

—Llamé al comerciante de segunda mano de San Francisco, señor Baskins —explicó Jupe—. No compró el cofre a ningún marino, sino que lo encontró en otra tienda de segunda mano de Santa Bárbara. Y el otro comerciante, o sea el primero, lo tenía desde seis meses atrás.

—¡Cáspita! —se extrañó Pete—. A lo mejor, Java Jim no es un verdadero marino.

—Buena observación —asintió Jupiter con seriedad—. Java Jim pudo llevar aquella ropa de marinero como disfraz, para engañarnos y hacernos creer que es un marino. En realidad, el disfraz no era muy bueno. Aquellas ropas son demasiado gruesas para llevarlas en el sur de California, incluso en diciembre.

—Java Jim no sabía que se encontraría con nosotros —les recordó Bob—, y las mañanas y las noches son frías hacia Navidad.

—Sí, cierto —concedió Jupe—. Además, Java Jim estuvo ayer en la tienda del señor Baskins… ¡aunque le contó una historia totalmente distinta! Le dijo que su hermana había vendido el cofre mientras él estaba de viaje, y que deseaba recuperarlo.

Pete estaba intrigado.

—¿Por qué cambió de historia?

—Probablemente porque pensó que la que nos contó a nosotros nos impulsaría a entregarle el cofre más deprisa, y porque no quiere que nadie sepa cuál es su verdadero interés por el arcón —razonó Jupiter—. Pero el cuento que le endilgó al señor Baskins demuestra una cosa: Java Jim conoce a una mujer que vendió el cofre hace seis meses. Sólo que él no se ha enterado hasta hace muy poco, de lo contrario habría buscado mucho antes el cofre.

—Caramba —exclamó Bob—, ¿y por qué lo desea tanto? Bueno, si sólo es un cofre vacío.

—Excepto por el anillo —intervino Pete—. Quizá tenga mucho valor.

—No es más que un anillo y Java Jim ni siquiera sabía que estaba allí dentro hasta que descubrimos el compartimiento secreto.

—Tal vez sabía que había algo dentro del cofre —sugirió Pete.

—O tal vez —intercaló Jupiter— el cofre tiene importancia por proceder del *Argyll Queen*. ¡Tal vez incluso del naufragio!

Los ojos de Jupiter brillaban de modo especial, con un resplandor que significaba que se hallaba inmerso en un misterio.

—¿Crees que Java Jim se interesa por el cofre por pertenecer a un barco que se hundió hace cien años, Jupe? —preguntó Bob con cierta duda.

—¿Y por qué? —añadió Pete.

—No lo sé —admitió Jupe—; escuchad. Excepto por el anillo y la daga, el cofre sólo contiene el nombre del barco. Entonces, opino que hemos de investigar la historia del *Argyll Queen*.

—Debe de haber algo sobre el naufragio en la Academia de la Historia —apuntó Bob.

Pete se mostró desdichado.

—Tengo que ir a hacer las compras de Navidad con mamá y luego hacer mis deberes en casa con papá.

—Y yo he de volver con el camión para cargar el segundo viaje en el museo —explicó Jupiter—. Por tanto, la investigación es cosa tuya, Bob.

—De acuerdo —asintió el muchacho.

Usualmente, él se cuidaba de estas indagaciones especiales.

Poco después, los tres amigos oyeron como tía Mathilda llamaba a Jupiter, y así se separaron para almorzar.

Después de comer, la madre de Bob le envió a buscar otra serie

de bombillas navideñas, y eran ya las tres cuando llegó en su bicicleta a la Academia de la Historia de Rocky Beach. Dentro, una señora de cabellos grises le sonrió desde un mostrador.

—¿El *Argyll Queen*, jovencito? Oh, sí, creo que tenemos bastante material. Un terrible naufragio que varios años más tarde causó cierta conmoción. Hubo rumores de un tesoro.

—¿Un tesoro? —se emocionó Bob.

—Oro y joyas, creo —sonrió la señora—. Aunque creo que no encontraron nada. Te traeré todo lo que haya sobre el asunto.

Bob aguardó en la sala central de la Academia de la Historia, con cierta excitación. Cuando regresó la dama del cabello gris, llevaba una enorme carpeta.

—Temo que todo el material esté sin ordenar —se disculpó.

Bob cogió la carpeta y corrió hacia una de las salas de lectura. Sólo allí, sentóse a una mesa y abrió la carpeta.

Parpadeó sobresaltado. La carpeta estaba atestada de papeles, periódicos, folletos y artículos de revistas. Todo estaba revuelto. Suspirando, cogió el primer artículo… y en aquel momento habló una voz a su espalda:

—Temo que tardarás varios días en leer todo esto.

Sobresaltado de nuevo, Bob volvió la cabeza y divisó a un hombre bajo, que llevaba un traje de corte anticuado y una cadena de oro con un reloj. El hombre tenía una cara redonda, sonrosada, y llevaba gafas sin montura. Estaba sonriendo. Su voz era profunda y amistosa.

—Soy el profesor Shay, de la Academia de la Historia —dijo el recién llegado—. La señora Rutherford me ha hablado de tu interés por el naufragio del *Argyll Queen*. A nosotros nos gusta animar a la juventud en nuestra labor. Tal vez te ahorres bastante lectura si sólo quieres enterarte de algunos hechos.

—¿Sabe todo lo referente al barco hundido, señor? —preguntó ávidamente Bob.

—No es mi especialidad —admitió el profesor Shay— ni llevo aquí mucho tiempo, pero uno de nuestros profesores está compilando un folleto con toda la historia. Y yo me he enterado de muchas cosas. ¿Qué es lo que tú sabes, muchacho?

—Que el *Argyll Queen* era una goleta que se hundió frente a Rocky Beach en 1870 —repuso Bob—, y que hubo rumores de un

tesoro en su interior.

El profesor se echó a reír.

—Hay rumores de tesoros en todos los barcos que se hunden, amigo mío. Pero sabes la fecha exacta —el profesor sentóse delante de Bob—. El *Argyll Queen* era una goleta de tres mástiles con matrícula de Glasgow, Escocia, que se dedicaba al comercio de especias y estaño en las Indias Orientales. Puso proa a San Francisco, y desde aquí tenía que ir al Cabo de Hornos y regresar a Escocia, cuando una tormenta lo desvió de su rumbo. Luego chocó con un arrecife muy cerca de la costa una noche de diciembre de 1870.

El profesor hizo una pausa para aclararse la garganta.

—Fue una tormenta terrible y hubo muy pocos supervivientes. La mayor parte de la tripulación intentó llegar a tierra al momento y murieron todos en el mar. Por pura casualidad, el barco no se hundió inmediatamente. Y los pocos que sobrevivieron permanecieron a bordo hasta el amanecer, incluyendo al capitán que, como es natural, se quedó el último.

—¿Y no hubo ningún tesoro?

—Lo dudo, joven —replicó el profesor Shay—. El barco se hundió en aguas relativamente poco profundas, y los buceadores lo registraron algunas veces a partir de entonces. Incluso hoy día, hay buzos que se sumergen con este fin. Pero hasta ahora sólo se han encontrado algunas monedas corrientes de aquella época —el profesor sacudió la cabeza—. No, temo que esos rumores empezaron a correr a causa de otra tragedia que ocurrió poco después, relacionada al parecer con el *Argyll Queen*.

—¿Otra tragedia? —exclamó Bob—. ¿Cuál?

—Un superviviente, un marinero llamado Angus Gunn, se instaló muy cerca de Rocky Beach. Y en 1872 fue asesinado por cuatro individuos. Los cuatro asesinos fueron colgados por una *posse*[1] antes de poder declarar los motivos de su crimen. Pero uno de los cuatro era el antiguo capitán del *Argyll Queen*, por lo que la gente comenzó a murmurar que aquellos cuatro tipos perseguían algo que Gunn había sacado del barco antes de hundirse… quizás un tesoro, ¿entiendes? Mucha gente registró el barco, la costa y la propiedad de Gunn palmo a palmo, durante muchos años, pero nadie halló nada.

El profesor miró a Bob con simpatía y continuó su relato.

—Angus Gunn, como muchos marinos, llevaba un diario. En realidad, sus descendientes entregaron no hace mucho el diario a la Academia de la Historia para ayudar a redactar el folleto sobre el *Argyll Queen*. En 1872, el *sheriff* de entonces leyó el diario, y desde entonces la familia Gunn se ha dedicado a buscar el tesoro… sin éxito. Si hubo un tesoro, y Gunn se lo apropió, no dejó ninguna pista ni insinuación en su diario.

Bob frunció el ceño…

—¿Suponía la gente que el tesoro procedía de las Indias Orientales, donde había estado el barco?

—Pues sí, así decía la gente. Un tesoro pirata. ¿Por qué? ¿Sabes algo más, chico?

—Hum… no, señor —vaciló Bob—. Fue una idea.

—Ya —sonrió el profesor—. Pero ¿por qué estás tan interesado en el hundimiento del *Argyll Queen*?

—Bueno… —balbució Bob—, se trata de un tema que nos dieron en el colegio para hacer durante las vacaciones de Navidad.

—Claro —aprobó el profesor—. Un buen tema, muchacho.

—Señor, ¿podría ver el diario y el nuevo folleto?

Los ojillos del profesor Shay relucieron detrás de sus gafas sin montura.

—Para tu tema escolar, ¿eh? Claro, muchacho, y si averiguas algo nuevo, pondremos tu nombre en el folleto.

El profesor se alejó sonriendo. Unos minutos más tarde, la señora Rutherford entró con un pequeño manuscrito, titulado *Naufragio del Argyll Queen*, y un cuaderno envuelto en tela embreada. Bob empezó a leer ambas cosas.

Anochecía cuando Bob se dirigió en bicicleta hacia el Patio Salvaje. En torno al patio había una valla coloreada de manera artística debido a varios pintores y decoradores de Rocky Beach. En la parte posterior de la valla se veía un cuadro que representaba el incendio de San Francisco en 1906.

Bob llegó junto a la valla y se detuvo a unos quince metros de la esquina. Allí, había pintado un perrito en medio del incendio, mirando tristemente las llamas que consumían su antiguo hogar. Los Investigadores le habían puesto el nombre de Rover. Bob quitó el nudo de madera que formaba un ojo de Rover, metió la mano

dentro del agujero, y descorrió un cerrojo. Tres tablas de la valla se levantaron y Bob pasó adentro con su bicicleta. Era la Puerta Roja Rover, una de las entradas particulares y secretas de los Tres Investigadores al Patio Salvaje.

Desde allí, Bob podía pasar directamente a la Base por medio de un largo pasadizo oculto entre la chatarra. Pero decidió entrar antes en el taller. Llevando la bici al centro del patio, vio a Pete entrar por la puerta principal.

—Mi padre me ha obligado a trabajar toda la tarde —se quejó Pete—. ¡Vaya vacaciones! Casi prefiero ir al colegio.

Los dos muchachos se dirigieron a la puerta del taller. Dando un rodeo por los montones de chatarra que delimitaban la zona del taller, hallaron a Jupiter. Tenía una luz encima del banco de trabajo y estaba estudiando el cofre oriental. Cuando Bob comenzó a contar lo que había aprendido en la Academia de la Historia, Jupiter agitó una mano.

—¡Un momento! —pidió el grueso investigador, con tono excitado—. He vuelto a examinar el cofre. ¡Mirad lo que he encontrado!

Jupiter sostenía en alto un librito encuadernado en tela embreada que se parecía mucho al diario que Bob había leído en la Academia de la Historia, aunque éste era más delgado. Bob alargó la mano hacia el cuaderno.

De pronto, se oyó en la puerta una ronca voz que rugía:

—¡Yo me llevaré el libro, amiguitos!

Java Jim estaba allí, contemplando ferozmente a los muchachos.

CAPÍTULO 4

El segundo diario

Jupiter pegó un brinco y retrocedió hacia los montones de chatarra. Bob y Pete estaban paralizados en el sitio.

Java Jim avanzó amenazador hacia Jupiter, el cual agarraba el librito encuadernado con tela embreada, apretándolo contra su pecho.

—¡Pete! —gritó—. ¡Plan Uno!

Java Jim giró hacia los otros dos muchachos, con los ojos llameantes en su rostro maltratado por la intemperie:

—¡Sin trucos, chicos! Os lo aviso.

La fría mirada del barbudo marino parecía taladrar a Bob y Pete. Los contempló un instante, por si osaban moverse. Los dos Investigadores tragaron saliva. Java Jim sonrió malvadamente y volvióse hacia Jupiter.

—Bien, ahora me llevaré ese libro, amiguito —anunció roncamente.

—¡Usted es un embustero y un ladrón! —gritó Jupiter, retrocediendo en círculo.

Java Jim se echó a reír.

—¿Yo un ladrón? Tal vez sea algo peor, piénsalo bien. ¡Quiero ese libro!

Jupiter seguía alejándose, arrastrando consigo al marino hasta situarle cerca de un montón de chatarra, con la espalda al mismo. Pete y Bob se aproximaron a Java Jim.

—¡Ahora, chicos! —ordenó Jupiter.

Bob y Pete se inclinaron rápidamente y empujaron dos largas tablas de la torre de chatarra que el marino tenía detrás. Con una maldición, Java Jim se volvió. ¡Demasiado tarde!

—¡Aaaaaghhhh!

Mientras Bob y Pete daban un salto para apartarse, la pared de

chatarra se aplastó sobre Java Jim. Tablas, muelles de somier y sillas rotas, junto con pedazos de alfombras, todo cayó sobre el marino. Java Jim pataleó y agitó los brazos, tratando de protegerse y huir al mismo tiempo.

Bob y Pete sonrieron, pero Jupiter gritó de repente:

—¡A correr, chicos!

Saltando por encima de la chatarra caída, los Tres Investigadores salieron corriendo del taller hacia la oficina del Patio Salvaje, donde Hans estaba sacando los últimos objetos de la camioneta. Todavía se oía a Java Jim maldiciendo y esforzándose por salir de aquella maraña de chatarra.

—¡Hans! —gritó Pete—. ¡Java Jim está en el patio! ¡Nos atacó!

—¿De veras? —exclamó el bávaro—. Vamos a verlo.

Cruzaron el Patio Salvaje hacia el taller. Los ruidos de los fragmentos de chatarra habían cesado. A la luz crepuscular, una figura oscura surgió de la zona del taller en dirección a la valla del patio.

—¡Allí va! —indicó Pete.

—¡Y lleva algo! —gritó Bob—. ¡El librito! ¡Jupe ha debido dejarlo caer!

—¡Oh, no! —gimió Pete.

—Lo atraparemos en la valla —aseguró Hans, echando a correr.

—No lo creo —jadeó Jupiter, que por estar muy gordo no podía correr—. ¡Mirad, está en la Puerta Rover Roja! Debe de haber visto a uno de nosotros por allí.

—Ha pasado la valla —observó Bob, acongojado.

Los perseguidores apretaron el paso. Pero cuando llegaron a la Puerta Rover Roja y salieron a la calle, Java Jim no estaba a la vista.

—¡El Volkswagen verde! —señaló Pete.

El pequeño coche iba corriendo por la calle mal iluminada, y al llegar a la esquina aceleró.

—¡Se ha escapado! —gimió Bob.

—Lo siento, chicos —expresó Hans—, pero todos estamos a salvo. Bien, he de volver a mi trabajo. Es casi hora de cenar.

Los muchachos regresaron al taller y tristemente contemplaron la confusión reinante allí.

—Tendremos que ordenarlo todo de nuevo —se quejó Pete—, y

ni siquiera hemos detenido a Java Jim. Se ha marchado con el libro.

—Se ha marchado —asintió Jupiter—, pero no con el libro.

Sonriendo, el Primer Investigador metió una mano dentro de su camisa y sacó un delgado pliego de papeles. ¡Era el libro… sin la cubierta!

—Las páginas se estaban ya despegando de la encuadernación cuando descubrí el librito —explicó Jupiter sonriendo—. Cuando grité «Plan Uno» y Java Jim se volvió hacia vosotros, arranqué las páginas del libro y las guardé en mi camisa. Luego, al echar a correr, dejé caer la cubierta para que la viese Java Jim. La cubierta y el lomo parecían todo el libro. Y Java Jim lo cogió naturalmente al escapar.

—Esto es pensar de prisa —le felicitó Pete.

—¡Seguro! —añadió Bob contentísimo.

—La mano es más rápida que el ojo —sentenció Jupe—, especialmente en la oscuridad. En serio, compañeros, creo que Java Jim nos ha dicho algo que no intentaba decirnos.

—¿Qué nos ha dicho, Jupe? —quiso saber Bob.

—Que va detrás de algo más que de un simple cofre oriental —declaró Jupiter—. ¿No habéis reparado que ni siquiera preguntó por el anillo ni intentó llevarse el cofre?

—¡Atiza! —exclamó Pete—. ¡Es cierto! Sólo quería el librito.

—Como si supiese que el librito se hallaba dentro del cofre —agregó Bob.

—O sospechase que podía estar —le corrigió Jupiter—. Creo que lo único que deseaba Java Jim era el libro.

—Caramba, ¿cómo puede ser tan importante? —inquirió Pete, admirado.

Jupiter levantó las páginas del libro.

—Es un diario, Pete. Un diario donde hay anotadas todas las acciones y sucesos día a día. Yo…

—¿Un diario? —exclamó Bob—. Yo acabo precisamente de leer el diario de un superviviente del naufragio del *Argyll Queen* —el menor de los Investigadores relató acto seguido lo que había ocurrido en la Academia de la Historia—. En el manuscrito del folleto que me dejó ver el profesor Shay no había nada importante, y el diario sólo narraba lo sucedido a Angus Gunn durante unos dos años. Hablaba del naufragio, de cómo llegó a tierra en un bote al

amanecer cuando cesó la tormenta, sus andanzas por California, y cómo encontró un lugar que le gustó y edificó una casa.

—¿Nada respecto a un tesoro? —se interesó Pete.

Bob sacudió negativamente la cabeza.

—Tampoco nada respecto al capitán, ni a ningún peligro. Sólo hablaba de la casa recién construida. Y todo de manera muy monótona.

Mas Jupiter no opinaba lo mismo.

—Amigos, yo he hallado este nuevo diario dentro de una pared del cofre. Sí, el cofre tiene una pared doble, o sea, otra más delgada que la exterior. Probablemente para poder insertar el compartimiento secreto, o convertir al cofre en impermeable al agua. Cuando examiné antes el cofre, lo sacudí y oí un débil chirrido.

Bob y Pete estaban pendientes de las palabras del Primer Investigador.

—Cuando miré el interior con más atención, vi que una de las paredes contenía un fragmento de madera que no concordaba con el resto. El color era algo distinto y el grano diferente. Estaba claro que efectuaron una reparación, hace mucho tiempo. Bien, saqué la madera diferente y hurgué en el estrecho espacio existente entre las dos paredes con una percha, y así pesqué el librito de tela embreada.

—¿Supones, Jupe, que alguien lo escondió allí? —preguntó Pete.

—No, creo que la pared interior debió romperse y el diario se deslizó de allí por casualidad. Luego alguien reparó el fragmento roto sin darse cuenta del diario.

—Pero Java Jim sospechó que estaba en el cofre y ahora se ve claramente que lo quiere para si —resumió Pete—. Pero ¿por qué?

—Lee la primera página, Bob —dijo Jupiter, entregándoles las hojas del libro.

Bob se acercó a la luz del banco de trabajo y leyó:

—Angus Gunn, Lago Fantasma, California, 29 de octubre de 1872. ¡Demontre —exclamó de pronto—, es el mismo individuo que escribió el otro diario! ¡El superviviente del *Argyll Queen*!

—¿Cuándo terminaba el otro diario, Bob? —quiso saber Jupiter, muy interesado.

Bob consultó sus notas.

—Veamos… espera. Sí, el último día anotado en el diario fue el 28 de octubre de 1872. ¡O sea que este librito es una continuación del diario que nadie ha visto nunca!

—¡Tal vez hable del tesoro! —se entusiasmó Pete.

Jupiter sacudió la cabeza.

—No he visto nada referente a un tesoro. Es sólo lo que Bob ha leído: las andanzas de Gunn. Nada más.

—Entonces, ¿por qué lo desea Java Jim? —inquirió Pete—. ¿Creéis que quiere el librito sólo por los antiguos rumores sobre el tesoro?

—Tal vez no sea el nuevo diario lo que quiere —razonó Bob.

Jupiter estaba reflexionando.

—Bob, dijiste que la familia de Angus Gunn había entregado el primer diario a la Academia de la Historia hacía poco tiempo, ¿verdad?

—Exacto, Jupe. Oye, esto significa…

—Que sus descendientes aún deben de vivir no muy lejos de aquí —terminó Jupiter—. ¡Vamos, amigos!

Jupiter se arrastró por el Túnel Dos, seguido por Bob y Pete. El túnel terminaba bajo una trampilla que daba al suelo de la Base. Los muchachos pasaron por allí, y Jupiter cogió el listín telefónico.

—Aquí está… Señora de Angus Gunn, carretera del Lago Fantasma, 4. Coge el plano, Pete.

Jupiter estudió el plano mientras Bob preparaba una nueva cubierta para el diario. Finalmente, el gordinflón investigador anunció:

—¡Aquí está! A unos cinco kilómetros al este de la montaña.

Jupiter hizo una pausa y sonrió, declarando:

—Mañana, amigos, cogeremos nuestras bicis y le haremos una visita a la señora de Angus Gunn.

CAPÍTULO 5

¡Atacados!

El día era claro y fresco cuando los muchachos salieron pedaleando del Patio Salvaje muy temprano a la mañana siguiente. Mas cuando se detuvieron en un camino vecinal de la montaña, el sol calentaba ya.

—Es allí —señaló Pete, secándose la frente—. La carretera del Lago Fantasma. En la montaña.

—¡Vaya cuesta! —se quejó Jupiter—. Tendremos que llevar las bicis por el manillar y nosotros ir a pie. Vamos.

Los chicos fueron arrastrando sus bicicletas hacia la carretera sinuosa, por entre elevados árboles. Un arroyuelo que discurría junto al camino, a rebosar en invierno, alimentaba los árboles de la reseca montaña.

—¿De dónde sacarían ese nombre? —exclamó Bob—. El Lago Fantasma. Nunca había oído decir que hubiese lagos en esta montaña.

Jupiter frunció el ceño.

—Sí, es extraño, Archivos.

—Hay algunos embalses —recordó Pete.

—Pero no le dan el nombre de Lago Fantasma a ninguno de ellos —replicó Bob—, y no sé…

Los tres amigos oyeron el coche. Al frente y más arriba, viniendo de la carretera del Lago Fantasma. Todos oyeron los chirridos de los neumáticos en las curvas, mucho antes de divisarlo. De pronto, el auto estuvo a la vista, yendo hacia ellos.

—¡Es el Volkswagen verde! —exclamó Bob.

—¿Con Java Jim? —preguntó Pete.

—¡De prisa, a escondernos! —les apremió Jupiter.

Sacaron las bicicletas del camino y saltaron entre los arbustos en el momento en que el coche estaba a punto de alcanzarles. Pasó

como una centella… y de repente hizo alto. Del vehículo saltó un hombre al suelo, que corrió hacia ellos.

—¡Eh, chicos! ¡Alto! ¡Alto!

No era Java Jim. Era un individuo más bajo, delgado y más joven, con un grueso bigote y cabello muy negro. Iba ataviado de negro también. Corrió hacia los muchachos, llameantes sus ojos oscuros.

—¿Qué buscáis, chicos?

Los Tres Investigadores retrocedieron.

—¡Corramos! —decidió Pete.

Echaron a correr por el borde del camino. El joven volvió a gritar y corrió a su alcance. Los tres amigos se internaron por los matorrales.

—¿Quién… quién es, Jupe? —inquirió Bob, jadeando.

—¡Huyamos antes y preguntaremos después! —exclamó Pete.

—Tal vez deberíamos detenernos y preguntarle… —vaciló Jupiter.

Antes de acabar la frase, otro ruido llenó el bosque… las pisadas de los cascos de un caballo. Los muchachos se detuvieron. Apareció un jinete galopando por entre los árboles, a la derecha de la carretera. En la mano había algo largo y brillante.

—¿Qué… qué…? —tartamudeó Pete.

—¡Mirad! —gritó Jupiter.

El jinete pasó por su lado en dirección al Volkswagen verde. El joven de negros cabellos ya había dado media vuelta, corriendo hacia el auto. Cuando entró en él, y en el preciso instante en que arrancaba, se perdió entre una nube de polvo hacia la carretera de más abajo. El jinete le persiguió unos metros, y al final dio media vuelta y galopó hacia los muchachos.

El caballo se detuvo de pronto, y el jinete contempló a los tres amigos. Era un tipo bajo y recio, con una cara rojiza y fieros ojos azules. Llevaba una chaqueta de estambre y pantalones ceñidos y estrechos. Lo que llameaba en su mano era una espada, muy larga, con brillante empuñadura.

—¡Ya os he atrapado, bribones! ¡No os mováis!

—Pero… —quiso protestar Jupiter.

—¡Silencio! —tronó el jinete—. No sé qué hacéis aquí vosotros y aquel rufián, pero ya me enteraré.

Pete se encolerizó de repente.

—¡Nosotros no íbamos con…!

—¡Ya le contarás tus mentiras a la policía! ¡En marcha!

—Pero, señor —protestó de nuevo Jupiter—, nosotros…

—¡En marcha, digo! —ordenó el furioso jinete.

Blandió amenazadoramente la larga espada y espoleó el caballo hacia los muchachos. Éstos retrocedieron y comenzaron a caminar quedamente por la carretera hacia el interior del monte.

Diez minutos más tarde, la carretera costeó un acantilado y descendió hacia un valle arbolado, rodeado por colinas resecas y rocosas. En el fondo del valle había una balsa estrecha, de las dimensiones de dos campos de fútbol juntos. En la balsa había una islita abrupta, con varios pinos y lo que parecía un tosco faro: un poste con una linterna arriba. Una serie de pedruscos llevaba desde la isla a tierra firme, en medio de un canal.

Pete se quedó boquiabierto.

—¿Es esto el lago?

—¡No habléis! —le riñó el jinete, que iba detrás de los chicos—. Y descended.

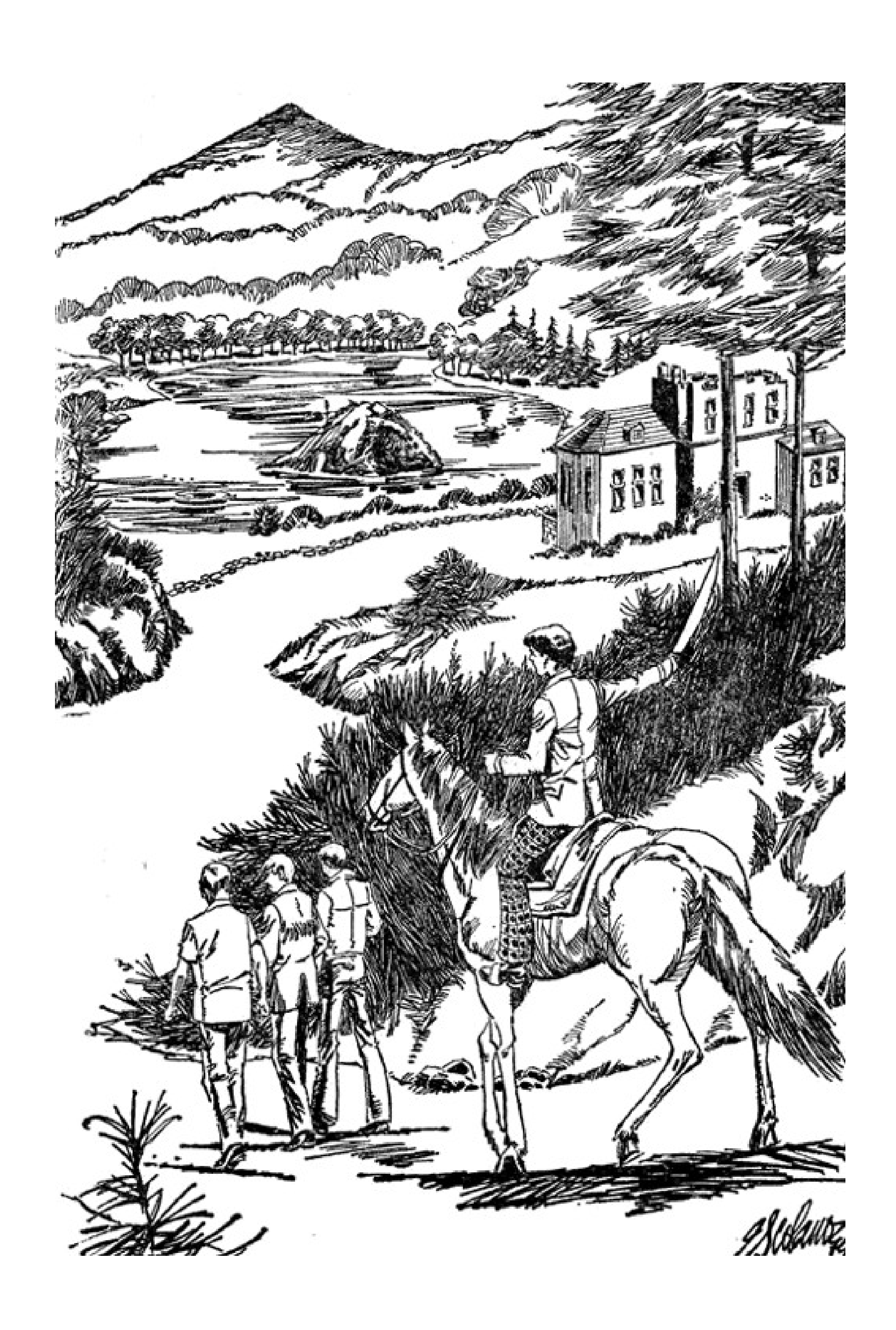
Se apresuraron por el camino descendente, bajo el ardiente sol. Al cabo de unos instantes, Pete volvió a susurrar:

—¡Un lago! Si es sólo un charquito.

Cuando el camino torció al llegar abajo, apareció una casa. Estaba asentada en un nivel más alto que la balsa, y era una mansión de tres pisos, de piedra. Una torre cuadrada, con una serie de troneras, formaba la sección central de la casa, dándole un aspecto extraño, ajeno al país. Flanqueando la torre había dos alas con grandes ventanales. La hiedra de los muros suavizaba apenas las duras líneas de la edificación.

—¡Cáspita! —exclamó Pete en voz baja—. Más que una casa parece una fortaleza. Desde esa torre es posible descubrir a los enemigos; aunque se encuentren a muchos kilómetros de distancia.

—Sí, es una casa rara —susurró Jupiter a su vez—. En realidad, no concuerda con el paisaje.



El corpulento jinete desmontó.

—¡Adentro!

Penetraron en un vasto vestíbulo de paredes enmaderadas y adornadas con tapices, armas antiguas y cabezas de ciervos y venados. En el suelo de madera había ricas alfombras orientales. Pero todo estaba descolorido, usado, carcomido. El hombre de la cara rojiza los condujo hasta un salón lleno de muebles viejos y macizos. Un fuego se extinguía en una enorme chimenea de piedra, pero la habitación estaba muy fría.

Una mujer bajita estaba sentada en una silla, delante de la chimenea. Un muchacho pelirrojo de la estatura de Bob aproximadamente se hallaba a su lado.

Llevaba unos pantalones tan estrechos y ceñidos como los del jinete.

—¡Lo has atrapado, Rory! —gritó el chico.

—No —frunció el ceño el jinete—. El malvado huyó en su coche, pero he cogido a sus compinches.

—Oh —exclamó la mujer, joven aún—, si sólo son unos jovencitos… No, ellos no pueden…

—El mal no tiene edades ni tamaños, Flora Gunn —replicó el llamado Rory—. Ya son bastante creciditos para poder hacer daño —inclinó la cabeza hacia el pelirrojo—. Llama a la policía, Cluny, y llegaremos al fondo de este asunto de una vez por todas.

Jupiter se puso alerta instantáneamente.

—¿Irrumpió en esta casa el hombre del Volkswagen, señor? ¿Qué se llevó?

El jinete se echó a reír.

—Como si no lo supieras.

—¡No sabemos nada! —protestó Pete—. ¡No conocemos a aquel individuo! Vimos el coche, porque nos seguía.

—Veníamos aquí para hablar con la señora Gunn —explicó Jupiter—, y aquel auto nos pasó en la carretera. Se detuvo y quiso atraparnos. Yo soy Jupiter Jones, del Patio Salvaje de los Jones, de Rocky Beach, y éstos son mis amigos Bob Andrews y Pete Crenshaw. Nuestras bicicletas se quedaron en el camino. Ellas demostrarán que no vinimos con el Volkswagen de aquel hombre.

—Flora —el jinete se encogió de hombros—, sigo creyendo que en esto ha de intervenir la policía.

—Tranquilo, Rory —objetó la señora Gunn, volviéndose hacia los muchachos—. Soy Flora Gunn, y éste es mi hijo Cluny. Y éste es nuestro primo, el señor Rory Macnab. ¿Puedo saber por qué queríais verme?

—¡A causa del cofre, señora! —estalló Bob.

—En el Patio Salvaje mis tíos, que son los propietarios, compraron un viejo cofre oriental, señora —explicó Jupiter—. Tiene en la tapa el nombre del *Argyll Queen*, y pensamos que perteneció a su antepasado, Angus Gunn. Desde que adquirimos el cofre, empezaron a suceder cosas misteriosas, y si ahora quisiera tener la bondad de decirme qué se llevó aquel hombre del Volkswagen de esta casa, tal vez podríamos llegar a averiguar lo ocurrido.

La señora Gunn vaciló.

—Bueno, no se llevó nada. Como las otras veces. Entra alguien en la casa, busca por entre todo lo que dejó el bisabuelo Angus, y nunca se lleva nada.

—¿Nada? —Pete estaba desalentado.

—¿Como las otras veces, señora Gunn? —repitió Jupiter—. ¿Cuántas veces ha penetrado en esta casa últimamente?

—Cinco en los últimos seis meses.

—¡Y siempre busca entre las cosas del bisabuelo Angus! —exclamó muy excitado Cluny, el pelirrojo—. Supongo que buscan…

—¡El tesoro! —le cortó Bob.

—¡Mamá! —gritó Cluny—, ese chico también piensa que el ladrón o los ladrones van detrás del tesoro.

La señora Gunn sonrió.

—La vieja leyenda del tesoro, hijo mío, es completamente falsa y está desprovista de fundamento, según sabe todo el mundo desde hace mucho tiempo. Oh, Cluny, tienes demasiada imaginación.

—Tal vez no, señora Gunn —objetó Jupiter.

Acto seguido contó todo lo referente a Java Jim y a su interés por el cofre oriental. Luego enseñó el anillo encontrado en el cofre.

La señora Gunn examinó el anillo.

—¿Lo habéis encontrado vosotros?

—Dejádmelo —pidió Rory Macnab, cogiendo el anillo—. ¡Bah! Es un vidrio colorado y latón… El viejo Angus tenía un cajón lleno de cachivaches como éste. ¡Sois unos tontos! La gente leyó el diario del viejo Angus y durante muchos años han estado buscado un

tesoro inexistente.

La señora Gunn suspiró.

—Rory está en lo cierto, muchachos. El diario del bisabuelo Angus era la única pista posible para localizar el tesoro, y nadie ha encontrado tal pista. Temo que todo ello sean sólo necedades.

—A menos —la interrumpió Jupiter con serenidad—, que todo el mundo haya leído el otro diario, el primero.

Sacó del bolsillo el segundo diario y lo sostuvo en alto en medio del mayor silencio.

CAPÍTULO 6

Una voz del pasado

—¿Otro diario? —exclamó Cluny.

—¿Qué truco es éste? —gruñó Rory.

La señora Gunn cogió el reconstruido librito. Volvió algunas páginas lentamente y levantó la vista.

—No es ningún truco, Rory. Es la escritura del viejo Angus, seguro, y la firma también es suya —miró a los muchachos—. ¿Dónde lo encontrasteis?

Jupiter le explicó cómo había hallado el nuevo diario entre las paredes del cofre.

—La persona que efectuó la reparación no se fijó en el diario que se había deslizado en el estrecho espacio, ni sabía nada del compartimiento secreto. De haber abierto éste, la daga pirata habría saltado… cosa que no sucedió.

—Sí —asintió la señora Gunn—, ahora recuerdo ese cofre oriental. Lo vendí hace años, cuando falleció mi esposo. Tuve que vender algunas cosas del bisabuelo para nivelar mi presupuesto. No andamos muy abundantes de dinero y esta casa cuesta mucho de mantener. Sin la ayuda de Rory ya la habríamos perdido hace tiempo.

—No perderás la casa, Flora —rezongó Rory—, ni tienes que creer cuentos de hadas ni leyendas de tesoros.

—Este nuevo diario no es ningún cuento de hadas —objetó Jupiter—. ¿No está de acuerdo conmigo, señor Macnab?

—Llámame Rory, chico, y admito que el diario es auténtico si Flora lo dice. Pero —añadió Rory a regañadientes—, esto no demuestra la existencia del tesoro.

—¿Y la carta, Rory? —preguntó Cluny, anhelante.

—¿La carta? —repitió Jupiter.

Rory no hizo caso de la interrupción. Enarcó las cejas.

—Será mejor que leamos el diario. Dádmelo.

Cluny lo cogió de manos de su madre y se lo entregó a Rory. Los dos se instalaron en un banco situado delante del casi apagado fuego y empezaron a leer el librito. La señora Gunn inclinó la cabeza pensativamente.

—Sí —murmuró—, si hubo un segundo diario tenía que estar en el cofre. Mi marido me contó que su abuelo, el hijo de Angus, halló el primer diario en el cofre. El abuelo Gunn siempre creyó en la existencia de un tesoro, y que la pista se hallaba en el diario de Angus. Pero su hijo, o sea, el padre de mi esposo, aseguró que el diario no daba ninguna pista y que el tesoro era sólo una leyenda.

—¿Por qué estaba tan seguro el hijo de Angus, señora? —se interesó Bob.

—Bueno, hay una carta. El bisabuelo Angus… —Calló y sonrió —. Será mejor que empiece por el principio. ¿Qué sabéis vosotros del viejo Angus?

Le explicaron lo que habían averiguado del naufragio del *Argyll Queen* y del asesinato de Gunn en 1872.

—Yo he leído el manuscrito que prepara la Academia de la Historia. ¿Y vosotros? —preguntó la señora Gunn—. Bien, de este modo conocéis casi toda la historia. Yo les conté a los profesores de la Academia todo lo que sé… todo lo que me enteré de labios de mi esposo —continuó la señora Gunn—. Después del naufragio, y de sus andanzas por California, el viejo Angus encontró este valle. Le recordó uno de su patria, en las tierras altas de Escocia, debido especialmente a la balsa y la islita. En Escocia, Gunn Lodge, o sea la casa solariega de los Gunn, se alza en la orilla de una caleta marina, Phantom Loch. Allí hay una isla unida a tierra firme por grandes peñascos, llamados *Los peldaños del fantasma*, muy semejante a nuestro pequeño lago y nuestra isla.

—¡De modo —exclamó Jupiter— que el viejo Angus construyó esta casa exactamente igual que Gunn Lodge en Escocia! Por esto resulta tan rara en California.

—Cierto, Jupiter —asintió la señora Gunn—. La auténtica Gunn Lodge fue construida en Escocia en 1352. Entonces la llamaron Castillo Gunn, porque no era más que una torre fortificada. En aquellos tiempos se necesitaba una verdadera fortaleza para defenderse de los enemigos.

Hizo una pausa como para ordenar sus recuerdos.

—Al correr de los años —prosiguió—, a la torre primitiva le añadieron varias alas hasta convertirla en otra semejante a ésta. Esta mansión aún tiene detalles que recuerdan un castillo, aunque ya no podría resistir fácilmente un asedio. La vieja torre fue muy necesaria cuando los Gunn se hicieron a la mar en el siglo XVII. Sus esposas solían subir a ella para acechar su regreso al lago.

—La misma idea que el camino de la viuda de Nueva Inglaterra —comentó Bob.

—¿Y la carta, señora? —se interesó Pete.

—Cuando el viejo Angus encontró este valle y el lago que tanto le recordaban su tierra natal, erigió esta casa. Tardó unos dos años. Después envió a buscar a su esposa y a su hijo. Pero cuando ambos llegaron de Escocia unos meses más tarde, el viejo Angus había muerto lo mismo que sus asesinos, colgados por una *posse*. Su esposa, Laura, halló una carta dirigida a ella y escondida en un viejo calentador de camas.

—Un objeto que nadie podía utilizar más que la mujer del muerto —reflexionó Jupiter con satisfacción.

—Lo mismo pensó su hijo, cuando se iniciaron los rumores del tesoro —asintió la señora Gunn—. Él estaba seguro de que la carta contenía la pista del tesoro, y por cierto parecía referirse al diario. Pero el abuelo Gunn nunca descubrió la menor pista ni en el diario de Angus ni en la carta.

—¿Podemos ver la carta, señora? —pidió Jupiter.

—Claro, muchachos. Está en mi dormitorio, en una arquilla.

—¿No la guarda con las demás cosas del viejo Angus?

—No.

La joven salió de la habitación y no tardó en volver con una pequeña arquilla. Los muchachos se apiñaron a su alrededor para leer la amarillenta carta.

Querida Laura:

Pronto llegarás, pero temo que últimamente me vigilan de cerca. Debo escribirte estas últimas y urgentes palabras, sabiendo que jamás las leerán otros ojos que los tuyos.

Recuerda que te amo y que te prometí una existencia dorada. Recuerda que te amaba en nuestra patria y recuerda el secreto

del Loch, nuestro lago. Sigue mi último rumbo, lee lo que mis días han construido para ti. Mira el secreto en un espejo.

Los muchachos se contemplaron mutuamente y volvieron a leer la antigua misiva.

—Según mi marido, el abuelo Gunn estaba seguro de que las palabras *existencia dorada* se referían a un tesoro dejado para Laura —manifestó la señora Gunn—. Y la última línea le obligó a buscar por todas partes, y en todos los lugares de la casa donde había un espejo. Al no encontrar nada, decidió que las palabras *lee lo que mis días han construido para ti* significaban que la pista estaba en el diario de Angus. Pero nunca descubrió nada.

—Porque no encontró el segundo diario —declaró Jupiter—. La carta dice *sigue mi último rumbo*. La palabra rumbo es marítima y se refiere a la dirección seguida por un barco. Esta carta le aconseja a Laura que lea lo que Angus hizo en sus últimos tiempos si quiere hallar una pista del tesoro… pista que se halla, claro está, en el segundo diario. Éste abarca los dos meses anteriores a la escritura de esta carta. ¿Qué hizo el viejo Angus en esos dos meses?

Rory soltó un resoplido y arrojó sobre el banco el segundo diario.

—¡Ahí no habla de ningún tesoro! Este diario sólo cuenta adónde fue y lo que hizo para construir una sorpresa para Laura.

—Yo tampoco veo ninguna pista en el segundo diario, amigos —admitió Cluny, pesaroso.

—Tampoco yo —confesó Jupiter—. Pero… señora Gunn, ¿qué era lo que amaba tanto el viejo Angus de su patria y cuál es el secreto de Phantom Loch, o sea el Lago Fantasma, en escocés?

—No tengo la menor idea de lo que le gustaba más en su patria, Jupiter —replicó Flora Gunn—. El secreto del lago es una leyenda escocesa muy antigua. Se supone que el fantasma de uno de los primitivos Gunn aparece las madrugadas neblinosas de invierno, permaneciendo sobre una roca y contemplando el lago, vigilando a los posibles enemigos. Dicen que se trata de un Gunn asesinado por los vikingos en el siglo IX, que vigila contra otro posible ataque. La leyenda del fantasma le dio al lago su nombre.

—Un cuento de fantasmas —gruñó Rory—, añadido a la fábula del tesoro.

—El tesoro no es ninguna fábula para Java Jim —le recordó Pete.

—¿Y el hombre del Volkswagen verde? —preguntó Bob.

—¿Y todas las irrupciones subrepticias en esta casa? —agregó Cluny.

Rory cayó en un hosco silencio.

—Señora Gunn —dijo Jupiter tras una pausa—, ¿cuántas personas están enteradas del contenido de esta carta y del primer diario?

—Al correr de los años, Jupiter, deben de haberlo leído muchas personas.

—Lo cual puede explicar las intentonas de robo —reflexionó Jupiter—. Java Jim debe estar enterado de la carta y del primer diario, y ahora lo está del segundo, y debe pensar que la misiva se refiere a uno de los diarios. Entre la última anotación del primero y el asesinato de Angus hubo un lapso de dos meses. ¡Probablemente, Java Jim siempre sospechó la existencia de un segundo diario y asaltó varias veces esta casa para buscarlo!

—Entonces, es otro grandísimo tonto —opinó Rory.

—No creo lo mismo —replicó Jupiter—. Fíjese en lo que decía el viejo Angus en la carta: *Debo escribirte estas últimas y urgentes palabras, sabiendo que nunca las leerán otros ojos que los tuyos*. O sea, que escribió un acertijo pensando que Laura podría solucionarlo. Estoy convencido de que Angus ocultó un tesoro, que podemos hallar si solucionamos el acertijo con una pista dada por el segundo diario.

Bob, Pete y Cluny asintieron vivamente a estas palabras.

—Tal vez sí, Jupiter —vaciló la señora Gunn—. Pero ¿cómo puede alguien solucionar un enigma que no pudo acertar Laura? En realidad, el acertijo lo escribió Angus para ella.

—¡Nosotros lo averiguaremos, señora! —afirmó Bob.

—¡Hemos solucionado otros muchos enigmas y misterios! —proclamó Pete.

Jupiter se irguió en toda su estatura.

—En efecto, señora Gunn, nuestro oficio consiste en solucionar misterios y descubrir y atrapar ladrones y asesinos —declaró.

Sacó una tarjeta del bolsillo que entregó a Flora Gunn.

Cluny, con los ojos muy abiertos por el asombro, leyó por

encima del hombro de su madre:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Rory cogió la cartulina y la estudió.

Luego la dejó, mirando suspicazmente a los tres muchachos. Pete ignoró su mirada.

—Señora, le ofrecemos nuestros servicios —anunció luego solemnemente.

—¡Seguro! —corroboró Pete.

—¡Deja que lo prueben, mamita! —le apremió Cluny—. ¡Yo les ayudaré!

—Bueno —sonrió Flora Gunn—, no hay en ello ningún mal. Y si encontráis el tesoro, seguro que nos vendrá muy bien, chicos.

—¡Hurra! —gritaron Bob, Pete y Cluny.

La señora Gunn se echó a reír.

—Entonces, ¿os quedáis a almorzar? Los cazadores de tesoros necesitan reparar sus energías.

—Esto es una tontería, Flora —se indignó Rory.

—No lo creo, Rory —replicó la señora Gunn.

—Entonces, yo me lavo las manos de todo este asunto —se enfureció Rory, saliendo rápidamente del salón.

Jupiter le vio salir y frunció el ceño.

CAPÍTULO 7

¡La ciudad fantasma!

Concluido el almuerzo, Rory Macnab, musitando que debía cortar varios árboles de navidad junto al camino, se marchó del comedor.

Los muchachos y la señora Gunn regresaron al salón y empezaron a examinar atentamente el segundo diario.

—Primero, amigos —declaró Jupiter—, observarán que este diario no es un diario verdadero. Angus no escribió en él sus ideas ni sus planes, ni describió nada en realidad. Casi todas las anotaciones son breves, una línea o dos… Por ejemplo: *Hoy trabajé en el patio*, o bien, *He visto un águila*. Parece más bien un cuaderno de a bordo, con sólo los hechos y ninguna explicación.

—El otro diario está redactado de la misma forma —intervino Bob.

—Por lo que la mayoría de anotaciones no dicen nada —continuó Jupiter—. Pero Angus dice en la carta que hay que seguir su rumbo y leer lo que sus días construyeron. No quería contarle a Laura todo lo que hizo, sino sólo dónde había ido y qué había construido.

Cluny examinó el diario.

—Bueno, la primera anotación se refiere a haber ido a alguna parte: *Hoy empecé a trabajar en la sorpresa de Laura. Primero a Powder Gulch en busca de hombres y madera de artesa*.

—Claro, construía algo —exclamó Pete.

—Tal como afirma en la carta —asintió Jupiter—. ¿Qué más, Cluny?

El pelirrojo volvió varias páginas.

—Nada en dos semanas. Sólo notas sueltas… *Vi un halcón*, y cosas por el estilo. Después, fue a una isla.

—Señora Gunn —preguntó Jupiter—, ¿cuál era la sorpresa de

Laura?

—No lo sé —replicó la aludida—. Tal vez muebles.

—Bueno, lo reflexionaremos más tarde —decidió Jupiter—. Hombres y madera de artesa. Una artesa sirve para acarrear agua. Los mineros las emplean para lavar el oro. ¿Hay alguna mina en el Lago Fantasma, Cluny?

—No, que yo sepa —repuso el muchacho pelirrojo—. ¿Una mina de oro?

—¡Tal vez Angus construyó una mina secreta! —exclamó Pete.

—Es posible, Segundo —concedió Jupiter—. Pero tengo el presentimiento de que aquí no hallaremos la respuesta. Angus aconsejaba seguir su rumbo, como si la pista estuviese en algún sitio al que fue. Amigos, iremos a Powder Gulch.

—¿Está cerca? —preguntó Pete.

—A unos dos kilómetros por la carretera —explicó Cluny.

—Me sorprende que no hayas oído hablar de ese lugar, Pete —dijo Jupiter—. Es un sitio famoso en la historia local. Yo he leído todo lo referente a él. Es…

Bob pegó un salto.

—¡La ciudad fantasma, seguro!

—¿Una… ciudad fan… fantasma? —se atragantó Pete—. ¿Y tenemos que ir allá?

—Naturalmente —declaró Jupiter, poniéndose de pie—. ¡Ahora mismo!

* * *

El desvencijado letrero que anunciaba *Powder Gulch*, indicaba la carretera y un caminito de tierra muy estrecho. Los cuatro muchachos pedalearon carretera abajo, y diez minutos más tarde se hallaban a la vista de la ciudad fantasma.

Se detuvieron para estudiarla desde lejos. Las viejas cabañas arruinadas se hallaban diseminadas a lo largo de un cauce seco, y otros edificios resquebrajados, con falsas fachadas, bordeaban la única calle de la antigua población. Había una construcción achatada que era, a juzgar por la muestra, el *saloon*. Otro era el «Almacén general». Un edificio cuadrado, de adobe, decía «Cárcel». También había una herrería y un establo. Al final de la calle, en la falda de la montaña, se veía la oscura entrada de la mina de oro,

motivo de la existencia de la ciudad en los viejos tiempos.

—La ciudad fue abandonada hacia 1890, cuando la mina se agotó —explicó Jupiter—. El riachuelo formaba entonces un embalse.

—¿Qué podemos encontrar aquí al cabo de cien años, Jupe? —preguntó Pete.

—No lo sé, Segundo —añadió Jupiter—. Pero estoy seguro de que Angus Gunn quería que Laura buscase aquí. Tal vez editasen entonces algún periódico. Quizá podríamos hallar por aquí unos ejemplares.

—Tal vez incluso encontremos un antiguo archivo periodístico —suspiró Pete.

—O un depósito de cadáveres —se asustó Bob.

—Vamos —ordenó Jupiter por toda respuesta.

Pedalearon hacia el borde de la antigua ciudad fantasma… ¡y frenaron en seco! Estaban delante de una cerca, con la entrada cerrada. ¡Toda la ciudad fantasma estaba rodeada por una valla!

—Está vallada —gimió Cluny—. Y los letreros pintados en los edificios parecen nuevos… Quizá viva alguien otra vez aquí.

—Pues… no sé —confesó Jupiter.

Los muchachos aguardaron unos instantes, prestando atención por si oían algunas señales de vida en la ciudad fantasma. Pero Powder Gulch continuó ominosamente silenciosa.

—Creo que tendremos que escalar la valla, amigos —dijo Jupiter al fin.

Dejando las bicicletas, los muchachos comenzaron la escalada. Unos momentos más tarde, se hallaban al otro lado de la cerca, contemplando la polvorienta calle.

—Pete, tú y Bob mirad en los edificios de la parte izquierda de la calle —decidió Jupiter nerviosamente—. Cluny y yo iremos a la cárcel y al establo, a la derecha, y luego a la mina. Mirad si encontráis algo que se refiera a Angus Gunn y a la madera para artesas.

Bob y Pete asintieron y se dirigieron primero al almacén general. Entraron de puntillas y se detuvieron, en el colmo de la estupefacción. ¡La tienda estaba exactamente igual que debió estar cien años atrás! Los estantes estaban abarrotados de mercancías. Barricas de manzanas secas y harina, quincallería, arneses de cuero,

todo atestaba el almacén. Armas antiguas que relucían como nuevas, colgaban de las paredes. ¡Y el mostrador se veía limpio y pulimentado!

—¡Tal vez viva alguien otra vez aquí! —repitió Bob en voz baja.

—Pe… pero no puede ser alguien de esta época —tartamudeó Pete—. Aquí todo tiene el aspecto de hace cien años. ¡Es… una tienda para fantasmas!

Bob tragó saliva y asintió.

—Sí, así mismo debió ser entonces esta tienda. Es como si… como si nadie se hubiese marchado… incluso… ¡Oh, Pete, en el mostrador! ¡Hay un viejo libro de cuentas!

Muy asustados, los dos muchachos se aproximaron al mostrador. El viejo libro de comercio estaba abierto, mostrando los nombres escritos al lado de los pedidos. Las manos de Bob temblaban al ir girando las páginas hasta las anotaciones del 29 de octubre de 1872. Pete leía también:

«Angus Gunn, Lago Fantasma: 200 tablas de madera para artesas con soportes; 2 barriles de harina; 1 barril de buey; cajas de habichuelas secas».

—¡Caramba, compró comida para un regimiento! —parpadeó Pete.

—Tenía que alimentar a los trabajadores que contrató aquí —le recordó Bob. Luego añadió—: Debieron ser muchos. ¿Ves algo más, Pete?

—Aquí no —repuso el muchacho, sacudiendo la cabeza.

Salieron apresuradamente de la fantasmal tienda. Después, penetraron en el *saloon*.

—En aquella época, la gente se reunía generalmente en los *saloons* —explicó Bob—. Allí las personas charlaban y dejaban también mensajes. Probablemente, Angus entró aquí para tomar un trago.

El *saloon* era amplio, con una puerta al fondo que conducía a las dependencias interiores. A la derecha había un piano de caja alta, muy limpio y reluciente. Detrás del pulimentado mostrador había una estantería llena de botellas y frascos. Hacia el fondo, una mesa redonda estaba llena de botellas y vasos medio llenos, y una baraja de naipes esparcida, como si estuvieran jugando una empeñada partida de póquer.

—Es… igual que la tienda —murmuró Pete con inquietud—. Como si los mineros todavía estuvieran por ahí y sólo hubieran salido por un momento, y como…

No continuó. ¡De repente, el *saloon* estuvo lleno de voces y griterío! El piano empezó a tocar una melodía alegre del siglo pasado, muy popular en la frontera del Oeste… ¡aunque no había ningún pianista delante! Los vasos y las botellas tintineaban. Los ruidos de los tragos y los gritos atestaban el *saloon*. Se oyó un chasquido en la mesa de póquer… y una figura sombría pareció levantarse de ella.

—¡Quietos, extranjeros! —dijo una voz amenazadora.

¡La oscura figura sostenía una pistola en su mano fantasmal!

—¡Un fantasma! —chilló Pete—. ¡Corramos, Bob!

Tropezando entre sí, salieron huyendo del *saloon*, la invisible clientela continuó voceando y el piano siguió tocando. Ya en la calurosa calle, siguieron corriendo hacia la mina.

En el interior de ésta, el largo túnel estaba iluminado. Continuaron la alocada carrera hasta el pozo, y vieron al frente a Jupiter y a Cluny.

—¡Jupe, nos ha atacado un fantasma! —gritó Pete.

De repente, se detuvo en seco.

Jupiter y Cluny estaban muy pálidos, temblando y mirando por el fondo de la mina. Bob y Pete comenzaron a escuchar unos ruidos… el sonido del agua goteando, otro metálico debido a unas máquinas que funcionaban, y por fin una carcajada insana, salvaje. De repente, estalló en la mina una detonación que pareció pasar junto a los muchachos, y resonó en el túnel.

—¿Qué… qué es esto, Jupe? —tartamudeó Bob.

Jupiter tragó saliva con dificultad.

—No… no lo sé. Vinimos aquí y… y… ¡disparó contra nosotros! Él…

¡Entonces, Bob y Pete le vieron!

A sólo unos cuatro metros al frente, en el mal alumbrado túnel, les estaba apuntando con un rifle… un minero barbudo de pelo gris, con una camisa de lana colorada y pantalones de piel, y botas altas.

—¡Nosotros sabemos cómo tratar con los intrusos! —proclamó la aparición con voz resonante.

¡Riendo perversamente, la oscura sombra levantó el rifle y

apretó el gatillo!

CAPÍTULO 8

El rescate de un fantasma

¡La detonación estalló directamente hacia los cuatro amigos! ¡Otro tiro! ¡Casi a bocajarro!

Con el rostro ceniciento, Pete se apoyaba en el borde del pozo, con los ojos cerrados.

—¿Estoy… estoy herido? ¿O estoy muerto? —gimió.

El pobre investigador abrió los ojos y miró a los demás. Todos estaban palidísimos.

—¡Ha fallado! —gritó Bob.

—Sólo… quiere asustarnos, amigos —tartamudeó Cluny.

—Pero ¿qué hace…? —comenzó a preguntar Pete.

La barbuda aparición volvió a reír, levantó el rifle una vez más y gritó perversamente:

—¡Nosotros sabemos cómo tratar a los intrusos!

¡Y volvió a apretar el gatillo!

Otras dos detonaciones a bocajarro.

—¡Ha vuelto a fallar! —exclamó Cluny. El pelirrojo miró atentamente al viejo minero y dio un paso al frente—. ¿Qué pretende?

—¡Espera, Cluny! —gritó Jupiter de pronto, contemplando atentamente al viejo minero—. ¡Mirad todos!

Todos miraron al viejo minero. El goteo del agua y el funcionamiento de las máquinas seguían resonando en la mina. Al cabo de un minuto largo, hubo un leve chasquido y un chirrido, y el viejo minero volvió a reír y a levantar el rifle.

—¡Nosotros sabemos cómo tratar con los intrusos! —exclamó, apretando el gatillo.

Dos tiros más… ¡y falló!



—¡Es un muñeco! —proclamó Jupiter, echándose a reír—. ¡Chicos, es un muñeco mecánico! Con un disco dentro. Los ruidos provienen de una cinta magnetofónica.

—¡Qué tonto soy! —exclamó Bob—. ¡Ahora me acuerdo! Lo leí en los periódicos. Están restaurando Powder Gulch, para convertirlo en atracción turística. Con galopadas, fantasmas y rodeos. Por esto han vallado la ciudad.

—Claro —asintió Jupiter—, yo también lo leí. Hace tiempo.

Pete se acercó al viejo minero y le tocó la cara.

—De plástico. Caracoles, parece auténtico. Hoy día hacen verdaderas maravillas en muñecos.

—De acuerdo —concedió Jupiter—, pero ahora tenemos otras cosas en qué pensar. ¿Ha visto alguien algo que pueda ser una pista para el tesoro de Angus Gunn?

Bob contó lo del viejo libro de cuentas del almacén general y los alimentos que Angus había adquirido para sus obreros.

—Si se trataba de muchos hombres, es que debió construir algo que duró bastante tiempo —razonó Jupiter—. Por tanto, ahora ya sabemos que Angus hizo construir una sorpresa para Laura, algo bastante laborioso. Lo que no sabemos es lo que era, ni dónde lo construyó —abrió el segundo diario que llevaba siempre encima y frunció el ceño—. Apenas dice nada el 29 de octubre que pueda ayudarnos.

—Nosotros no buscamos ningún mensaje en el *saloon* —se disculpó Pete—. Claro, con aquel fantasma…

—Está bien, volveremos allá —decidió Jupiter, cerrando el librito—. Después, probaremos en la cárcel, pues el *sheriff* de entonces pudo dejar algunos archivos… y buscaremos la oficina del periódico.

Comenzaron a salir de la mina. Pete y Bob se fijaron en detalles que hasta entonces habían escapado a su observación, como carretas de mineros reconstruidas, algunas herramientas anticuadas, y otro muñeco… un minero barbudo con un pico en la mano.

Pete sonrió.

—Esos muñecos de plástico parecen vivos. Ése del pico parece… ¡Le tiraré de la barba!

El minero barbudo soltó el pico, saltó hacia Jupiter, cogió de pronto el segundo diario y salió corriendo de la mina.

—¡Java Jim! —exclamó Bob.

Los muchachos se habían quedado paralizados por el asombro ante aquel muñeco que cobraba vida. Jupiter fue el primero en recuperarse.

—¡Se lleva el diario! ¡A por él!

Salieron de la mal alumbrada mina, al sol de la tarde.

—¡Allí va! —indicó Cluny.

El marino descendía por la calle, a toda velocidad.

—¡Alto, ladrón! —gritó Pete.

—¡Huye…! —gimió Cluny—. ¡Alto, canalla!

Java Jim miró hacia atrás, soltando una carcajada, y pasó por delante del *saloon*… en el momento en que en el umbral aparecía una figura sombría con una pistola negra en la mano.

—¡Nuestro fantasma! —se atragantó Pete.

Java Jim divisó la barbuda figura en la puerta del *saloon*, amenazándole con una pistola. Lanzando un grito, el barbudo marino se apartó del *saloon*… y cayó, al tropezar con un abrevadero de caballos. El diario voló de sus manos. Consiguió incorporarse, pero volvió a caer.

—¡Es un ladrón! —gritó Pete—. ¡Cógele!

El «fantasma» miró hacia los muchachos y empezó a bajar los escalones de madera del porche del *saloon* hacia Java Jim. Su pistola relucía a la luz del sol. Java Jim no le esperó. Se puso de pie y echó a correr por detrás de los edificios, hacia la valla, que saltó, desvaneciéndose en la espesura que crecía aliado del arroyo.

Los muchachos corrieron hacia el «fantasma». A la luz del día vieron que era solamente un hombre vestido con ropas del Oeste. Jupiter recogió el diario que había dejado caer Java Jim.

—Muchachos, no debéis entrar aquí —pronunció el «fantasma»—. Será mejor que me digáis qué ocurre y me entreguéis ese librito, si pertenece a la ciudad.

—No, señor —declaró Jupiter—. Lamentamos haber saltado la valla, pero ignorábamos que viviera gente aquí, y teníamos que realizar una investigación.

A continuación, explicó que trataban de descubrir cuáles habían sido las antiguas andanzas del viejo Angus Gunn en Powder Gulch.

—Ah, pero usted nos ha asustado con sus trucos —concluyó Jupiter sonriendo.

El «fantasma» sonrió también.

—Decidí poner en práctica nuestros trucos especiales con vosotros. Yo soy el encargado de todo esto —se rascó la barbilla—. Angus Gunn, ¿eh? Tal vez pueda ayudaros. En mi despacho hay unos archivos antiguos. Si Angus Gunn hizo aquí algo, lo encontraremos.

A través del *saloon* pasaron a una pequeña oficina. El encargado abrió un archivador.

—Se han numerado todos los nombres de los archivos viejos, con las referencias, muchachos —explicó—. Veamos qué hay de Gunn.

Repasó un archivo y sacudió la cabeza.

—Sólo hay dos referencias. Sobre la compra que visteis en el almacén general, y una noticia de dos líneas en el periódico de Powder Gulch, en 1872, ofreciendo un trabajo no muy largo a los mineros. Nada más.

—Un callejón sin salida —se quejó Pete—. Nosotros…

Oyeron unos gritos fuera.

—¡Chicos! ¡Cluny Gunn! ¡Chicos!

—¡Es Rory! —dijo Cluny.

Salieron todos a la calle a través del *saloon*. Rory Macnab estaba al aire libre con el individuo con quien Bob había conversado en la Academia de la Historia: el profesor Shay.

El profesor de cara redonda corrió hacia los muchachos.

—Chicos, nos habéis dado un buen susto. Tropecé con el señor Macnab en la valla. Me dijo que vosotros estabais aquí, y luego encontramos las bicicletas. Temimos que os sucediese algo…

—¡Meterse en una propiedad particular! —rezongó Rory—. Ya sabía que os meteríais en un jaleo. Por esto vine… para impedir que os pasara algo.

—No les ha pasado nada, señor Macnab —repuso el encargado de la ciudad fantasma—. Tal vez al profesor Shay le interesen los comentarios de los muchachos sobre nuestros efectos especiales. El profesor es nuestro consejero histórico, chicos. La Academia ayuda a la restauración de esta ciudad.

—Sí, sí, me encantará escuchar sus comentarios, pero más tarde —asintió el profesor, con las pupilas brillantes detrás de sus gafas sin montura. Se despidieron del encargado y el profesor y Rory

junto con los muchachos descendieron por la calle hacia la cerca—. ¿Qué es eso de un segundo diario de Angus Gunn, chicos? ¿Lo habéis encontrado? ¿Creéis que puede referirse al tesoro? Vaya descubrimiento… ¡Histórico! Vamos, chicos, contádmelo todo rápidamente.

Jupiter fue quien relató lo referente al segundo diario, y al interés de Java Jim por el libro. El rostro del profesor Shay se tornó púrpura.

—¿Cómo? —gritó—. ¿Ese individuo… Java Jim? ¿Trata de apropiarse del tesoro de Angus Gunn? Naturalmente, para emplearlo en sus intereses personales, o para venderlo por partes y fundir el oro… ¡Monstruoso! Vaya, caso de existir ese tesoro, tendría un valor histórico tremendo… ¡Un tesoro de los piratas orientales intacto! El museo de nuestra Academia se haría famoso. Pero aún no habéis descubierto ninguna pista, ¿verdad?

—Bueno —repuso Jupiter lentamente—, nos hemos enterado de que lo que Angus construyó para Laura fue una gran obra.

—Sí, claro, pero no aquí —replicó el profesor Shay—. ¡En el Lago Fantasma! Yo soy un experto de esta zona. Y tal vez pueda ver lo que vosotros no acertáis a descubrir. Meted las bicicletas en mi coche y volveremos al Lago Fantasma. Sería un crimen dejar que Java Jim se apoderase del tesoro.

Rory lanzó un resoplido dedicado al profesor.

—¡Usted es otro tonto!

—¿Cómo? ¿Qué sabe usted, Macnab? —se indignó el profesor—. Yo creo, por el contrario, que los chicos están en la buena senda. Vamos, coged vuestras bicicletas.

La puerta de la cerca estaba abierta. Los muchachos colocaron las bicicletas en el coche del profesor, que era una «rubia», y Rory subió a su propio auto. Jupiter le miró suspicazmente.

CAPÍTULO 9

La luz misteriosa

A última hora de la tarde, el profesor Shay condujo a los muchachos a estudiar el pequeño valle y la falda de la montaña, palmo a palmo. Habían ya registrado el Lago Fantasma y la pequeña isla desde todos los rincones y ángulos. Los chicos habían recorrido la casa, seguidos por el profesor, muy excitado, tres veces. ¡No hallaron nada!

Se reunieron después en la terraza de la mansión, bajo el sol del atardecer. La señora Gunn contemplaba a los muchachos y al profesor Shay con intensa simpatía, Rory fumaba su pipa con una sonrisa sardónica.

—Nada —rezongó el profesor decepcionado—. Angus Gunn no construyó nada más que esta casa, que ya ha sido registrada muchas veces al correr de los años. Y no hay el menor rastro de la madera para artesas.

Rory se echó a reír.

—¡Ustedes son bobos! —exclamó, siempre con su sonrisa y su mirada sardónica—. Si Angus Gunn construyó algo con madera de artesa, ya hace tiempo que fue destruido. Y si alguna vez existió un tesoro, cosa que yo no creo, ya no es posible encontrarlo ahora.

—¡Pues lo encontraremos! —se enfadó Bob.

—Claro que sí, chicos —asintió la señora Gunn, mirando a Rory con severidad—. Tal vez no se trate de un verdadero tesoro, pero estoy segura de que encontraréis algo.

—Caramba, mamá —se quejó Cluny—, por lo visto tampoco tú crees que haya un tesoro.

Jupiter estaba repasando la carta de Angus Gunn.

—Si al menos supiésemos un poco más. Estoy convencido de que existe una clave, pero hace de todo tanto tiempo… ¿Qué amaba el viejo Gunn en su patria?

La señora Gunn sacudió la cabeza con pesar.

—Mientras vosotros estabais en Powder Gulch, yo he vuelto a releer casi todas las cartas de Laura. En ellas habla muchas veces del amor que Angus Gunn sentía por su patria chica, por Escocia, por la magnífica vista del lago… pero nada más. Nada específico ni directo, Jupiter.

—Sí, al parecer no hay esperanzas —se desoló el profesor Shay.

—Admito que parece un problema muy intrincado —reconoció Jupiter, suspirando largamente.

—Supongo que no pensarás abandonar, Jupiter —se asustó Cluny.

—Bah, no conoces a Jupiter —le reprochó Pete—. ¡Sólo acaba de empezar!

—Yo no os censuraría si abandonarais, muchachos —dijo Flora Gunn tristemente.

—Todavía no ha llegado el momento de renunciar —proclamó Jupiter—. El viejo Angus no dijo dónde se hallaba la pista, y nosotros sólo hemos dado el primer paso. Ya es hora de dar el segundo.

Abrió el diario.

—La anotación más significativa es la del 11 de noviembre de 1872.

> *«Este día zarpé a la isla de los cipreses. Anclé muy cerca, al sudoeste, en alta mar, debido a la carga del bote. El dueño de la isla accedió a su proposición y volví a casa muy satisfecho. El trabajo para el obsequio a Laura continúa muy bien».*

—¡Jupe! —exclamó Pete—. Dice que el bote iba cargado.

—Sí —asintió Jupiter—. La isla puede ser la respuesta.

—Pero —inquirió Cluny—, ¿dónde está? Nunca he oído hablar de una isla de los cipreses por aquí.

—Yo tampoco —admitió Jupiter—. ¿Y tú, Pete?

Pete, que era el navegante del trío y conocía muy bien las aguas locales, cogió el diario.

—No creo que sea éste el nombre. Tal vez, entonces, la isla no tuviese ninguno. Esto les ocurría a todos los islotes del Gran Canal, por lo que es probable que se trate de una isla próxima a la costa.

Tiene que estar cerca, porque el viejo Angus fue allí y regresó en medio día. Por lo visto, pertenecía a una familia, y debían crecer cipreses en ella. Lo averiguaré.

—Esta noche —ordenó Jupiter—, y mañana iremos allí.

—Yo también —se ofreció el profesor—. Poseo una lancha, y puedo llevaros… si la isla no está muy apartada de Rocky Beach.

Rory se puso de pie.

—Fantasmas, muñecos, islas sin nombre y un hombre asesinado hace cien años… ¡Todos ustedes están mochales!

El escocés se marchó de la terraza, en tanto la señora Gunn movía tristemente la cabeza, sonriendo.

—No le hagan mucho caso a Rory —murmuró—. Tiene un carácter terrible y sólo le gustan las cosas prácticas, pero es buena persona. Nosotros pasamos por algunas dificultades desde que falleció mi marido, el padre de Cluny, y Rory nos ayudó mucho el año pasado. Creo que se cansó en el último viaje.

—¿Viaje? —preguntó agudamente Jupiter—. ¿Estuvo de viaje, señora?

—Sí, a Santa Bárbara. Fue allí por tres días, a vender nuestros aguacates. Volvió anoche.

El rostro de Jupiter se ensombreció.

—¿Quién es Rory, señora? ¿Sólo lleva un año aquí?

—Es un primo lejano de mi marido, escocés. Vino a visitarnos y se quedó para ayudarnos. Es un hombre muy orgulloso y obstinado, y no quiere aceptar paga alguna. Sólo su cuarto y la comida, como parte de la familia.

Jupiter se puso de pie y les hizo una seña a sus dos amigos.

—Será mejor que nos vayamos a casa. Ya es tarde.

—Yo os llevaré en el coche —volvió a ofrecerse el profesor Shay.

Las bicicletas todavía estaban cargadas en el coche. No tardaron en descender por la carretera, para luego subir hacia el camino que conducía a Rocky Beach.

—Profesor Shay —exclamó Jupiter de repente—, hay una cosa que me intriga. ¿Cómo está tan enterado Java Jim de las cosas referentes a la familia Gunn y la carta?

—No lo sé, Jupiter —replicó el profesor—. La gente de la localidad está al corriente de los rumores sobre el tesoro, claro. Pero ese Java Jim no creo que sea de por aquí. Tal vez sea un

descendiente de otro superviviente del *Argyll Queen*. Quizá del capitán.

—¡Atiza! —exclamó Bob—. Esto lo explicaría todo, Jupiter.

—Supongo que sí —reflexionó Jupiter, no muy convencido.

El profesor Shay dejó a los chicos en el Patio Salvaje, media hora antes de la cena. Todos se dirigieron por el Túnel Dos a la Base.

—Jupe, estuve meditando —empezó Pete—. ¿Cómo podemos estar seguros de que el viejo Angus Gunn no construyó una mina en el Lago Fantasma… escondida… secreta?

—No podemos saberlo, Segundo —concedió Jupiter—. Pero necesitaríamos una pista concreta para localizarla. ¿Y qué podría tener que ver con la mina la leyenda escocesa del Fantasma? ¿Y el espejo?

—La señora Gunn —intervino Bob— nos contó que el Fantasma acechaba a los vikingos en el lago de Escocia. Tal vez el viejo Gunn se refirió a esto. El Fantasma miraba el lago… ¡y el tesoro, Jupiter, puede estar en algún lugar de la balsa!

—También es posible, Archivos —accedió Jupiter—. Pero seguimos necesitando una pista para continuar nuestras pesquisas —hizo una causa—. ¿Habéis oído lo que nos contó la señora Gunn sobre Rory?

—Seguro —asintió Pete— que es una gran ayuda y buen trabajador.

—Y que tiene mal carácter —recordó Bob—. ¡Vaya noticia!

—Y —añadió Jupiter— que ha estado lejos del Lago Fantasma durante tres días, hasta anoche. Lo cual significa, amigos, que pudo estar ayer en Rocky Beach, cuando nos atacó Java Jim, y también en el museo del señor Acres, y el día antes en San Francisco.

—Quieres decir que está de acuerdo con Java Jim para apoderarse del tesoro —razonó Bob—. Naturalmente, él estaba bien enterado de la carta, del Lago Fantasma y también de las cosas que vendió la señora Gunn.

—Sí, claro —asintió Jupiter—. Pete, quiero que esta noche identifiques la isla de los cipreses. Mañana nos reuniremos todos en la lancha del profesor Shay.

Después de cenar, Jupiter ayudó a su tío Titus y a tía Mathilda a adornar el árbol de Navidad. A las diez sonó el teléfono.

Era Pete.

—Es la isla Cabrillo, Jupe. La antigua familia de los Cabrillo la poseían en 1872. Está llena de cipreses. Se halla a sólo dos kilómetros de la costa, y a unos cuatro al norte de nuestro puerto.

—¡Buen trabajo, Pete! —aprobó Jupiter.

Colgó y subió a su habitación. Antes de encender la luz, fue a la ventana para contemplar las iluminaciones navideñas de Rocky Beach. Muchas casas al otro lado del Patio Salvaje estaban iluminadas.

Iba a dar media vuelta cuando su mirada captó un destello lumínico. Miró en aquella dirección y vio otro destello y luego otro. Jupiter estaba intrigado. No había casas en el lugar de donde salían los destellos. Mientras éstos continuaban, Jupiter intuyó de pronto cuál era su origen: ¡el Patio Salvaje, en el lugar donde se ocultaba la Base!

Los destellos procedían del interior del viejo remolque… ¡y se veía a través del tragaluz del techo!

Rápidamente, Jupiter bajó y atravesó la calle, hacia el Patio Salvaje. La puerta principal estaba cerrada. Dio media vuelta y corrió hacia la esquina donde estaba el taller. Allí había otra entrada secreta al patio: dos tablas flojas en un sector de valla pintada de verde.

Cautelosamente, Jupiter penetró por la Puerta Verde Uno, hacia el taller. Los destellos luminosos habían cesado. No había nadie en el Túnel Dos. Rodeó unos montones de chatarra para comprobar la Fácil Tres.

La vieja puerta de madera de la entrada Fácil Tres estaba abierta de par en par, y la puertecita del remolque se hallaba sólo entornada.

Dentro del remolque, Jupiter vio el diario de Angus Gunn sobre el escritorio, donde él lo había dejado antes. Estaba abierto en la última anotación. Ahora ya sabía qué había provocado los destellos: ¡alguien había irrumpido en la Base, fotografiando el diario!

Jupiter colocó la puerta Fácil Tres en su lugar y regresó lentamente a casa. ¡Ahora, otra persona estaba enterada del último rumbo del viejo Angus Gunn!

CAPÍTULO 10

El fantasma

La niebla planeaba sobre el puerto de Rocky Beach a la mañana siguiente, cuando Pete, Bob y Jupiter llegaron allí en sus bicicletas. Cluny ya les aguardaba con la suya, junto a la lancha del profesor Shay. El pelirrojo temblaba de frío, pero sonrió cuando divisó a los Tres Investigadores.

—He reflexionado toda la noche, amigos —explicó—. Estoy seguro de que la carga del bote del viejo Angus era el tesoro. ¡Sé que lo descubriremos hoy!

—No seas tan optimista, Cluny —le reprochó Jupiter—, aunque también yo opino como tú.

La «rubia» del profesor Shay apareció en aquel momento, frenando en seco. Su propietario saltó al suelo y corrió hacia los muchachos.

—Siento llegar tarde, pero esta mañana hubo un pequeño jaleo en la Academia. Alguien entró durante la noche y trató de robar la carpeta referente al *Argyll Queen*. ¡Un hombre con una barba negra!

—¡Java Jim! —exclamaron al unísono Bob y Pete.

El profesor Shay asintió.

—Opino lo mismo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Cluny—. Todo el mundo está al corriente de la historia del *Argyll Queen*.

—A menos que a todo el mundo se le haya pasado algo por alto —reflexionó Jupiter.

A continuación, les contó lo del intruso que había fotografiado el segundo diario la noche anterior.

—¡Entonces, Java Jim tiene ahora el nuevo diario! —exclamó el profesor Shay—. Y tal vez se halle ya en la isla de los cipreses —atisbó el mar por entre la niebla—. De todos modos, ¿creéis prudente embarcarnos con este tiempo?

—La visibilidad termina a una milla —explicó Pete—, y la niebla no se espesará más. Por aquí, el tiempo siempre está igual en invierno. Y la lancha de usted es grande y fuerte, profesor.

—¡Entonces, corramos, chicos! —gritó Shay.

Subieron todos a bordo de la lancha de siete metros de longitud, y el profesor Shay puso en marcha el motor auxiliar. Pronto dejaron el puerto atrás. Pete tomó el timón y puso rumbo al norte. El profesor Shay y los otros tres muchachos bajaron al camarote. Ni siquiera sus gruesos suéteres les daban protección suficiente contra el frío de aquella mañana de diciembre.

—La isla Cabrillo no tuvo ningún nombre hasta 1890. Entonces, adoptó el nombre de sus propietarios —explicó Jupe—. Es una isla abandonada en la actualidad. Y en el lado más próximo a la costa hay una estupenda gruta.

Hacía poco viento, por lo que Pete continuó utilizando el motor auxiliar. Los demás permanecieron abajo hasta que el timonel Pete gritó:

—¡Allí está!

El islote se elevaba a dos kilómetros por entre la niebla. Al acercarse más, pudieron divisar los cipreses y una alta chimenea que sobresalía por detrás de una de las dos colinas de la isla. Era un lugar rocoso, estéril casi, fantasmal en la niebla. Un banco sólido de bruma se extendía más allá, en el mar.

Pete guió la lancha hacia una cueva resguardada, frente al continente, amarrándola en un pilón de hierro oxidado. Luego, todos saltaron a tierra y permanecieron unos instantes en la playa, contemplando aquella estéril y rocosa tierra. De manera espaciada, crecían viejos cipreses de escaso follaje. Los árboles estaban muy retorcidos, habiendo adoptado formas grotescas, a causa del viento.

—¡Caramba! —exclamó Bob estupefacto—, si el viejo Angus enterró aquí su tesoro, ¿cómo lo hallaremos al cabo de cien años? ¡Puede estar en mil sitios distintos!

—No, Archivos, anoche lo reflexioné —replicó Jupiter—. Estoy convencido de que Angus no enterró el tesoro. Primero, sabía que el capitán del barco hundido le perseguía de cerca, y un trecho de tierra recién removida es algo muy fácil de observar. Segundo, quería que Laura encontrase el tesoro, y unos cuantos meses hubieran servido, sin duda, para borrar todo rastro de algo

enterrado.

El rollizo jefe del terceto de investigadores hizo una pausa para dar mayor énfasis a sus palabras.

—No —prosiguió—, opino que escondió el tesoro en alguna parte, pero que lo marcó con un signo que Laura podía reconocer. Un signo que durara largo tiempo, porque no sabía cuándo lo localizaría su esposa.

Cluny tenía una idea.

—¿No pudo Angus construir aquí algo para Laura? Tal vez compró un pedazo de isla, como sorpresa para ella.

—También he pensado en esto —concedió Jupiter—. Buscaremos alguna construcción de madera o algo identificado con los Gunn.

—La carta dice que hay que seguir su rumbo y leer lo que sus días construyeron —recordó Bob—. Ésta es la directriz general. Luego, habla del fantasma y un espejo. ¡Éstos pueden ser los signos!

—Exactamente —aprobó Jupiter—. Pero el diario añade que Angus le hizo cierta proposición al dueño de esta isla… tal vez pidiéndole permiso para esconder algo en ella. Por tanto, primero registraremos la casa con la chimenea que se ve desde aquí. Tal vez encontremos algún archivo, algo…

Treparon por entre las dos montañas y llegaron a una hondonada resguardada, cerca de la cumbre. En la hondonada se elevaba la chimenea… ¡pero nada más! La chimenea, maciza, de piedra, con el hogar, todo ello rodeado por un terreno rocoso, pelado.

—¡No existe la casa! —gimió Pete—. Se ha esfumado nuestra posibilidad de encontrar unos archivos o un espejo, Jupe.

—¡Mirad! —señaló Bob.

Silueteada perfectamente por tierra recién removida, se veía una losa plana en el centro del hogar de piedra. Evidentemente, habían levantado dicha losa, volviendo a dejarla en su sitio.

—¡Alguien ha estado aquí antes que nosotros! —gritó el profesor Shay—. ¡Y no hace mucho, a juzgar por el aspecto de esa tierra removida!

Todos miraron ansiosamente a su alrededor, hacia las desnudas colinas y los retorcidos cipreses. Nada se movía y agitaba, aparte de los jirones de niebla.

—Veamos qué hay bajo la losa —propuso Bob.

Él y Pete la apartaron de su alvéolo. Todos contemplaron el vacío agujero.

—Aquí no hay nada —declaró Pete—, ni creo que hubiese nada nunca… o al menos, recientemente. La tierra está seca y suelta, sin ninguna señal ni huella.

—Pero alguien buscó aquí —le corrigió Jupiter—. Mira, quien quiera que fuese arañó la tierra del hogar hasta encontrar la losa.

—No había ninguna barca en la cueva —dijo Pete—, pero hay otra pequeña playa al doblar el cabo, pasada la cueva.

—Nos diseminaremos por ahí y encontraremos al intruso —decidió el profesor Shay—. Pero tened cuidado. Yo estaré en el centro. Si veis algo, gritad y corred a buscarme.

—Buscad algo que pueda ser una señal —les advirtió Jupiter—. Tal vez un hoyo, un montón de rocas, o algo tallado en piedra.

Todos asintieron nerviosamente. Yendo hacia el norte, se extendieron en una línea frontal a cada lado de la diminuta isla. Al avanzar a través de la densa niebla, empezaron a perderse de vista entre sí. Cluny, en el ala izquierda, aún divisaba a Pete por entre la niebla.

Cluny avanzaba por el borde más escarpado de la colina occidental. El mar y la espesa niebla se hallaban a su izquierda. A su alrededor jugueteaba un jirón de niebla que acabó por impedirle ver a Pete. Nervioso, buscando a un ser desconocido y escuchando los sonidos de la isla, Cluny tropezó y cayó al suelo. Comenzó a resbalar por la ladera, en medio de una granizada de guijarros sueltos.

—¡Uf…! —exclamó, logrando ponerse de pie… ¡Y entonces lo vio!

Por entre la niebla, una figura fantasmal contemplaba al pobre Cluny desde una pequeña elevación. Una forma negra y retorcida, con una joroba en la espalda y un rostro malvado y puntiagudo, con una nariz ganchuda y un ojo enorme.

—¡El fantasma! —chilló Cluny—. ¡Socorro!

El fantasma movióse hacia Cluny, alargando sus desmesurados y flacos brazos para cogerle.

CAPÍTULO 11

El intruso

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba Cluny, tratando de huir del amenazador fantasma.

Pete no tardó en llegar corriendo por entre la niebla.

—¿Qué pasa?

—¡El fantasma! —indicó Cluny—. ¡Allí!

Pete se atragantó y retrocedió ante la grotesca figura. El único ojo se movía, siguiéndole.

De pronto, llegó el profesor Shay, seguido de Jupiter y Bob, jadeantes. Todos miraron a la grotesca figura, en tanto la niebla se iba aclarando.

—¡Es un árbol! —proclamó Bob de pronto.

—¡Si es un ciprés, retorcido por el viento! —añadió el profesor.

El fantasma jorobado no era más que el tronco de un árbol, retorcido, con las ramas dobladas como unos brazos. La «cabeza» era un tocón achatado, con un agujero. Y la niebla, con su fantasía, le daba al conjunto el aspecto de un ojo móvil en una cabeza de fantasma jorobado.



—¡Uf…! —exclamó Cluny aliviado—. ¡Parecía un fantasma!

—¡Amigos! —gritó Jupiter, de repente—. ¡Éste es el fantasma! ¿No os dais cuenta? ¡Debe de ser el signo del viejo Angus!

—¿El signo?

—¿Lo crees de veras, Jupe? —se interesó Bob.

El profesor Shay estrechó los ojos detrás de sus gafas sin montura.

—Por César, chicos, creo que Jupiter tiene razón. ¡Busquemos un escondite alrededor de este árbol! ¡Tal vez aquí esté el tesoro!

—¡Yo miraré por la izquierda! —se ofreció Cluny.

—¡Yo por la derecha! —gritó Bob.

—Tú treparás arriba, Jupiter —ordenó el profesor—. Y yo buscaré en la base del altozano.

Pete se quedó solo en tanto los demás se diseminaban en torno al grotesco árbol. Miró a la derecha y luego a la izquierda. Miró detrás suyo y al final hacia la elevación.

—Amigos —tartamudeó lentamente.

O no le oyeron o no le hicieron caso. Todos estaban hurgando en la tierra en torno al árbol, y volviendo panza arriba cada fragmento de roca. El profesor Shay sondeaba una grieta con un palo largo.

—Amigos —murmuró de nuevo Pete—, no creo que encontremos nada.

Jupiter dejó de escarbar la tierra.

—¿Por qué, Segundo?

—¡Ayúdanos a buscar, Pete! —le urgió Cluny.

Pete meneó la cabeza.

—No creo que el viejo Angus utilizase este árbol como signo del fantasma.

—¿Qué dices, Pete? —se extrañó el profesor Shay—. ¿Por qué no nos ayudas en lugar de…?

—Mirad allí —señaló Pete, indicando la derecha—. En la ladera… ¡Allí hay otros dos fantasmas!

Efectivamente, dos formas fantasmales se elevaban por entre la niebla.

—Y allí —volvió a señalar Pete, hacia atrás—. ¡Otros tres fantasmas!

En efecto, a medida que el viento iba despejando la niebla, fueron apareciendo cada vez más y más árboles retorcidos. Todos

dejaron de cavar y los contemplaron con desaliento. El profesor Shay gruñó y arrojó lejos el palo.

—¡Todo son cipreses! Vistos desde el sitio adecuado, casi todos parecen otros tantos fantasmas.

—Pete tiene razón —asintió Jupiter tristemente—. Hay demasiados árboles fantásticos para que Angus eligiera uno como signo. O bien…

—¿O bien qué, Jupiter? —le animó Pete.

—O bien Angus cometió un error y escogió uno para marcar su tesoro —precisó Jupiter—. ¡Y nosotros tardaríamos meses y meses en excavar la tierra en torno a todos esos cipreses! ¡Y aún con eso, tal vez jamás encontraríamos el tesoro!

—Temo que habrá que renunciar, muchachos —suspiró el profesor Shay.

—Claro que estamos hablando en el supuesto de que el viejo Angus enterrara el tesoro en la isla —repuso Jupiter—. Pero…

El grueso muchacho se vio interrumpido por una súbita lluvia de guijarros y rocas que rodaban por la ladera. Levantó la vista. La niebla había casi desaparecido, y el chico divisó a otra forma fantasmal de pie en la cumbre de la montaña.

—¡Es otro ciprés! —rió Cluny.

—Pero un árbol no hace rodar las piedras —objetó Jupiter—, a menos que…

—¡A menos que se mueva! —terminó Pete.

—¡Se mueve! —gritó el profesor—. ¡No es ningún árbol, sino un hombre! ¡Eh, alto!

La figura de la cumbre se desvaneció. Al otro lado de la montaña se oyó el ruido de unos pies que corrían.

—¡Vamos, chicos! —les animó el profesor—. ¡Hay que atraparle!

Corrió ladera arriba con los muchachos pegados a él. Desde la cima divisaron una figura distinta que corría a toda velocidad, hacia la derecha, como deseando dar un rodeo en torno a la cueva.

—Debe de tener una embarcación —jadeó el profesor—. ¡Vamos a perseguirle!

Dieron media vuelta y descendieron de la montaña, en dirección a la cueva. Pete y Cluny adelantaron bastante a los demás y al cabo de unos minutos estaban ya en el embarcadero. Pero el fugitivo no estaba ya a la vista.

—¡Allí! —indicó Jupiter, gritando desde la elevación que tenían detrás—. ¡A la izquierda!

La figura estaba desapareciendo en aquel instante por un risco existente al norte de la cueva. Pete y Cluny corrieron hacia allí. Bob y el profesor Shay se desviaron hacia el risco. Jupiter, resoplando y jadeando, les siguió muy rezagado.

Bob y el profesor Shay llegaron primero al risco, con Pete y Cluny casi a su alcance. Ante ellos, al pie del risco, se extendía una estrecha playa. El fugitivo ya estaba en su motora. Al dirigirla fuera de la isla, miró un momento hacia atrás, y sus perseguidores divisaron su rostro.

—¡Es el individuo del Volkswagen verde! —proclamó Bob.

El profesor Shay contempló al joven del bigote negro y cabellos espesos y crespos del mismo color.

—¡Carape —exclamó—, si es el joven Stebbins! ¡Alto, canalla!

La motora se alejó de la isla.

—¡El muy bribón! —rezongó el profesor—. ¡De prisa, a la barca!

Corrieron hacia la cueva. Por el camino encontraron a Jupiter, que resoplaba aún, hacia la playa. El corpulento jefe de los investigadores les miró a todos con desesperación, en tanto los otros corrían ya en dirección opuesta.

—¡Oh, no, vaya juego! —gruñó Jupiter, volviendo a seguirles con nuevos resoplidos y jadeos.

Desamarraron la lancha, pusieron en marcha el motor, y Pete se instaló al timón; en aquel momento, llegó Jupiter falto de aliento y se dejó caer en la lancha. Pete la condujo fuera de la isla. La motora se hallaba sólo a unos centenares de metros.

—¡A toda marcha, Pete! ¡Vamos a cogerle! —urgió el profesor Shay, blandiendo un puño hacia la otra embarcación—. ¡Stebbins, maldito ladrón!

Aún jadeando, Jupiter se incorporó.

—¿Lo conoce, profesor? ¿Al joven del Volkswagen verde? ¿Quién es?

—Mi antiguo ayudante, el joven Stebbins. Era —continuó el profesor lleno de cólera— un estudiante graduado de la universidad de Ruxton, un pobre joven, y yo traté de ayudarle. ¡Pero me robó! Trató de vender varios documentos históricos de la Academia. Tuve que despedirle y lo enviaron un año a la cárcel.

La motora estaba ya más lejos, casi a medio kilómetro.

—No le atraparemos —se entristeció Pete—. Esta lancha es demasiado lenta, profesor.

El aludido miraba la distante motora.

—Vosotros preguntasteis cómo Java Jim estaba tan enterado de lo relativo al tesoro y a los Gunn, ¿verdad? Pues bien, ésta es la respuesta. Ahora recuerdo que Stebbins estaba muy interesado en el *Argyll Queen* y en el viejo Angus Gunn. Debió fugarse de la cárcel, o bien lo han soltado con fianza. Y ahora ha vuelto a sus viejos trucos. Probablemente, trabaja para Java Jim, por César. ¡Es un criminal joven pero muy peligroso!

—Stebbins debió ser el que fotografió el segundo diario en la Base, anoche —decidió Bob.

—Sí —asintió Jupiter—. Por esto se enteró de la existencia de la isla. Pero no ha hallado nada. En caso contrario, no habría estado por allí buscando como nosotros.

—Lo cual me recuerda —intervino Bob— que no hemos encontrado nada.

Las palabras de Bob arrojaron una sombra de pesar en la lancha, y continuaron el resto de la travesía en silencio. El profesor Shay mantenía fija la vista en la distancia, por donde ya había desaparecido la motora. Cuando llegaron al muelle no vieron la menor huella de Stebbins, de la motora ni del Volkswagen.

—Comunicaré que he visto a ese bribón a la policía, inmediatamente —decidió el profesor iracundo—. Anoche irrumpió en vuestra Base.

—En realidad, no le vi —replicó Jupiter.

—Pero sabes que era él, y al menos puedo avisar a la policía para que le busquen.

—¡Vaya día! —exclamó Pete—. Dejamos que se nos escape de las manos un granuja y no hallamos ningún tesoro.

El profesor sacudió lentamente la cabeza.

—Lo siento, chicos. Esta caza del tesoro parece inútil. Tal vez cien años sean demasiados.

—Admito que progresamos muy poco —dijo Jupiter.

—¡Todavía queda más de un mes por leer en el segundo diario! —gritó Cluny—. ¡No vayamos a abandonar ahora!

—Temo —dijo el profesor con pesar— que si decidís proseguir

esta búsqueda, amigos, yo no podré ayudaros. No puedo abandonar mi trabajo. Pero me gustará enterarme de todos vuestros progresos.

Vieron cómo el profesor se alejaba con su coche. Cluny se volvió tristemente hacia los demás.

—Jupe —dijo Pete—, no pensarás renunciar, ¿verdad?

—Será mejor que vayamos a almorzar —repuso Jupiter—. Quiero reflexionar. Luego iremos al Lago Fantasma y decidiremos —suspiró profundamente—. No sé, pero algún detalle de este caso se me escapa de entre los dedos.

Muy apesadumbrados, los muchachos montaron en las bicicletas y se dirigieron a sus respectivos hogares.

CAPÍTULO 12

Un nuevo peligro

Bob acababa de almorzar cuando su madre le dijo que Jupiter le llamaba por teléfono.

—Creo que he sufrido un tremendo error, Archivos —le comunicó el jefe del trío—. ¡Ahora tengo un concepto totalmente diferente del enigma del viejo Angus!

Bob sonrió al colgar el receptor. Ya no estaba triste. El tono de Jupiter volvía a ser animado.

—Nos encontraremos en el Patio —le ordenó Jupiter—. ¡Tengo un plan!

Bob colgó y fue en busca de su bicicleta. Cuando llegó al Patio Salvaje, vio a Jupiter y a Pete junto a la camioneta, hablando con Hans. Cargó la bicicleta en el vehículo, por orden de Jupiter, y trepó arriba con los otros. Hans puso en marcha el motor.

—Le dije a tío Titus que la señora Gunn tenía algunas cosas para vender, lo cual es verdad —explicó Jupiter, aunque no agregó nada más.

Bob le conocía demasiado para interrogarle. El jefe del trío jamás revelaba sus sorpresas y deducciones hasta que todo se había aclarado.

Cluny se hallaba en el porche de Gunn Lodge cuando se detuvo la camioneta. Jupiter preguntó por la señora Gunn. El pelirrojo les condujo en torno a la casa, hacia un cobertizo de piedra y madera, situado a espaldas de la mansión. Dentro, la señora Gunn estaba trasplantando un hibisco en un tiesto de palosanto.

—Señora —dijo Jupiter al momento—, supimos que la carga que el viejo Angus llevaba en la barca en su viaje a la isla fue algo que llevaba allí. Pero he vuelto a leer aquella anotación y ahora estoy convencido de que fue algo que trajo de la isla. ¿No se le ocurre qué pudo ser?

La señora Gunn sonrió.

—Por favor, Jupiter, ¿cómo puedo saber qué era? Yo no estaba presente, y supongo que el dueño de la isla Cabrillo pudo venderle cualquier cosa.

Jupiter asintió como esperando ya aquellas palabras.

—Trate de meditar, señora. Mientras tanto, he pensado una nueva interpretación del mensaje del viejo Angus. En su carta decía: «Sigue mi último rumbo, lee lo que mis días han construido para ti». Dice días, no día, y creo que se refiere a todo su rumbo. Todo lo que hizo, forma algún mensaje si se une. Como un rompecabezas. Y necesitamos todas las piezas para construirlo.

—¡Diantre! —exclamó Pete—. Esto explicaría por qué no encontramos nada en la ciudad fantasma ni en la isla.

—Entonces ¿qué hemos de hacer ahora, Jupe? —quiso saber Cluny.

—Hemos de dar otros dos pasos, Cluny —replicó Jupiter, exhibiendo el segundo diario—. El 21 de noviembre de 1872, el viejo Angus escribió: «Aviso de los hermanos Ortega de que mi pedido ya está a punto. Necesitaré el carromato grande.». Y al día siguiente escribió: «He vuelto de Rocky Beach con el pedido de los Ortega. Se han portado muy bien y cada pieza tiene el tamaño especificado… ¡un milagro en esta tierra nueva!». Después, hasta el próximo paso, hay las usuales anotaciones lacónicas, respecto a que «el trabajo progresa», aparte de dos comentarios extraños.

Jupiter levantó la vista para mirarles a todos antes de proseguir.

—23 de noviembre: «He visto a dos desconocidos en la zona. Hombre de mar.». Y el 28 de noviembre: «Los desconocidos han desaparecido. Seguramente, para informar al capitán.».

—O sea, que sabía que le vigilaban —observó Bob.

—Casi le veo —asintió Jupiter—, aquí solo, aguardando a su esposa y a su hijo. Sin poder huir, y tal vez cansado de esconderse. Tuvo una premonición, quizá, sabedor de que no podría escapar a su destino, y decidió ocultar el tesoro. No tenía mucho tiempo, por lo que empezó a construir el mensaje para Laura.

—¿Hablaste de un nuevo paso? —le recordó Cluny.

—El 5 de diciembre del mismo año —continuó Jupiter—, escribió: «A Santa Bárbara para el toque final para la sorpresa de Laura. Hallé algo estupendo, muy barato porque el establecimiento

sufrió un incendio últimamente. ¡La tragedia de un hombre es a menudo la fortuna de otro!». Tal vez al escribir estas últimas palabras, Angus pensaba en el naufragio y el tesoro.

Jupiter cerró el diario.

—Anoche busqué quiénes eran los hermanos Ortega. Bien, poseían un establecimiento donde vendían ladrillos y piedras, en Rocky Beach, de modo que Angus debió comprarles una carga de piedras o ladrillos para lo que construía. Todavía existe la Empresa Constructora Ortega, y tal vez conserven archivos.

—¡Entonces, iremos a verles! —gritó Cluny.

—Sí —asintió Jupiter—, pero nos dividiremos y también iremos a Santa Bárbara. Sabemos que Stebbins fotografió el diario, por lo que hemos de apresurarnos. Bob y Pete irán a la empresa Ortega de Rocky Beach. Cluny y yo iremos con Hans a Santa Bárbara. Si podemos averiguar qué compró allí el viejo Angus, Cluny podrá reconocerlo aquí.

—¿Permitirá tío Titus que Hans nos lleve, Jupe? —preguntó Bob.

—Seguro, como un favor a la señora Gunn —sonrió Jupiter. Se volvió hacia la madre del pelirrojo—. Si puede usted vendernos algo usado o viejo, señora Gunn, y pedirle a Hans que lleve a Cluny a Santa Bárbara, nos haría un gran favor.

La señora Gunn se echó a reír.

—Posees una mente tortuosa, jovencito. Pero te haré ese favor. Sí, tengo precisamente algunas cosas que le interesarán a tu tío. Con una condición: ¡que llevéis este tiesto con el hibisco, fuera! Yo quería llamar a Rory que está en la casa, pero ya que vosotros estáis aquí…

—De acuerdo —asintió Jupiter—. Vamos, amigos.

El tiesto de palosanto era tan pesado que tuvieron que colocarlo encima de dos largos palos que hallaron en el cobertizo. Luego, cada uno cogió un extremo. Esforzándose bajo la carga, llevaron el hibisco hacia el frente de la casa. Al dejarlo junto al porche, oyeron un coche, y poco después frenaba la «rubia» del profesor Shay.

—He venido a avisaros, muchachos —explicó, dirigiéndose hacia ellos apresuradamente—. Informé lo del bribón de Stebbins a la policía, precisamente al jefe Reynolds, y éste comprobó el expediente. Hace seis meses lo pusieron en libertad bajo fianza, y si

la otra noche irrumpió en vuestra Base, esto constituye un delito. Stebbins lo sabe, por lo que podría ser peligroso. ¡Su captura significaría la vuelta a la cárcel!

—¿Hace seis meses? —repitió Pete—. Fue entonces precisamente cuando empezaron a asaltar esta casa, Jupe.

—Sí, Segundo —asintió Jupiter—. Creo… —Calló de pronto, con los ojos alerta. Husmeó el aire—. Amigos… ¿no oléis algo?

Pete le imitó.

—¡Humo! ¡Huelo a quemado!

—¡Detrás de la casa! —gritó Cluny.

Corrieron hacia la esquina. Al cabo de un instante lo vieron: salía un humo espeso del viejo cobertizo.

—¡Arde el cobertizo! —gritó la señora Gunn.

Al momento, Jupiter rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y sus pantalones. Se miró las manos como sorprendido de no encontrar algo. El pánico inundó sus ojos.

—¡El diario! —gritó con honda desesperación—. ¡Lo dejé en una mesa cuando cogí el tiesto! ¡Debe de estar en el cobertizo!

CAPÍTULO 13

La persecución

Corrieron hacia el viejo cobertizo. El humo era más espeso, pero ninguna llama salía fuera. El cobertizo de piedra no ardía fácilmente.

—¡Sólo se quema la madera de dentro! —exclamó Pete.

Cluny corrió al frente de un apagafuegos. Pete y Bob se quitaron las chaquetas y, junto con Cluny al frente, penetraron cuidadosamente en el cobertizo en llamas.

—¡Sólo arde aquel montón de maderas sueltas! —gritó Cluny.

Fuera, Jupiter, la señora Gunn y el profesor Shay escuchaban el ruido del apagafuegos y las chaquetas que golpeaban contra las llamas. Momentos más tarde, el humo se fue aclarando, y al final cesó de golpe. Pete salió triunfante. Sostenía en una mano el segundo diario.

—Apenas chamuscado, Jupe —explicó el Segundo Investigador —. Por suerte, porque estaba muy cerca del fuego.

Jupiter cogió el diario y lo hojeó para convencerse de que no había salido perjudicado.

De pronto, todos oyeron a alguien que corría hacia ellos: ¡era Rory! Gritaba y señalaba detrás del cobertizo de piedra.

—¡Por allí! ¡Detrás del cobertizo! ¡Le he visto! ¡Nos estaba vigilando hace un instante!

—¡Vamos a atraparle! —gritó el profesor Shay.

Todos corrieron pasado el cobertizo, hacia la espesura y la arboleda que crecía al final del valle. Rory iba en cabeza.

—¡Allí! ¡Entre los árboles! —gritó—. ¡Va hacia la carretera!

Desplegándose, todos se internaron en la arboleda, aplastando las matas. El profesor Shay derivó a la derecha, intentando cortarle el camino al incendiario. Rory iba por delante. Jupiter y Bob, detrás, se detuvieron unos instantes para escudriñar bajo la densa

espesura, bajo los robles.

Hubo un súbito silencio, como si todos hubiesen abandonado la persecución para escuchar. Al frente, una voz murmuró que el granuja se escondía. Jupiter y Bob comenzaron a moverse cautelosamente otra vez. Avanzaron unos cincuenta metros entre los matorrales. De repente, algo saltó de entre la maleza.

—¡Bob! —susurró Jupiter, mirando a su alrededor.

Sonó un grito a la derecha del gordinflón. Una figura surgió de entre las matas, y Jupiter se le echó encima, en un enredijo de brazos y piernas.

—¡Ya lo tengo, amigos! —chilló Pete—. ¡Lo he atrapado!

—¡Socorro! —pidió Jupiter.

—¡Pete! —gruñó Bob—. ¡Somos nosotros! Has atrapado a Jupe.

Jupiter parpadeó, montado encima de Pete.

—¿Qué pasa?

—Uf… —refunfuñó Pete—. Creí… Me pareció…

—¡Suéltame! —tronó Jupiter, luchando por levantarse. Se quitó los hierbajos de la ropa—. Podías mirar antes de saltar, Segundo.

—Bueno —sonrió Pete—, pensé que eras el criminal. Y tú pensaste lo mismo de mí, ¿verdad?

—Chicos, ha sido muy divertido —rió Bob.

Los Tres Investigadores reían aún cuando el profesor, Rory y Cluny retrocedieron lentamente. El profesor tenía las pupilas llameantes de cólera. Su cara redonda resultaba casi cómica por la rabia frustrada. Rory parecía a punto de estallar.

—¡Huyó, maldita sea! —rugió el escocés—. Le vi claramente. Era Java Jim, por lo que contáis de ese tipo.

—Usted quiere decir Stebbins —se indignó el profesor Shay—. Yo le vi…

—¡Está usted loco! —replicó Rory—. Vi la barba y las ropas de marino que dijeron los chicos.

—Un bigote vio usted —insistió el profesor Shay—. El pelo negro debió confundirle y…

—¿Cree que no hubiera sabido conocer a Stebbins?

—Pero… —El profesor Shay estaba muy enojado. De pronto, reflexionó—. Bien, tal vez yo me haya confundido. Usted tiene mejor vista que yo.

—Naturalmente —asintió Rory—, y sé que era Java Jim.

—Entonces —apremió Jupiter—, no hay tiempo que perder. Si Java Jim ha intentado destruir el segundo diario, ello sólo significa que ahora ya cree tenerlo todo para localizar el tesoro. Tenemos que actuar de prisa. ¡Vamos!

Jupiter abrió la marcha a través de la espesura, hacia la casa. La señora Gunn les aguardaba con ansiedad. Hans estaba a su lado, habiendo abandonado la camioneta para investigar qué ocurría.

—Ese vándalo huyó —explicó Rory—. Si yo hubiera salido de la casa un momento antes, le habría atrapado.

—¿Estaba usted en la casa, señor Macnab? —preguntó Jupiter.

—Sí, chico, y olí el humo.

—Habrá que comunicar a la policía lo del incendio —dijo el profesor Shay—. Acabo de ver al jefe Reynolds para advertirle que Stebbins ha quebrantado su libertad condicional, y ahora he de volver allá para dar cuenta de otro desaguisado. Ah, pero así contaré esta última hazaña de Java Jim.

—Sí, será lo mejor —asintió Rory. La voz del escocés era un guiño amistoso—. Bien, os debo mis disculpas, muchachos. No digo que exista un tesoro, pero ahora sé que otros, además de vosotros, creen que sí existe —Rory sacudió la cabeza—. Y supongo que se trata de unos tipos peligrosos. Este caso es un asunto para la policía y no para unos muchachos como vosotros.

El profesor asintió.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Tal vez… —Dudó la señora Gunn.

—No corremos ningún peligro, señora —replicó Jupiter con rapidez—. Es obvio que Java Jim cree tener todo lo que necesita. Ya no intentará atacarnos. En la isla, Stebbins huyó. Si lo que quieren es el tesoro, nosotros hemos de procurar encontrarlo antes, sencillamente. Bob y Pete saben cuidar de sí mismos, y Cluny y yo tendremos a Hans.

—Sigue sin gustarme —insistió Rory.

—Estoy segura de que esos chicos son responsables de sus actos —concedió la señora Gunn—. Ya son bastante mayorcitos.

—Gracias, mamá —resplandeció Cluny.

El profesor sonrió.

—Tengo mucha fe en su buen juicio, señora Gunn. Bien, ahora he de atender a mi trabajo. Pero mantenedme al corriente, ¿de

acuerdo, chicos?

El profesor volvió a su vehículo y se marchó. Rory ayudó a Hans a cargar en la camioneta los objetos que la señora Gunn había decidido venderle a tío Titus. Luego, se dirigió al viejo Ford.

—Vosotros podéis perder el tiempo —gruñó—, pero yo no. El fuego quemó el pequeño generador del cobertizo. Tengo que repararlo.

Rory condujo el Ford hacia ella, y Bob y Pete sacaron sus bicicletas de la camioneta para ir a Rocky Beach.

—Buscad tenazmente —les advirtió Jupiter antes de que se alejaran—. ¡Éstos son los últimos pasos del rumbo del viejo Angus!

Luego, Jupiter y Cluny treparon a la camioneta, y Hans guió hacia Santa Bárbara.

CAPÍTULO 14

Java Jim, otra vez

Jupiter tabaleaba sobre el asiento de la camioneta, yendo hacia Santa Bárbara.

—Más de prisa, Hans —apremió—. ¡Hemos de llegar allí antes!

—Llegaremos a tiempo, Jupe —repuso Hans plácidamente—. Si corremos demasiado, tal vez no lleguemos nunca.

Jupiter se retrepó, mordiéndose los labios. Cluny, que estaba examinando el segundo diario del viejo Angus, levantó la mirada, confuso.

—Jupiter, en esta anotación referente a Santa Bárbara, no pone dónde fue Angus Gunn. ¿Dónde iremos nosotros cuando lleguemos?

—Santa Bárbara es una gran ciudad —gruñó Hans.

—Bastante grande para tener archivos —les recordó Jupiter—. Descubriremos adónde fue Angus, sirviéndonos de un dato importante suministrado por él.

—¿Cuál?

—Que compró algo en un establecimiento que había sufrido muy poco antes un incendio —exclamó Jupiter triunfante—. En 1872, Santa Bárbara era aún muy pequeña, y el periódico local debió informar del fuego a sus lectores.

Llegaron a las afueras de Santa Bárbara a media tarde y buscaron el edificio estilo morisco del *Sun Press* en la plaza de la Guerra. El recepcionista les envió al señor Pidgeon, en el segundo piso. El editor era un hombre sonriente.

—¿En 1872? —repitió—. No, entonces no existía este diario aún. Había, no obstante, otro periódico y, en efecto, debió publicar lo del incendio, si hubo alguno.

—¿Dónde podríamos estudiar los archivos del otro diario, señor? —preguntó Jupiter.

—Bueno, nosotros nos quedamos con todos los archivos —

explicó el señor Pidgeon—, pero por desgracia, todos se perdieron en un terremoto ocurrido en 1900.

—¿Todos los archivos? —gimió Jupiter.

—Temo que sí —el editor reflexionó un instante—. Sin embargo, tal vez hallemos un medio… Conozco a un viejo escritor que trabajó en aquel periódico hace unos sesenta años. No estoy seguro, pero creo que conserva un archivo privado del antiguo diario. Es su manía.

—¿Vive en Santa Bárbara? —quiso saber Jupiter.

—Sí, ciertamente —y el señor Pidgeon abrió una carpeta de su mesa—. Se llama Widmer y vive en el 1600 de la calle Anacapa. Estoy seguro que le alegrará vuestra visita.

De nuevo en la camioneta, se dirigieron a la manzana del 1600 de la calle Anacapa. El número era una casita de adobe, al fondo de una alameda, detrás de una casa mayor. Jupiter y Cluny recorrieron la alameda apresuradamente, mientras Hans se quedaba en la camioneta. De pronto, Jupiter se detuvo en seco.

Acababa de resonar un portazo, y por detrás de la casita de adobe se oían unos pies que corrían.

—¡Mira, Jupe! —gritó Cluny.

La puerta delantera de la casita estaba entornada. De la casita surgió un grito lastimero.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritó la voz.

—¡Alguien está en apuros! —exclamó Jupe, reemprendiendo la carrera seguido de Cluny.

Hans también saltó de la camioneta y se les unió.

La puerta de la casita daba a un saloncito, con las paredes casi agobiadas por unas estanterías cargadas de libros y primeras planas de periódicos viejos, enmarcadas.

—¡Por favor! ¡Auxilio!

El grito procedía de una habitación a la izquierda. Los muchachos siguieron la voz y penetraron en un despacho, repleto de montones de periódicos y revistas antiguas. Sobre un escritorio se veía una máquina de escribir, con una caja al lado, como si alguien estuviera escribiendo un libro.

Un hombre anciano yacía en tierra. Giró los ojos vidriosos hacia los recién llegados. De su boca surgía un hilillo de sangre y había algunos cortes en su cara.

—*Mein Gott*[2] —exclamó Hans al ver al viejo.

Levantó suavemente al escritor y le ayudó a sentarse. Cluny fue en busca de un vaso de agua. El anciano lo bebió ávidamente.

—Un tipo barbudo —balbució el viejo escritor—. Con un rostro lleno de cicatrices… y una chaqueta de marino… ¿Quiénes… quiénes son ustedes?

Jupiter se presentó y también a los otros dos.

—¡Java Jim! —exclamó Cluny.

—Señor, venimos a verle por recomendación del señor Pidgeon, del *Sun Press*. Bueno, si es usted Jesse Widmer.

—Sí, lo soy —asintió el anciano—. ¿Java Jim? ¿Es el que me atacó?

—Efectivamente, señor. ¿Qué deseaba Java Jim, señor Widmer?

El escritor respiró profundamente un par de veces, en tanto Hans le examinaba los cortes de la cara, viendo que no revestían la menor gravedad.

—No vino recomendado por nadie. Entró. Y quería saber algo de un fuego ocurrido en 1872 en una tienda, hacia el mes de noviembre —explicó el anciano—. Por el tesoro del *Argyll Queen* dijisteis, ¿verdad? ¿Busca el tesoro ese individuo de la barba?

—¿Está usted también interesado en ese tesoro? —inquirió Cluny a su vez.

Jesse Widmer asintió.

—Lo estuve largo tiempo. Lo estudié durante varios años, y en mis archivos poseo varios recortes de prensa que hablan del naufragio.

—¿Qué le dijo usted a Java Jim? —quiso saber Jupiter.

—Nada. No me gustó aquel tipo. Me pegó y buscó en mis archivos. Halló lo que buscaba, supongo, y echó a correr. Se llevó un recorte de periódico consigo.

—Un recorte, ¿en? —gruñó Jupiter—. ¿Qué decía? Esto es muy importante, señor.

Jesse Widmer sacudió su dolorida cabeza.

—No lo sé, pero puedo averiguarlo.

—¿De veras? —exclamó Cluny—. Por favor…

—Haré algo más —sonrió Widmer—. Tengo todos mis archivos copiados en microfilme. Dadme esa caja de la mesa.

Cluny le entregó la caja al señor Widmer. El viejo buscó en su

interior y extrajo un microfilm.

—1872 —dijo—. Ponedlo en aquella máquina.

Jupiter sentóse detrás del aparato y empezó a leer los recortes filmados, empezando por septiembre de 1872. Lentamente, fue dando vueltas a la manivela.

—¡Aquí hay algo! —gritó el Primer Investigador—. 15 de noviembre. Wright e Hijos, proveedores de buques, sufrieron un grave incendio en sus almacenes. ¡Tiene que ser esto!

—¿Qué es un proveedor de buques? —quiso saber Cluny.

—Un comerciante que vende objetos para los barcos —respondió Jupiter.

—¿Wright e Hijos? —repitió el señor Widmer—. Todavía existe esa casa. Está cerca del puerto.

—¡Corramos allá! —gritó Cluny.

—Creo que tendríamos que avisar a un médico para el señor Widmer —insinuó Hans.

El viejo sacudió negativamente la cabeza.

—No, no, estoy bien. Llamaré a mi médico de cabecera. Ustedes vayan a atrapar a ese barbudo. Será la mejor medicina para mí. ¡Vamos, de prisa!

Jupiter sólo vaciló un momento. Luego, sonrió y tras despedirse del señor Widmer, salió con Cluny y Hans. Éste les condujo al puerto. No tardaron mucho en encontrar la tienda de Wright e Hijos, en un callejón no lejos del agua.

Les recibió un caballero añoso.

—¿En qué puedo servirles?

—¿Conservan ustedes los archivos de 1872? —explotó Cluny.

—Queremos descubrir… —empezó a explicar Jupiter.

—Si son ustedes amigos de ese canalla que ha estado aquí —se envaró el anciano caballero—, ya pueden largarse enseguida.

—No somos amigos suyos, señor —sonrió Jupiter.

A continuación, contó todo el caso.

—Angus Gunn, ¿eh? —repitió el anciano—. Ay, como ya le dije a ese bribón de las barbas, el terremoto destruyó todos nuestros archivos.

Jupiter sintióse desalentado por completo.

—Entonces, ¿no podremos saber qué compró el viejo Angus en 1872?

El anciano sacudió pesarosamente la cabeza.

—No, a menos que… Aguarden unos instantes. Estuve precisamente revisando nuestro depósito hace muy poco. Tardaré unos cinco minutos.

El anciano dependiente subió al primer piso, hasta una puerta que indicaba «Privado». Hans, que se complacía con los objetos antiguos tanto como tío Titus, se dedicó a inspeccionar varios artículos marítimos. Cluny fue hacia el escaparate para examinar un barco en miniatura y Jupiter aguardó con impaciencia. De repente, Cluny miró hacia fuera.

—¡Jupiter! —susurró.

—¿Qué pasa?

—Alguien está vigilando la tienda.

—¿Dónde? —Jupiter escudriñó la calle.

—¡Al final de la manzana! Cuando miré hacia allí, corrió a esconderse en la esquina. ¡Tal vez sea Java Jim!

Jupiter miró hacia el fondo de la tienda. El empleado viejo aún no había vuelto y Hans estaba absorto en un viejo reloj de barco. Jupiter le hizo una seña a Cluny y los dos salieron de la tienda furtivamente.

—Veamos si le encontramos.

Anduvieron cautelosamente hacia el puerto, manteniéndose pegados a las casas. Cuando llegaron a la esquina, miraron alrededor.

—¡Jupiter! —murmuró Cluny—. ¡Un Volkswagen verde!

El pequeño coche estaba estacionado al otro lado del amplio bulevar del puerto. Más allá, Jupiter vio a un joven bajito, con bigote, que atravesaba corriendo una franja arenosa, en dirección a una barca de madera que se balanceaba al borde del agua.

—¡No es Java Jim, sino Stebbins! —exclamó Jupiter.

Vieron cómo el joven melenudo desaparecía detrás de la barcaza, moviendo los labios como si hablara.

—Va al encuentro de alguien, Cluny.

—Tal vez de Java Jim.

—Sígueme —rezongó Jupe.

El grueso jefe de los Investigadores cruzó el bulevar y se aproximó a la barcaza por un costado.

—Si se trata de Java Jim y Stebbins —susurró Jupiter—, tal vez

les oiremos. Hemos de averiguar cuáles son sus planes. Y me gustaría saber cómo Java Jim supo ir directamente a casa de Jesse Widmer.

Le indicó a Cluny que no hiciese ruido y se detuvo junto a la barcaza. Escuchó intensamente. Pero del otro lado no salía ningún sonido.

—Está demasiado lejos —murmuró Cluny—. Miremos al otro lado.

—No —replicó Jupe—. Podríamos tropezar con ellos. Les espiaremos desde arriba.

Señaló una escalera al lado de la barcaza. Era un poco difícil trepar por ella, pues la barca se inclinaba de costado sobre el agua. Jupe, no obstante, consiguió trepar, seguido de Cluny. Muy juntos, anduvieron cautamente por cubierta hacia el otro extremo… y con un crujido de madera podrida, la cubierta cedió. ¡Cayeron por un negro agujero!

—¡Ay! —chilló Jupiter, hundiéndose en algo suave y húmedo.

—Sacos viejos —gimió Cluny—. ¡Hemos caído sobre un montón de sacos!

Una vez hubieron recobrado el resuello, se levantaron sobre el inclinado suelo y miraron en torno. Se hallaban en la cala de la barcaza, un lugar oscuro y desnudo, con un piso podrido por la humedad. Penetraba luz por algunas grietas laterales… y por el agujero por donde habían caído. ¡Pero aquel agujero estaba a más de tres metros de altura!

—Busca algo donde subirnos —apremió Jupiter.

Recorrieron la cala. Salvo los sacos, no había nada. Ni cajones, tablas, cuerdas o escalerillas. Algo resonó en un rincón. ¡Ratones! ¡O ratas!

—No podemos salir de aquí, Jupe —gimió Cluny.

—¡Miremos de nuevo! ¡De cabo a rabo! —ordenó Jupiter.

Anduvieron de nuevo por toda la cala de la barcaza… y acabaron por detenerse al borde del agua.

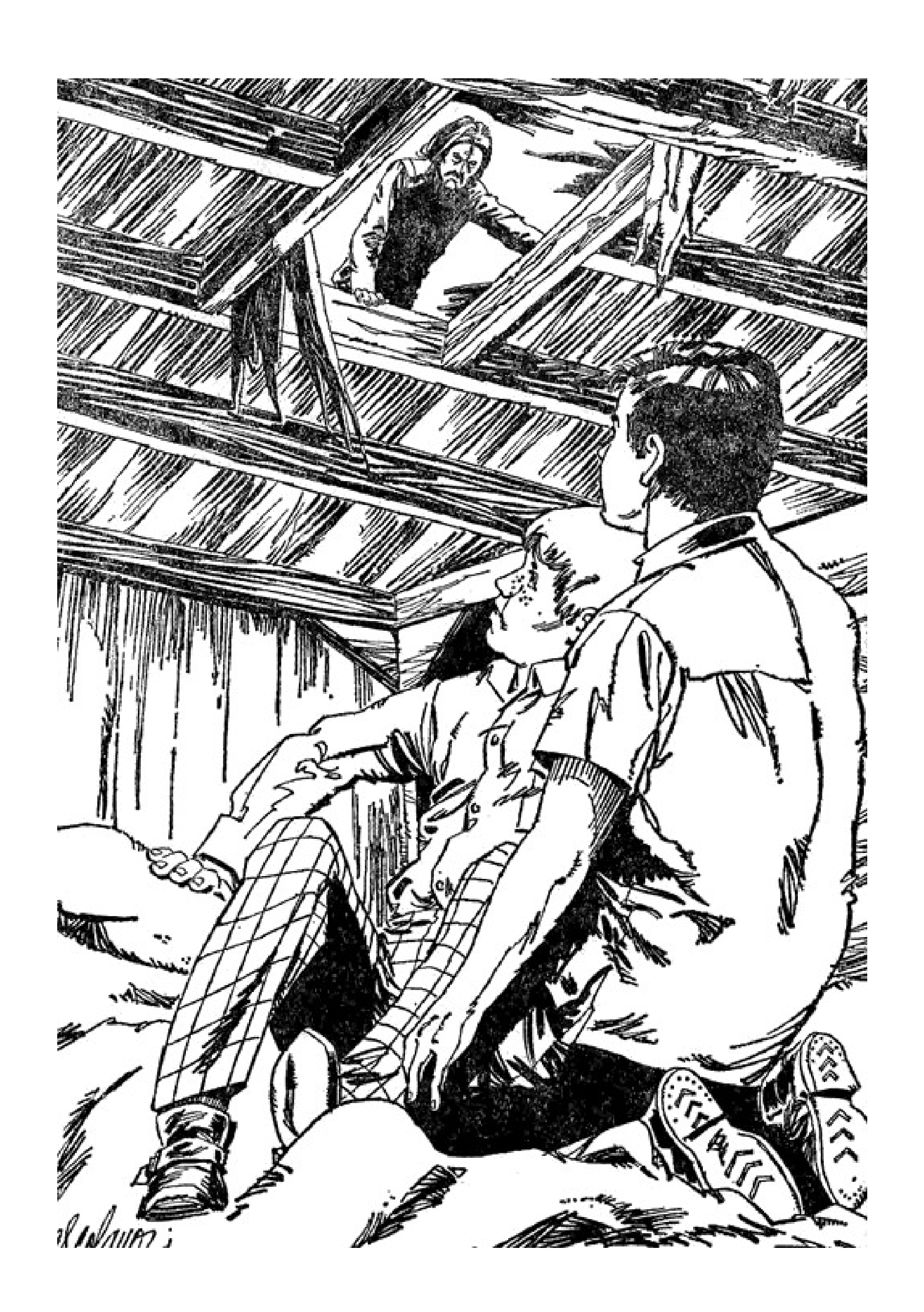
Jupiter tragó saliva.

—Cluny, mira las paredes —sollozó casi—. Tienen una marca del agua… Cuando… cuando sube la marea, esta cala queda inundada…

Corrieron a situarse debajo del agujero por el que habían caído.

—¡Chillemos! —urgió Jupe.

Una sombra pasó por la abertura y un rostro les miró desde arriba. ¡Un rostro juvenil con un bigote y melenas!



—No malgastéis la saliva —rió Stebbins—. Nadie viene por aquí en invierno, y desde el bulevar nadie os oirá con el ruido del tráfico.

Levantaron la vista hacia el conductor del Volkswagen verde.

Los ojos del joven Stebbins les contemplaron centelleantes.

—¡He de hablar con vosotros, muchachos!

CAPÍTULO 15

Un desliz involuntario

Bob y Pete, montados en sus bicicletas, llegaron a la Casa Ortega, a media tarde. Un hombre de rostro sombrío cargaba ladrillos en un camión. Cuando los dos chicos le contaron lo que deseaban, o sea hacer una indagación en la tienda, el hombre se secó el sudor de la frente y les miró sonriendo.

—Sí, los famosos Hermanos Ortega. La mejor tienda de albañilería de California en los viejos tiempos. Eran mi bisabuelo y mi tío bisabuelo. Yo me llamo Emiliano Ortega —el hombre sonriente suspiró—. Esta casa sigue siendo la mejor albañilería, pero hoy nadie desea construir con piedras. Es demasiado caro.

—Entonces, ¿usted sabe todo lo referente a los Hermanos Ortega? —preguntó Bob.

—Seguro. ¿Qué queréis saber muchachos?

—Le vendieron una carga de un carromato, una carga de algo que ignoramos qué era, al señor Angus Gunn, el 28 de noviembre de 1872. Y queremos saber qué le vendieron.

—¡Caramba! —exclamó Emiliano Ortega—. ¿Queréis saber qué compró una persona en 1872? ¿Hace cien años?

—¿Es demasiado tiempo? —se entristeció Pete.

—¿No puede ayudarnos? —Bob estaba desalentado.

—¡Cien años! —repitió Ortega horrorizado; luego se echó a reír, con los ojillos relucientes—. Claro que puedo ayudaros… La Casa Ortega posee el mejor archivo de toda la costa. Venid.

El señor Ortega les condujo al despachito del patio, y se dirigió a un archivador. Buscó por entre las amarillentas carpetas. Al fin sacó una, sopló el polvo que la cubría, sonrió y la abrió encima del escritorio.

—Habéis dicho 21 y 22 de noviembre, Angus Gunn. Bien, veamos si… Ah, aquí está. «Angus Gunn, Lago Fantasma, pedido

especial. Una tonelada de granito tallado, pagado al contado y cargado en un carro».

—¿Una tonelada de granito? —Pete estaba apabullado—. ¿Qué clase de granito? ¿Qué clase de piedras?

—No lo dice —el señor Ortega sacudió la cabeza—. Sólo pone el peso total. Era un pedido especial, y a juzgar por el precio no era roca ordinaria, pero no sé nada más.

—¿Qué clase de pedidos especiales podían hacerse entonces, señor Ortega? —quiso saber Bob—. ¿Qué era un pedido?

—Bueno —el señor Ortega se rascó la barbilla—, un pedido especial podía ser algo más que piedras de nuestra cantera. Unas piedras de un tamaño especial, de forma distinta, o quizá piedras pulimentadas. Alguna obra hecha después de sacar la piedra de la cantera, ¿eh? Sí, tal vez una pulimentación. Pero este pedido no se refiere a piedra pulida… Sería demasiado barata. ¿Construyó acaso Angus Gunn una acera?

—¿Acera? —repitió Pete asombrado.

—En aquella época utilizaban losas para las aceras… unas losas grandes y planas.

—No, que sepamos.

—Bien, entonces puede tratarse de piedras de cualquier tamaño, grandes o pequeñas. Para una casa, unos cimientos, un muro… —El señor Ortega se encogió de hombros—. ¿Es importante, chicos, el tamaño y la forma?

—Oh, sí, señor —exclamaron los dos.

El señor Ortega asintió como para sí.

—Bien, hay un número de pedido en los resguardos de venta. La piedra debía proceder de nuestra cantera en las montañas. Hoy día utilizamos muy poca… y allí sólo tenemos un encargado… De modo que el pedido especial todavía puede estar en el archivo de la cantera.

—¿Podríamos ir allí? —se interesó Bob.

—Seguro —asintió Ortega. Luego, les dio la dirección.

—¡Si sólo está a tres kilómetros del Lago Fantasma! —se admiró Bob—. Veremos si Jupe y Cluny han regresado antes de ir hacia allá.

* * *

Pero en aquel momento, Jupiter y Cluny estaban mirando la bigotuda cara de Stebbins. El melenudo también les contemplaba por la abertura.

—¡Nosotros no queremos hablar con usted! —replicó Cluny—. ¡Ya sabemos quién es usted!

El rostro juvenil de Stebbins adoptó una expresión de alarma.

—¿Qué sabéis?

—Sabemos que usted es un ladrón al que el profesor Shay envió a la cárcel —explicó Jupiter—, y que ha quebrantado la libertad condicional para robar el tesoro de Angus Gunn.

—¡Y la policía también lo sabe! —añadió Cluny.

Stebbins levantó la cabeza y miró a su alrededor por la cubierta de la barcaza. Luego, volvió a concentrar su vista en los muchachos.

—De modo que esto os lo contó ya el profesor Shay, ¿eh? ¿Cómo es que colaboráis con él, amiguitos?

—Él nos ayuda —le corrigió Jupiter—. Hemos encontrado el segundo diario, el que usted fotografió…

—¿Vosotros lo encontrasteis? —vaciló Stebbins—. ¿Qué os dijeron en aquella tienda?

—¿Cree que se lo vamos a explicar? —se burló Cluny.

—¿Por qué no se lo pregunta a su socio, Java Jim? —exclamó Jupiter.

—¿Java Jim? ¿Qué sabéis de él?

—¡Sabemos que busca el tesoro! —gritó Cluny—. ¡Pero no lo robará! Nosotros le ganaremos por la mano… y también a usted.

—¿A mí? —le interrumpió Stebbins—. Entonces, aún ignoráis dónde está el tesoro, ¿verdad? ¿Y tampoco lo sabe el profesor Shay? Pero pensáis que Java Jim sí lo sabe.

—Tal vez Java Jim no le haya contado a usted todo lo que sabe —sonrió Jupiter—. No existe la honradez entre ladrones, Stebbins.

—¿Ladrones? —repitió el melenudo—. Si yo os dijera… —Calló y sacudió la cabeza—. No, sería inútil.

El melenudo les miró otro instante. Luego, sus pupilas destellaron de nuevo.

—Vosotros sois cuatro. ¿Dónde están los otros dos?

—¡No se lo diremos! —chilló Cluny.

Jupiter se echó a reír.

—Ya le dijo mi amigo que le ganaríamos por la mano.

—¿Ganarme por la mano? —repitió Stebbins. De pronto, sonrió —. De modo que estáis casi al final, ¿eh? Ya, comprendo. Están en Casa Ortega. Gracias, chicos.

Jupiter gruñó. Sin querer, le había dicho a Stebbins dónde estaban Bob y Pete. El joven sonrió y desapareció. Le oyeron correr por la cubierta, saltar al suelo y alejarse.

Ya solos, Jupiter y Cluny comenzaron a vigilar la marea creciente. No podían salir de allí. Y empezaron a gritar.

* * *

A última hora de la tarde, Bob y Pete pedalearon de nuevo hacia Lago Fantasma. La señora Gunn salió a recibirles.

—No. Jupiter y mi hijo aún no han vuelto —explicó.

Le contaron todo lo que habían sabido en la Casa Ortega.

—¿Una tonelada de piedra especial? —reflexionó la señora Gunn—. ¿Y para qué? Tal vez para los cimientos de la casa.

—No, señora. La casa ya estaba construida —le recordó Pete.

—¿No se le ocurre nada más que pueda estar hecho de piedra? —preguntó Bob.

La señora Gunn meditó largo rato y sacudió la cabeza.

—Nada.

—¡Pues tiene que haber algo! —insistió Pete—. El viejo Angus debió…

Oyeron un vehículo que descendía rápidamente por el camino. ¿La camioneta? Era el Ford de la señora Gunn. Llegó a la casa y Rory saltó al suelo. Llevaba el pequeño generador que había llevado a reparar.

—Nadie trabaja bien hoy día —refunfuñó el escocés—. ¡Toda una tarde para una pequeña reparación!

—Rory —le atajó la señora Gunn—, ¿recuerdas si hay por aquí algo construido con piedra? Una tonelada. Aparte de la casa y el cobertizo.

—¿Piedra? —Rory frunció el ceño—. ¿Una tonelada?

Bob y Pete repitieron lo que les había contado Emiliano Ortega.

—No recuerdo nada semejante —negó Rory—. Pero habéis dicho que en la cantera sabrán la forma y el tamaño de las piedras, ¿verdad?

Bob asintió.

—Sin embargo —agregó—, ya es tarde. Y con las bicicletas no llegaremos allá antes de anochecer.

—Yo os llevaré —decidió Rory—. He de ir también en aquella dirección. Os dejaré muy cerca, y podéis regresar en bicicleta.

Bob cargó su bicicleta en el portaequipajes del Ford, y Pete la dejó encima del asiento posterior. Luego, los dos saltaron al lado de Rory, quien puso en marcha el motor.

Todavía había luz cuando llegaron a la entrada de la vieja cantera. Rory les dejó a ellos y a las bicicletas y se alejó con el coche.

La vieja cantera era como un vasto pozo, profundo, de unos doscientos metros de diámetro, con agua en el fondo. Había piedras por todas partes, resplandecientes al sol poniente. Toda la ladera de la montaña había sido mutilada, en una serie de terrazas a distintos niveles, como grandes peldaños. Lejos, la cantera parecía surgir de la montaña, con sólo algunas terrazas más en profundidad. Cerca del fondo había una cabaña, que estaba adosada directamente al monte. Dentro había luz, y un camión estaba estacionado al lado.

—¡El encargado aún está allí! —gritó Pete.

Descendieron por las terrazas, hacia la cabaña. Se hallaban a menos de medio camino cuando se apagó la luz. Salió un hombre que se dirigió al camión.

—¡Eh, señor! —gritaron ambos.

Estaban demasiado lejos, y el motor del camión cobró vida. Corrieron, pero el vehículo arrancó, se internó por un camino lateral y desapareció. Cuando llegaron a la cabaña, la encontraron a oscuras y cerrada.

—Demasiado tarde —gimió Pete.

Bob estudió la construcción. Sus cuatro ventanas estaban atrancadas y bien aseguradas por fuera con tablas.

—Quizá logremos entrar y buscar el archivo. El señor Ortega dijo que estaba aquí.

Pete quitó una tabla.

—¡Bob, esta ventana no está cerrada!

—Tenemos suerte —sonrió Bob—, vamos adentro.

Treparon al interior. La cabaña era una oficina con archivadores y muebles de madera. Pete halló un archivo con la indicación:
1870-1900

. Lo abrió y repasó las carpetas, hasta que sacó una que señalaba «1872». La llevó a la mesa. Bob se inclinó por encima de su hombro.

Fuera de la cabaña sonaron unos pasos.

—¿Qué pasa? —Bob giró en redondo.

La ventana se cerró de golpe. Oyeron cómo alguien deslizaba la tabla en su sitio para atrancarla. Los pasos se alejaron apresuradamente.

¡Estaban encerrados!

CAPÍTULO 16

Un rumor en la noche

El sol del atardecer caía oblicuamente por la abertura de la barcaza. Jupiter y Cluny gritaron hasta enronquecer. Luego, se sentaron contra el húmedo mamparo, al extremo superior de la barca, viendo cómo la marea iba ascendiendo hacia ellos.

—¿Cuánto tiempo nos queda, Jupe? —quiso saber Cluny.

—Unas dos horas. Alguien nos encontrará pronto.

—Todavía no nos ha oído nadie —gruñó Cluny.

—Nos oirán. Hans debe estar ya buscándonos.

—Pero no sabe que estamos en esta barcaza. ¡Y no mirará por aquí!

—Dentro de unos momentos volveremos a gritar. Y alguien nos oirá.

—Sí, claro —asintió Cluny, vacilando.

Pero al cabo de unos instantes Jupiter no gritó, sino que sus ojos parecieron mirar algo fijamente.

—Cluny, aquel armarito de la pared —señaló el Primer Investigador—, está empotrado en las tablas, pero me parece que está muy flojo. La madera parece carcomida.

Cluny sacudió la cabeza.

—Es demasiado bajo para subirnos encima y llegar hasta la abertura, Jupiter.

—No para subir encima sino para flotar —replicó el gordinflón —. Si lo sacamos de ahí, podremos flotar con la marea.

Los dos saltaron, chapoteando en el agua, hacia la alacena. Estaba a un lado de la cala, clavada al suelo. Los muchachos buscaron algo con qué arrancarlo.

En cubierta sonaron unos pesados pasos. Pasos lentos, cautelosos, como temerosos de dejarse oír.

—Jupiter —susurró Cluny—, ahí hay alguien…

—Chist —replicó el otro—, no sabemos quién es. Hace un rato que no gritamos. Nadie ha podido oírnos y acudir ahora a rescatarnos.

Cluny asintió angustiosamente. Los dos retuvieron la respiración y escucharon atentamente. Los pasos se movían por cubierta hacia el agujero. Luego, cesaron. Hubo un silencio.

—¿Jupiter? —preguntó una voz cauta—. ¿Cluny?

¡Era Hans!

—¡Hans! —chilló Jupiter—. ¡Abajo!

Ambos chapotearon para situarse debajo de la abertura.

—¡Sáquenos de aquí! —pidió Cluny.

—Ahora. Esperad —respondió Hans.

Le oyeron andar por cubierta, y poco después oyeron unos crujidos de madera. Unas manos descendieron la escalera apoyada al costado de la barcaza y Jupe y Cluny subieron a cubierta.

—Cáspita —suspiró el segundo—, me alegro de verle, Hans.

—Os busqué por todas partes cuando no os vi en la tienda —explicó Hans—. Cuando volví a la tienda, había allí un chiquillo que me dijo que os había visto en esta barcaza, y aquí vine.

—¿Nos vio un chiquillo? —Jupiter frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no vino a sacarnos de ahí? —añadió Cluny.

—Sí —Jupiter estaba reflexionando—. ¿Está aún en la tienda el chico?

—No, se fue. Me indicó la barcaza y echó a correr —explicó Hans—. Ah, me olvidaba. El señor Wright tiene un mensaje para vosotros. Estuvo hablando con su padre, que es muy viejo. Y el anciano dice que es imposible saber lo que compró Angus Gunn en 1872, pero que tal vez lo descubráis en Gunn Lodge.

—¿De qué forma? —quiso saber Jupiter ávidamente.

—El viejo dice que todo lo que en aquella época vendían en la tienda llevaba una placa de latón con el nombre de Wright e Hijos —explicó Hans—. Por tanto, tenéis que buscar algo con esa placa.

—Jupiter —urgió Cluny—, ¡vamos a casa y busquemos!

—Y muy de prisa —añadió Jupe—. También yo me olvidaba de algo. Stebbins sabe adónde fueron Bob y Pete. ¡Y pueden estar en peligro!

Las luces navideñas brillaban a través de las ventanas de la

mansión cuando Hans estacionó la camioneta en la senda. Cluny y Jupiter saltaron rápidamente a tierra y corrieron al interior de la casa. Hans les siguió más lentamente, y fue a telefonear a tío Titus a fin de informarle de todo. La señora Gunn estaba en el salón. Estaba sola, delante de un buen fuego, contra el frío de la noche.

—¡Mamá! —gritó Cluny, yendo a abrazarla—. ¿Hay algo que lleve una placa de latón con la inscripción de Wright e Hijos?

Le contó lo que habían sabido en Santa Bárbara.

—¿No lograsteis averiguar qué compró el viejo Angus? —preguntó la señora Gunn juntando las cejas—. ¿Una placa de latón? Bueno, muchos objetos del viejo Angus tienen placas de latón… Entonces era muy corriente. Pero no recuerdo el nombre de Wright e Hijos.

—¡Por favor, mamita, piensa! —le suplicó su hijo.

—¿Han vuelto Bob y Pete? —preguntó Jupiter.

—Sí, y me dijeron que el viejo Angus había adquirido una tonelada de granito en Casa Ortega —explicó la señora Gunn—. Pero no sabían qué clase de piedra, ni la forma o el tamaño, por lo que Rory les llevó a la vieja cantera de los Ortega, y él se marchó a un recado. Pero…

—¿Y no han regresado aún? —Jupiter consultó el reloj de la chimenea. Eran las siete.

—No, ni tampoco Rory. Pero…

A través de la noche oyeron un ruido extraño. Fuera de la casa, por detrás, muy lejos. Hans entró en el salón y se detuvo a escuchar.

Era un sonido como de martillazos. Con el ruido de metal contra la piedra.

—¡Allí! —indicó la señora Gunn—. Esto iba a contaros, muchachos. Llevo una hora oyendo este ruido. Estoy asustada. ¿Qué será?

—Es como si alguien derribase una pared —murmuró Hans.

—¿Una pared? No vive nadie por aquí cerca. No hay nada en esa dirección, excepto… —La señora Gunn calló.

—¿Excepto qué, mamá? —le apremió Cluny—. Yo no conozco nada por allí.

—Tal vez no lo hayas visto nunca. Allí, algo lejos, hay un viejo ahumadero. No se ha usado desde que tu padre era un niño, hijo mío.

—¿Un ahumadero de carnes? —repitió Jupiter—. ¿De piedra?

—Supongo que es de piedra. Estaba cubierto de hiedra cuando lo vi por primera vez, y no me acerqué mucho.

—¡Hans! —gritó Jupe—. Coge la linterna del camión.

Hans obedeció, y la señora Gunn les condujo a través de la maleza por un sendero apenas reconocible. La noche de diciembre era fría, incluso para el sur de California.

La senda continuaba un kilómetro casi, pasando finalmente frente a una vieja cabaña de madera.

—Es la choza de un trabajador de tiempos del abuelo Gunn —explicó Flora Gunn—. Por eso se halla ahí el ahumadero.

—¿Lo construyó el viejo Gunn, mamá? —quiso saber su hijo.

—No estoy segura. Creo que fue el hijo de Angus, o sea el abuelo Gunn —ella atisbo en la oscuridad—. Ha de estar por ahí.

El sonido de los martillazos había cesado. La señora Gunn guió a los demás por la espesura… con muchas matas rotas y quebradas. Se abrieron paso hasta el ahumadero… ¡y sólo hallaron un montón de piedras y cascotes!

—¡Alguien lo ha derribado! —exclamó la señora Gunn.

—¡Buscando el tesoro! —agregó Cluny.

—Supongo que esto ha sido obra de Stebbins —sugirió Jupiter. Y añadió—: Y tal vez también de Java Jim. Los dos pueden haber regresado de Santa Bárbara hace bastante tiempo. Aunque, ¿cómo estaban enterados de la existencia del ahumadero?

Hans recogió un pesado pico.

—El mango aún está caliente del calor de unas manos.

Escucharon atentamente, pero ningún sonido quebró el silencio nocturno. Jupiter examinó los restos del ahumadero a la luz de la linterna.

—Los muros eran de piedra sólida —murmuró—. Y por el aspecto de los ladrillos interiores, impermeables al fuego, creo que no podía haber nada escondido en el hogar. Por aquí hay muchas telarañas —miró a su alrededor—. Y ninguna señal de que hayan arrastrado nada.

Cluny iba pataleando sobre las piedras esparcidas.

—¡Jupe! ¡Aquí hay una piedra con algo escrito!

Hans pasó la linterna por encima. Jupiter apartó la tierra de la piedra y leyó: «C. Gunn, 1883».

—El abuelo de Gunn. Es también el nombre de Cluny —sonrió la señora Gunn.

—Entonces —razonó Jupiter—, el viejo Angus no construyó el ahumadero. El tesoro no pudo estar ahí. Volvamos a la casa.

Al llegar a la mansión, vieron la «rubia» del profesor Shay aparcada frente al porche, junto a la camioneta del Patio Salvaje. El profesor estaba en los peldaños de la entrada, temblando de frío.

—Demasiado frío para estar en California —refunfuñó. Luego, sonrió—. He venido a saber qué habéis averiguado, muchachos. Vamos, contadme.

En el cálido salón, con el fuego muy vivo y el árbol de Navidad iluminado, Jupiter le explicó al profesor sus aventuras de Santa Bárbara.

—¿Una placa de latón? ¿Y Java Jim y Stebbins estaban allí? —reflexionó el profesor—. ¿Habéis hallado aquí alguna placa de latón, tal vez?

—Aún no, señor —observó Cluny—. Aunque tampoco hemos mirado casi nada.

—Esperábamos a Bob y Pete —explicó Jupiter.

A continuación, relató lo del viaje de ambos muchachos a Casa Ortega, y después a la cantera. Al final, miró el reloj.

—Rory les llevó allá, pero… ¡Vaya, aquí están!

Llegaba el Ford. Rory saltó al suelo y entró en la casa frotándose las manos. Iba solo.

—¿Dónde están Bob y Pete? —le preguntó la señora Gunn.

—Les dejé en la cantera. ¿Qué habéis descubierto vosotros en Santa Bárbara? —gruñó el escocés.

Cluny se lo contó apresuradamente.

—Todavía no hemos intentado localizar la placa de latón por no haber vuelto aún Pete y Bob, y porque alguien derribó el viejo ahumadero.

—¿Ahumadero? —se extrañó Rory—. Oh, sí, lo había olvidado —Rory consultó su reloj—. ¿Y aún no han vuelto esos chicos? Ya debían de estar aquí hace más de una hora.

—¿Un ahumadero de piedra? —exclamó el profesor Shay, alarmado—. ¿Cómo estaba alguien enterado de que la carga del viejo Angus fuesen piedras, a menos…?

—… Que hablase con Pete y Bob —concluyó Cluny.

—O visitase Casa Ortega —añadió Jupiter. Explicó cómo él, por descuido, le había dado la pista a Stebbins—. Lo que ahora me inquieta —confesó al fin—, es que Stebbins y Java Jim también saben lo de la cantera. Y uno de ellos pudo seguir hasta allí a Bob y Pete.

—¡Demonio! —exclamó el profesor Shay, yendo hacia la puerta—. Bob y Pete pueden hallarse en algún apuro… ¡incluso haber sufrido algún daño! ¡Corramos!

Y todos corrieron fuera de la casa.

CAPÍTULO 17

La última pista

La vieja cantera brillaba levemente bajo el cielo estrellado, en tanto sus profundidades parecían hundirse en la tierra. Dejaron los vehículos a la entrada, donde Rory había dejado antes a Bob y Pete. No había luces en ninguna parte.

—¡Busquemos un rastro de pisadas! —decidió Jupiter.

Se desplegaron en lo alto de la cantera. Rory no tardó en hallar las bicicletas.

—Están donde las dejé —explicó el escocés—. Habrán bajado por ahí. Estarán en cualquier parte.

Cuidadosamente, fueron bajando por las terrazas. Las linternas convertían los terraplenes en escaleras gigantescas. El agua del fondo se reflejaba en los rayos de luz. El profesor Shay miró hacia abajo.

—Si han resbalado… —musitó estremeciéndose—. Si han caído hasta el fondo…

—No lo diga siquiera, profesor —sollozó Cluny.

Jupiter iba mirando por los costados pétreos de las terrazas, buscando algunas señales de tiza. No había ninguna.

—De haberles seguido alguien —explicó Jupe—, no se han enterado. En caso contrario, habrían dejado señales con tiza para dar una orientación de sus pasos. Siempre llevamos tiza en los bolsillos.

—No sé si sirve de nada, Jupiter —retrucó el profesor—. En fin, que no hayan dejado señales sólo sirve para demostrar que fueron atacados por sorpresa.

Nadie replicó. En silencio, continuaron descendiendo por la vieja cantera. Iban iluminando todos los rincones con las linternas, pero sólo divisaban terrazas de piedra, viejos árboles retorcidos, ramas que sobresalían de las rocas y montones de piedras.

Los animalitos nocturnos se escurrían en la oscuridad, y dos serpientes se atravesaron en su camino, huyendo hacia unos montones de piedra. Los coyotes aullaban a lo lejos. Un enorme pájaro voló por entre los árboles, en lo alto de la cantera. Un colibrí, o un búho, en busca de una presa.

No había ninguna señal de Bob y Pete, y ningún sonido nocturno, aparte del de los animales. Habían dado una vuelta casi completa a la cantera, hacia el extremo más alejado, cuando oyeron el ruido.

—¡Escuchad! —gritó Hans.

Era un tintineo metálico no muy lejos.

—¿Veis algo? —susurró Cluny.

—Yo no —respondió el profesor.

Madera contra madera y metal.

—¡Allí! —señaló Jupiter suavemente—. ¡Hay una cabaña!

En su excitación levantó la voz. Junto a la cabaña hubo un estruendo y alguien echó a correr. Rory apuntó a la figura con su linterna. El que corría se dirigía hacia un coche aparcado no muy lejos.



—¡Stebbins! —gritó el profesor—. ¡Hay que apresarle!

—¡Bob! ¡Pete! —chilló Jupiter.

—¡Cortadle el paso, tontos! —se enfureció Rory.

—¡Alto, Stebbins! —gritaba el profesor.

El melenudo joven llegó al Volkswagen, saltó dentro, puso en marcha el motor y huyó por un camino de tierra antes de que los demás llegasen a la cabaña.

—¡Ha huido de nuevo! —gimió el profesor—. ¡El muy canalla!

Jupiter no estaba preocupado por Stebbins.

—¿Dónde están Bob y Pete? ¿Qué les ha hecho?

Cluny tragó saliva y todos callaron. Jupiter escudriñaba la noche.

—¡Bob! ¡Pete! —gritó.

Su voz resonó por los altos murallones de la cantera, de manera fantasmal en la noche. El eco resonó largo tiempo, cambiando de pronto en unas palabras diferentes.

—¡Socorro! ¡Jupe, estamos aquí!

Todos se inmovilizaron.

—¡Son ellos! —murmuró Cluny.

—¡Jupe, aquí!

—Mirad —indicó el profesor—. Se ven luces ahí, en la cabaña.

En efecto, por las grietas se escapaban diminutos haces de luz, destacando una puerta y varias ventanas. Jupiter saltó a la terraza donde estaba la cabaña, seguido por los otros. Corrió hacia la puerta y empezó a forcejear con el candado. Pete gritó desde dentro:

—¡La ventana de delante, Primero! ¡Quita las tablas!

Rory saltó a la ventana, apartó una tabla y luego las demás, abriendo los porticones. Bob y Pete se asomaron.

—Atiza —exclamó Pete—. Creímos que tendríamos que pasar aquí toda la noche… o algo peor.

—Alguien nos encerró —explicó Bob—. Por esto apagamos la luz. El tipo empezó después a quitar las tablas de la ventana.

—¡Ese bribón de Stebbins! —proclamó el profesor.

—Él debió encerraros aquí —decidió Rory—. Y volvía no sabemos para qué, cuando le hemos asustado nosotros.

—Vamos, saltad —dijo Hans.

—No —respondió Bob—. Entrad vosotros. ¡Aquí hemos hallado

la última pista!

Muy excitados fueron saltando uno a uno. Hans apenas cabía por la ventana. En la oficina, Bob y Pete les enseñaron la carpeta abierta sobre la mesa.

—«Pedido especial número 143 —leyó Jupiter en voz alta—. Para A. Gunn, enviado a la tienda, diez piedras cuadradas para monumento». Granito —Jupiter levantó la vista—. ¿Diez piedras monumentales?

—Que sumaban más de una tonelada de piedra —dijo Pete—. Doscientas libras por piedra. ¿Para qué querría el viejo diez enormes piedras? ¿Construyó algún monumento?

Jupiter sacudió la cabeza con estupor.

—En Lago Fantasma no hay ningún monumento —explicó Rory.

—¿Y en otra parte? —inquirió el profesor.

—¿Un monumento construido para Laura en otra población? —apuntó Cluny.

—No —denegó Jupiter—. Estoy convencido de que la sorpresa para Laura se halla en el Lago Fantasma… en alguna parte. El diario no puede significar otra cosa, de la forma que lo escribió Angus. Siempre volvía a casa para ocuparse de la sorpresa de Laura.

—Entonces, lo que construyó —finalizó el profesor— está escondido. Tal vez lo hemos estado viendo todo el tiempo, sin verlo precisamente porque está demasiado a la vista.

—Será algo —pensó Bob— que aún no conocemos.

—Yo sí sé una cosa —terció Pete—. Sé que es tarde y que tengo hambre. Vamos a cenar, amigos.

Todos rieron.

—Comed en casa, chicos —invitó Cluny—. Desde allí podéis telefonear a vuestros padres. Mamá guisará una buena cena y trataremos de juntar todas las piedras del rompecabezas.

—Parece una sugerencia estupenda —sonrió el profesor—. Y si a la señora Gunn no le molesta tener otro invitado más…

Salieron de la cantera y montaron en los coches y bicicletas. Bob y Pete cargaron en la camioneta sus bicicletas y los vehículos arrancaron. De pronto, Pete volvió a hacer uso de la palabra.

—También sé algo más, Primero. Tú dijiste que este caso era como un rompecabezas, y que todas las piezas ensambladas darán la respuesta.

Una pausa y sonrió.

—Bien, creo que ahora ya las tenemos todas. ¡Lo único que tenemos que hacer es juntarlas apropiadamente!

CAPÍTULO 18

¡Jupiter ya lo sabe!

La señora Gunn cuidó a los muchachos y a los tres hombres hasta que hubieron cenado. Sólo entonces les dejó reunirse en el salón para conversar. El profesor Shay empezó a pasearse por la amplia estancia.

—Tenemos que solucionar este enigma, o Stebbins y Java Jim se apoderarán del tesoro —declaró el profesor—. Está bien claro que trabajan juntos.

—Aún no está demostrado —replicó Jupiter pensativamente—. Pero estoy de acuerdo en que hemos de solucionar el enigma. Ahora poseemos todas las piezas el diario y la carta, y estoy seguro de que el viejo Angus formó un acertijo que Laura podía resolver.

—Sí, es posible —admitió Rory—, pero es un acertijo para una persona que vivió hace cien años. Nosotros ya lo hemos intentado, amigos, y es fácil que hoy no pueda ya solucionarse.

—Por lo visto, tú no deseas encontrar el tesoro, Rory —le reprochó Cluny.

—¡Pues encontradlo y que os cuelguen con él! —se irritó Rory.

Jupiter sostenía la carta de Angus Gunn sobre las rodillas, y por fin abrió el diario. Bob, Pete y Cluny se le agruparon.

—Conocemos los cuatro pasos dados por Angus en su último rumbo, los días en que construyó la sorpresa para Laura —resumió Jupiter—. Ahora hemos de intentar hallar hacia dónde apuntan, y cómo se relacionan con el secreto de Lago Fantasma, o sea, con la leyenda del fantasma. Y hemos de descubrir qué tiene que ver un espejo con el secreto.

—Seguro, casi nada —se quejó Pete.

Jupiter ignoró la observación.

—Primero, Angus fue a Powder Gulch en busca de madera de artesa, soportes y mineros. Decidimos que se trataba de una obra de

consideración por la cantidad de alimentos comprados.

Una leve pausa.

—Segundo, fue a la isla Cabrillo, le hizo cierta proposición al dueño de la misma y regresó con el bote cargado. Aquí trajo algo de la isla. Tercero, compró diez piedras de doscientas libras cada una, cuadradas, para monumentos, en Casa Ortega y las trajo aquí. Cuarto, compró algo a Wright e Hijos de Santa Bárbara como último paso para la sorpresa de Laura. Algo que normalmente se halla en un buque, pues Wright e Hijos se dedicaban a tales ventas en aquella época. Algo que lleva una placa de latón.

Jupiter calló y Rory se echó a reír.

—Juntad todo esto —se burló—, y luego cazad a un fantasma que ni siquiera es de este país. Y cuando lo hayáis cogido, decidle que se mire a un espejo.

—¡Caramba! —se enfadó Bob—. Esto parece…

La señora Gunn miró severamente a Rory y luego pasó la vista hacia Jupiter.

—Mientras estabais en la cantera, yo estuve buscando por ahí, pero en toda la casa no se ha hallado nada con la placa de latón de Wright e Hijos. No me imagino qué puede ser.

Jupiter sacudió débilmente la cabeza.

—Sea lo que sea, estoy convencido de que todo lo que adquirió Angus sirvió para una sola cosa. Para hacer la sorpresa de Laura. Y tiene algo que ver con lo que Angus amaba en su patria, como dice la carta. Pero ¿qué puede ser?

—Algo muy grande —apuntó Cluny.

—¿Qué hizo el viejo Angus con la madera y los hombres? —inquirió el profesor—. ¿Dónde está tanta madera?

—¿Y dónde colocó las diez piedras? —agregó Bob—. Bueno, diez piedras tan grandes son difíciles de ocultar.

—Eh —le interrumpió Pete—. ¿Qué es lo que mejor hacen los mineros? Jupe siempre dice que la mejor explicación es la más sencilla. ¿Qué hace mejor un minero? ¡Cavar! Cavar un gran hoyo, empleando las maderas como soportes y también las piedras… ¡Tal vez el abuelo cavó una habitación subterránea!

El profesor dejó de pasearse.

—¿Un gran hoyo? ¿En tierra?

—¿Por qué no? —insistió Pete—. Sería un buen escondite para

un tesoro. Tal vez Angus compró un asa de bronce en casa de Wright e Hijos, o alguna simple linterna bajo la cripta.

—¿Y qué fue a buscar a la isla Cabrillo? —preguntó Jupiter—. No creo que una cripta fuese una gran sorpresa para Laura. Recordad que Angus planeó antes la sorpresa y añadió más tarde el tesoro.

El profesor Shay estaba inmóvil desde que Pete había sugerido lo de la cripta. De pronto, se dirigió a Rory que estaba junto a un ventanal.

—¿Ha visto o presentido alguna cámara oculta por ahí, señor Macnab? —preguntó.

—No, yo no.

El profesor miró por el ventanal y de repente se iluminaron sus pupilas.

—¡Caramba, creo que Pete tiene razón! —exclamó—. Las tierras altas de Escocia están llenas de cuevas y hondonadas. Señora Gunn, la carta dice que hay que recordar lo que Angus amaba en Escocia, pero usted ignora qué es. ¿Y si fuese…?

—¡Una cueva subterránea secreta, donde él y sus amigos se reunían de pequeños para jugar! —concluyó Jupiter—. ¡Algo sólo conocido de Laura!

—Que Angus copió aquí —afirmó el profesor—. Lo que trajo de la isla Cabrillo pudieron ser muebles y alfombras españolas, con que adornar la cueva.

—¡Y un espejo! —añadió Bob.

El profesor asintió ávidamente.

—¡Creo que ya lo tenemos, amigos! Naturalmente, la cueva está muy bien escondida, y probablemente su entrada esté obstruida al cabo de cien años. ¡Pero la encontraremos! ¡Mañana por la mañana recorremos palmo a palmo todo el Lago Fantasma!

—¿Por qué no esta noche? —protestó Pete—. Tenemos linternas.

—No hallaríamos nada en la oscuridad —negó el profesor Shay —. Además, estamos cansados. Mejor será hacerlo después de una noche de descanso.

—El tesoro no huirá, chicos —asintió la señora Gunn—. Cluny, por ejemplo, ahora mismo se acostará.

—Pero sabemos que Stebbins está rondando por ahí —protestó el pelirrojo—, y probablemente también Java Jim.

—Dudo que esta noche descubran ellos algo —replicó el profesor—. Tenemos que arriesgarnos, pero no creo que corramos un gran peligro.

Todos asintieron silenciosamente. Sabían que el profesor tenía razón, pero la noche se les haría muy larga.

—Creo que dormiremos muy mal —rezongó Pete.

—Entonces, medita en todos los sitios donde pueda estar la cripta —le aconsejó el profesor—, y mañana iniciaremos las pesquisas.

—Sin mí —rugió Rory—. Yo no me presto a tales tonterías.

El profesor se marchó en su «rubia», Pete, Bob y Jupiter ayudaron a Hans a cargar los objetos de la señora Gunn para el Patio Salvaje, y treparon a la trasera de la camioneta. El bávaro condujo por la carretera hacia Rocky Beach.

Durante un tiempo, los muchachos guardaron silencio.

—¿Cómo marcaríais una cripta, chicos? —preguntó de pronto Jupiter.

Pete meditó.

—Tal vez amontonando piedras de manera natural… pero dándole una pista a Laura.

—O plantando un árbol —reflexionó Bob—. Un árbol especial, semejante a uno que hubiera en Escocia.

—Es posible, Archivos.

—¡O un espejo! —gritó Pete—. En el suelo, o en un árbol, un espejo que Laura vería desde un lugar especial.

—Desde una ventana, sentada en su casa —añadió Jupiter—. ¡O desde lo alto de la torre!

—¡Arrea! —gritó Bob—. ¡Todo esto serviría! Seguro que estamos en la buena pista, Jupe.

El muchacho asintió y miró por la trasera de la camioneta las primeras casas de Rocky Beach.

—Sólo una cosa me inquieta un poco —confesó después—. La carta del viejo Angus dice que hay que recordar el secreto del Lago Fantasma… el fantasma que vigila a los enemigos desde el Lago. Y una cueva escondida no parece concordar con esta leyenda.

—Tal vez veremos la relación que pueda tener, cuando la encontremos.

—Sí, es posible, Segundo.

Hans dejó a Bob y a Pete en sus respectivos domicilios, y detuvo la camioneta en el Patio Salvaje. Cuando Jupe saltó y corrió hacia su casa, estaba demasiado excitado para conciliar el sueño. Tomó chocolate caliente y contó a tía Mathilda y a tío Titus sus aventuras del día. Tío Titus corrió a examinar los tesoros entregados por la señora Gunn, y tía Mathilda decidió que una cripta era un lugar apropiado para guardar un tesoro.

—Estoy segura de que mañana la localizarán. Y ahora, a la cama, jovencito. Pensarás mucho mejor cuando hayas descansado.

Jupiter estuvo despierto hasta muy tarde, contemplando las luces navideñas de Rocky Beach. Por fin se durmió. Pero siguió soñando con la cripta, las grandes piedras, la madera y la isla Cabrillo donde el viejo Angus había ido a buscar…

¡Jupiter se sentó en la cama, muy despierto!

Parpadeó. Fuera estaba muy oscuro, pero el reloj señalaba casi las 8 de la mañana. Entonces, oyó el tamborileo en el tejado y comprendió que llovía.

Pero ya no le importaba la lluvia.

Permaneció sentado en cama, mirando la pared. ¡Había hallado la respuesta al enigma del viejo Angus Gunn!

CAPÍTULO 19

El enigma está solucionado

Jupiter se vistió y llamó a Bob y Pete. Les dijo que se reunirían en el Patio Salvaje en quince minutos y que ya tenía la respuesta al enigma.

—He sido un tonto —añadió—. Debí verlo todo mucho antes. ¡Corred!

Luego llamó a Cluny.

—Creo que ya sé dónde está el tesoro, Cluny —le confió al adormilado pelirrojo, que estaba escuchando al otro lado de la línea —. Coge un pico y una pala y el impermeable, y aguárdanos. Hans nos traerá.

Bajó y se tomó muy de prisa el plato de cereales. Mientras apuraba un vaso de leche, sonó el teléfono. Era el profesor.

—Jupiter —dijo—, estuve meditando toda la noche respecto a una cripta y tengo una idea… Creo que el fantasma…

—No hay ninguna cripta, profesor —objetó Jupiter—. ¡Ya tengo la respuesta!

—¿Cómo? —exclamó el profesor—. ¿No es una cripta? Entonces… ¡dímelo, Jupiter!

—Se lo diré en el lago. Vaya hacia allí.

—¡Me visto ahora mismo!

Diez minutos más tarde, los Tres Investigadores corrían bajo la lluvia por el Patio Salvaje. Bob y Pete no podían refrenar su impaciencia. Cuando llegó Hans con la camioneta, treparon arriba y se enfrentaron con Jupiter.

—¿Cuál es la respuesta?

—¡Habla!

—Está bien —sonrió Jupiter—. Estaba durmiendo y la teoría de la cripta me acosaba en sueños, y de pronto recordé algo que Bob dijo anoche. Y entonces ¡todo lo vi claro!

—¿Qué dijo Bob? —gruñó Pete.

—Dijo —explicó Jupe con solemnidad, por su amor al drama— que tal vez el viejo Angus plantó un árbol especial en el Lago Fantasma. ¡Y esto es precisamente lo que hizo Angus!

—¿Un árbol? —se extrañó Pete.

—No un árbol semejante a otro de Escocia, como creía Bob —asintió Jupiter—, sino un árbol que a Laura le haría pensar en su patria. Fue a la isla Cabrillo y compró uno de aquellos cipreses retorcidos que parecen fantasmas. ¡Y plantó un fantasma en Lago Fantasma!

—¡Caracoles! —gritó Bob—. ¡Entonces, sólo tenemos que buscar un ciprés retorcido en Lago Fantasma!

—Pero —objetó Pete—, ¿dónde buscaremos? Allí hay mucho terreno.

—El resto del enigma nos lo dirá —sonrió Jupiter—. Pensad de nuevo en el acertijo. Primero, los mineros con la madera de Powder Gulch. Pete tuvo razón: los mineros cavan muy bien, y cavaron un gran hoyo. Y hay un dato vital en la madera de artesa, que pasamos por alto. ¿Por qué adquirió el viejo Angus esa clase de madera? ¿Por qué no madera de pino, o soportes de minería?

—Sí, ¿por qué? —quiso saber Pete.

—Porque esa clase de madera se corta especialmente y se puede encajar bien en el agua —declaró Jupiter—. Una madera para enterrar en el agua, pero el viejo Angus la empleó para sacar agua.

Bob estaba abismado.

—¿Agua de dónde, Jupe?

—Del gran hoyo que los mineros cavaban —explicó Jupiter—. Tenía que extraer el agua del hoyo mientras trabajaban. Luego, compró diez grandes piedras para utilizarlas como peldaños. Y compró un ciprés en la isla Cabrillo. ¡Y lo que compró en la casa Wright e Hijos fue un farol de buque!

—¡La isla de la balsa! —exclamaron Bob y Pete conjuntamente.

—Exacto —afirmó Jupiter—. El viejo Angus construyó la islita de Lago Fantasma. Era la sorpresa para Laura. Todo el mundo pensó que el viejo Angus había hallado el lago ya con la isla en medio, como en su patria, pero no fue así. ¡Él construyó la isla!

Jupiter hizo una pequeña pausa.

—Primitivamente, debió ser una estrecha península que

penetraba en el lago. Angus construyó una barrera de madera de artesa a cada lado, cortó un canal a través de la península, insertó las diez grandes losas como Peldaños del Fantasma, y dejó que el agua penetrase allí. Así tuvo una isla. Colocó el farol de barco en un poste, como un faro, y plantó un ciprés retorcido para imitar la leyenda del fantasma.

Jupiter miró a los dos muchachos que le escuchaban boquiabiertos.

—Construyó una copia en miniatura de lo que él tanto amaba en su patria chica: el paisaje del lago. Ésta era la sorpresa para Laura —Jupiter respiró profundamente—. Luego, cuando aparecieron el capitán del *Argyll Queen* y sus secuaces, Angus la ocultó en la isla del tesoro. Y dejó la carta y el segundo diario en calidad de pistas.

Bob y Pete reflexionaban, admirados de la solución dada por Jupiter al enigma del viejo Angus.

—¿Nadie supo jamás que aquella isla la había construido Angus? —indagó Bob.

—Nadie más que Angus y los mineros que la cavaron —repuso Jupiter—. En aquella época los mineros eran gente nómada, a veces fugitivos de la justicia. Cuando la gente empezó a buscar el tesoro, casi todos habían desaparecido de la comarca. La familia de Angus supuso que la isla era natural y nunca supieron nada de los mineros porque nadie leyó jamás el segundo diario.

—¡Pero nosotros lo encontramos y hemos encontrado el tesoro! —proclamó Pete.

—Estoy seguro —asintió Jupiter.

—Hay algo que aún me confunde. Primero —balbució Bob—. ¿Qué quiso decir el viejo Angus al poner en la carta que el secreto se veía en un espejo?

—¿Es un espejo la balsa? —sugirió Pete, con marcado énfasis.

—Creo que también puedo explicarlo —observó Jupiter—. Pero antes iremos al estanque y…

El camino llevaba ya al Lago Fantasma. Hans frenó de pronto y los tres muchachos cayeron hacia delante. Cuando se restableció su equilibrio, saltaron fuera. Hans también había descendido de la cabina, y corría hacia el frente.

Estaban detenidos en la última curva antes de llegar a la casa. La «rubia» del profesor Shay estaba a un lado del camino detrás de

unos pinos. Tenía la portezuela delantera abierta, y el profesor se hallaba sentado ante el volante, en tanto Cluny se inclinaba hacia él.

—¿Se encuentra bien, *Herr* Profesor? —inquirió Hans.

—Creo… que sí —tartamudeó el viejo, tocándose la mandíbula. Miró a los muchachos que corrían hacia él—. ¡Fue Java Jim! Llegué aquí hace unos instantes y le vi en la carretera. Traté de apresarle, pero me atacó y huyó entre los árboles.

—¿Java Jim? —repitió Jupiter—. Entonces no tenemos un segundo que perder. ¡Rápido, Cluny, trae las herramientas!

CAPÍTULO 20

El secreto del fantasma

La señora Gunn les vio correr bajo la lluvia hacia la balsa, con Hans y el profesor Shay llevando las herramientas.

—¡Tened cuidado! —les gritó la buena señora—. ¡No os mojéis!

Los chicos asintieron y corrieron por la maleza hacia la balsa. La Escalinata del Fantasma relucía en el estrecho camino. Saltaron por entre las losas en fila india, hasta llegar a la islita cubierta de pinos. Tenía menos de veinte metros de anchura, con dos montañitas que apenas llegaban a ocho metros.

—La leyenda dice que el fantasma se sitúa en un acantilado para vigilar la llegada de los vikingos —explicó Jupiter—. De modo que hemos de buscar un árbol retorcido en el extremo más lejano de la isla, en algún punto elevado.

Rodearon la isla, en tanto las gotas de lluvia resbalaban por sus gorros, abrigos y el cuello. Treparon a una elevación que formaba una pequeña montaña, cara a la balsa. Arriba se hallaba el farol, colgando de un poste. Pete inspeccionó la linterna.

—¡Jupe tenía razón! —exclamó—. Este farol muestra una placa de latón, de la casa Wright e Hijos.

—Busquemos el ciprés —urgió Jupiter.

Pero no tuvieron que ir muy lejos.

—¡Allí está! —señaló el profesor.

Se hallaba a menos de cinco metros del farol… un ciprés pequeño y retorcido como los de la isla Cabrillo. Bajo la lluvia, parecía una forma humana con una cabeza desmedrada y un brazo largo y delgado señalando hacia la balsa. Como un fantasma que vigilase eternamente el mar, acechando a los vikingos.

—Mirad —indicó Pete, mirando hacia el canal cavado por los obreros de Angus—. El ciprés queda completamente oculto desde la casa y la playa por otros árboles mayores. No es extraño que nadie

reparase en él.

Jupiter asintió.

—Probablemente era muy visible cuando lo plantó el viejo Angus, pero esos cipreses enanos crecen muy lentamente. Seguramente no ha crecido ni dos palmos en esos cien años, mientras que los demás lo han ocultado.

—¡Deja estar los árboles, Jupe! —gritó Pete—. ¡Cavemos!

Bob miró a su alrededor.

—Java Jim no ha estado todavía aquí. No se nota ninguna huella.

—Vamos, Pete —apremió Cluny, cogiendo el pico de manos de Hans—. Cavaremos aquí.

—No, aquí no —le detuvo Jupiter.

Todos le miraron.

—La carta dice que hay que recordar el secreto del Lago Fantasma —objetó el profesor—. Lo cual significa que hemos de buscar dónde está el ciprés fantasma.

—También habla del secreto en un espejo —recordó Jupiter—. Angus dijo que había que mirar el fantasma en un espejo.

—Aquí no hay espejos —objetó Pete.

—No, y Angus lo sabía —asintió Jupiter—. Por tanto, debió querer decir «algo como un espejo». ¡Un espejo invierte las cosas! O sea que Angus significa que hay que invertir el fantasma para encontrar el tesoro.

Miró el árbol.

—El fantasma parece señalar la balsa. Por tanto, si lo invertimos… ¡el brazo señalará al otro lado!

Uniendo la acción a la palabra, Jupiter se detuvo delante del ciprés y contempló la rama semejante a un brazo. Bob también miró a lo largo del brazo.

—No veo casi nada con esta lluvia —suspiró—. Hoy está muy oscuro el día.

—Dame la linterna, Cluny —pidió Jupiter.

El muchacho colocó la linterna junto a la rama del ciprés y la encendió. El potente foco brilló a través de la lluvia… y fue a caer sobre una zona llana y despejada en la maleza. Jupiter corrió hacia allí.

—¡De prisa!

Todos descendieron por la ladera de la montañita, y continuaron corriendo por el terreno llano. Debido a la espesa maleza, nada indicaba dónde podía esconderse el tesoro. ¡Ninguna señal!

De pronto… ¡todos vieron la maleza destrozada y el agujero!



—¡Ha desaparecido! —gimió Cluny.

—Alguien tuvo tu misma idea, Jupiter —sollozó con tristeza Pete.

El profesor se agachó. Luego mostró un botón de latón.

—¡Java Jim! Por esto me atacó y huyó luego. ¡Él se ha llevado el tesoro!

—¡Llamemos a la policía! —propuso Hans.

Regresaron todos por la Escalera del Fantasma hacia la casa.

Jupiter le rogó a la señora Gunn que llamara al jefe Reynolds de la policía de Rocky Beach y le contase que los Tres Investigadores necesitaban su ayuda. ¡Había que detener a Java Jim!

—Registraremos la zona donde le atacó a usted, profesor —decidió Jupiter—. ¡Así sabremos adónde huyó!

Comenzaron la inspección en el lugar donde se hallaba aparcado el coche del profesor, iluminando el terreno con las linternas. La gravilla en torno al auto no reveló nada. El profesor señaló un claro apartado del coche. Estaba enlodado, y había allí huellas de unas botas hacia la carretera. El profesor suspiró.

—Debía tener un coche escondido cerca de la carretera. Ha huido, muchachos.

Jupiter examinó las huellas del barro.

—Son unas impresiones poco profundas —murmuró—. ¿No llevaba nada en la mano Java Jim cuando le atacó, profesor?

—Sí, Jupiter. Debía tener el tesoro ya en su coche, y tal vez regresó por algo que ignoramos. Temo que haya huido para siempre.

—Quizá —murmuró Jupiter, volviendo hacia el coche del profesor. De pronto miró alrededor—. ¿Dónde está Rory?

—¿Rory? —repitió Cluny—. No le he visto en toda la mañana. Le gusta andar de mañana.

Los ojos de Jupiter llamearon bajo la lluvia.

—Cluny, dijiste que Rory llevaba un año aquí. ¿Cómo llegó?

—Pues… se presentó con una carta de alguien de Escocia, Jupe. Y estaba enterado de todo lo referente a nuestra familia y el viejo hogar.

—¡Esto pudo contárselo alguien! —terció Pete—. Jupe, ¿crees que Rory trabaja de acuerdo con Java Jim? ¿O que tal vez él es Java Jim?

—Tiene la misma estatura —declaró Jupiter—. Y trató de impedir que buscásemos el tesoro desde el principio. Siempre que Java Jim surgía en alguna parte, él estaba lejos de Lago Fantasma, y apareció casi al momento en que Java Jim huyó de la ciudad fantasma.

—También sabía que estábamos en la cantera, pues él nos llevó allá —meditó Bob—. Fue el primero a quien le contamos lo de la tonelada de piedras compradas por el viejo Angus en Casa Ortega. Pudo encerrarnos en la cabaña y regresar para derribar el ahumadero… ¡pues aún ignoraba que las piedras compradas fuesen tan grandes!

—Pero todos vimos a Stebbins en la cabaña —recordó el profesor.

—Sí —asintió Jupiter—, pero Stebbins estaba forcejeando en el candado de fuera.

—No lo habría hecho de haber sido él quien encerró a Bob y Pete, pues habría sabido que la puerta estaba cerrada. Y…

Jupiter reflexionó un instante.

—Amigos, cuando perseguimos al tipo que incendió el cobertizo, ninguno vio en realidad al hombre.

Todos se contemplaron mutuamente. ¡En efecto, nadie lo había visto!

—Lo perseguimos porque Rory dijo haber visto a Java Jim —continuó Jupiter—, pero ¿vio a alguien? ¿Había alguien allí?

—O sea que Rory prendió el fuego del cobertizo —dijo Bob—. ¿Y fingió haber visto a Java Jim? ¿Porque Java Jim es él?

—El profesor Shay vio a un hombre corriendo, según dijo —recordó Cluny.

—Y pensó que era Stebbins —replicó Jupiter—. Profesor, ¿vio usted efectivamente a alguien después del fuego, o sólo se lo pareció?

—Tenía a Stebbins en mi mente —declaró el interrogado lentamente—, pero ahora que tú lo dices, creo que no vi a nadie. Rory dijo haber visto a Java Jim. Y yo sabía… bueno, pensé que sería Stebbins.

—¡Rory es el ladrón! —proclamó Pete—. ¡Él ha cogido el tesoro…!

—¿Qué cogió Rory? —tronó una voz en medio de la lluvia.

El escocés les contemplaba hoscamente a todos.

—¡Hum…! —gruñó Jupiter.

Vaciló y se apoyó con la mano en la capota del coche del profesor, dejando caer la linterna. Se agachó a cogerla.

—¡Hans! —gritó el profesor—. ¡Coja a Rory!

Cuando Jupiter se enderezó había una expresión de extrañeza en su semblante. Volvió a tocar el coche del profesor, muy intrigado.

—No —declaró Jupiter de pronto—. No a Rory, Hans. ¡Yo estaba equivocado!

CAPÍTULO 21

El tesoro del «Argyll Queen»

Hans vaciló en medio de la pertinaz lluvia.

—¡Coja a Macnab, Hans! —ordenó el profesor—. ¿Qué dices, Jupiter? Acabas de demostrar la culpabilidad de Rory.

—¡Él nos encerró en la cabaña de la cantera! —gimió Pete.

—¡Pegó fuego al cobertizo y derribó el ahumadero! —recordó Bob—. ¡Acabas de demostrarlo, Primero!

Rory estaba muy pálido.

—¿Cómo? ¿Me acusan de…?

—No se mueva —le prohibió Hans, con una mano en el brazo del escocés.

—Rory incendió el cobertizo —asintió Jupiter lentamente—, encerró a Bob y a Pete y registró el ahumadero. Intentó impedir que buscásemos el tesoro. Pero no es Java Jim ni tiene el tesoro.

—¿Crees entonces que Stebbins es Java Jim? —se intrigó el profesor.

—Sí, Java Jim, exacto —asintió Jupiter—. Pero no es Stebbins. Stebbins no desea el tesoro. Creo, en cierto modo, que intentaba ayudarnos. Cuando irrumpió en la Base, no trató de robar el diario, sólo lo fotografió. Tampoco cogió nada. Más importante aún: usualmente hemos visto a Stebbins cuando Java Jim estaba cerca. Nos seguía a nosotros… ¡y a Java Jim! En Santa Bárbara pensé que sólo quería hablarnos, pero en realidad le asustamos. Creo que fue Stebbins quien envió a aquel chiquillo para que le informase a Hans que estábamos en la barcaza. Y fue a la cantera para liberar a Bob y Pete.

—Entonces… Java Jim actúa solo —murmuró Pete.

—¿Cómo, Jupiter? —se extrañó Cluny—. ¿Cómo es posible?

—Sí, y no, Segundo.

»Java Jim es un individuo raro —prosiguió Jupiter—. Parece un

extranjero, pero conoce muy bien esta comarca. Se dejó ver en Patio Salvaje inmediatamente después de haber estado Bob en la Academia de Historia. Irrumpió en la Academia el día en que fuimos a la isla Cabrillo… pero ¿por qué? No fue a examinar los probables archivos del *Sun Press* de Santa Bárbara, como nosotros, sino que fue a visitar directamente al señor Jesse Widmer. ¿Cómo estaba enterado de la existencia de aquel archivo privado?

—Tienes razón, como siempre —suspiró Bob—. ¿Cómo lo sabía?

—Lo sabía, Bob, porque es un experto en la historia de esta comarca —declaró Jupiter, mirando al profesor Shay—. Rory no fue el único que apareció en la ciudad fantasma después de huir de allí Java Jim. ¡También vimos allí al profesor Shay! El profesor es un experto en la historia local; él es Java Jim y él robó el tesoro esta mañana.

El profesor se echó a reír.

—¡Esto es ridículo, Jupiter! No estoy ofendido, amiguito, y estás muy equivocado. Vaya, yo soy demasiado bajo para ser aquel bribón.

Pero Jupe se explicó:

—Oh, no, es demasiado delgado. Pero una gruesa chaqueta de marino lo arregla muy bien.

—¿Y cómo he robado el tesoro esta mañana, si estaba en casa, metido en cama?

—Anoche lo robó —replicó Jupiter—, cuando Pete sugirió lo de la cripta. Fue entonces cuando usted adivinó la verdad. Por la noche volvió a la isla y encontró el tesoro, usando probablemente una linterna junto a la rama del ciprés, como hice yo. Antes de terminar de sacar el tesoro ya había amanecido, y entonces se lo llevó. Oyó el timbre del teléfono que sonó en la casa del lago. Para asegurarse de que aquella llamada no era peligrosa para usted, se acercó a escuchar. Oyó cómo Cluny decía que ya teníamos la respuesta y que íbamos a reunirnos aquí. Si usted huía y encontrábamos el hoyo vacío, más tarde sospecharíamos de usted. Pero si fingía que el mítico Java Jim tenía el tesoro y había huido, nadie pensaría en usted como el ladrón. ¡Y la policía buscaría eternamente a Java Jim!

Jupiter sonrió levemente.

—Entonces, se escurrió usted dentro de la casa, fingió llamarme

desde su domicilio, y salió a esperarnos. Usted mismo dejó aquellas huellas de las botas y fingió el ataque a cargo de Java Jim.

Todos contemplaban al profesor. En la carretera se oía la sirena policíaca.

—¿Cómo esperas demostrar todo esto, chico? —se impacientó el profesor.

—Oh, señor… Cometió usted un grave error —replicó Jupiter—. Usted dijo que estaba en su casa a las ocho de esta mañana y que vino aquí, llegando poco antes que nosotros. Pero desde antes de las ocho está lloviendo fuerte.

—¿Y qué? —rió el profesor—. No comprendo…

—El suelo está completamente seco debajo de su coche —dijo Jupiter simplemente—. Y el motor está helado. Usted se halla aquí desde mucho antes de las ocho.

Profiriendo un grito de rabia, el profesor dio media vuelta y huyó hacia la carretera. La sirena del coche patrulla sonaba más cerca. El profesor se internó entre los árboles… y de pronto, surgió una sombra oscura que saltó sobre él. Hubo un amasijo de brazos y piernas, y el coche de la policía frenó en seco. Dos policías saltaron al suelo y cogieron al profesor y a su atacante.

Mientras todos los demás corrían hacia allí, el jefe Reynolds parecía intrigado. El jefe miraba al profesor… ¡y a Stebbins!

—¿Qué ocurre, muchachos? —preguntó Reynolds—. ¿Es el ladrón ese melenudo que luchaba con el profesor? ¿Es Stebbins?

—Sí, yo soy Stebbins —proclamó el melenudo—, ¡pero no soy ningún ladrón! ¡El ladrón es el profesor!

—Exacto, jefe —asintió Jupiter—. ¡El profesor es el ladrón! —Acto seguido contó todas sus deducciones—. Supongo que Stebbins nunca robó nada. Seguramente descubrió que el profesor iba tras el tesoro hace algún tiempo, y por esto Shay le hizo encerrar en la cárcel, acusándole falsamente de robo.

—¡Así fue! —afirmó Stebbins—. Cuando salí con libertad condicional, volví aquí para vigilar al profesor y demostrar mi inocencia.

El jefe Reynolds miró al profesor con severidad.

—Si tiene el tesoro, profesor, le sugiero que diga dónde está. A la larga, todo le resultará más fácil.

—Muy bien —se encogió Shay de hombros—. Jupiter me ha

vencido. El asiento posterior de mi coche está hueco. El tesoro está allí.

Dos policías quitaron el asiento. De allí sacaron una chaqueta de marinero, una gorra, unas botas enlodadas, una barba postiza, y hasta unas cicatrices postizas.

—Se disfrazaba muy de prisa —rió Reynolds—. Con la barba, las cicatrices y una voz diferente… ¡era Java Jim!

Pero nadie le prestaba atención. Todos contemplaban la reluciente masa que había bajo el asiento. Anillos, brazaletes, collares, dagas incrustadas de piedras preciosas y estuches, con muchas, muchas monedas de oro. El tesoro robado por los piratas orientales a innumerables buques y ciudades.

—¡Atiza! —gritó el incorregible Pete—. ¡Esto debe valer millones!

—Es fantástico —musitó el jefe Reynolds.

—No puedo creerlo —murmuró el escocés. De pronto, el profesor Shay lanzó un gemido.

—Todo es mío, ¿oyen? Yo no soy un ladrón… ¡El viejo Angus fue el ladrón! ¡Lo robó a mi antepasado! Soy descendiente del capitán del *Argyll Queen*.

—Este asunto compete a los tribunales —decidió el policía—. Al cabo de cien años, dudo que usted pueda demostrar sus derechos. El capitán lo robó a los piratas. Y éstos fueron los primeros en robar el tesoro. Yo creo que pertenece a la señora Gunn. En cuanto a no ser ladrón, tal vez usted no lo sea, pero irá a la cárcel por asaltar casas ajenas.

—¡Y por perjudicar y acusar falsamente a Stebbins! —sugirió Bob.

—¡Llevaos al profesor! —ordenó el jefe a sus agentes.

Lo condujeron al coche patrulla.

Junto con el jefe Reynolds, todos se trasladaron a la casa, para buscar un arcón donde meter el tesoro, que el jefe de policía guardaría algún tiempo como evidencia. Ya en la casa, Cluny le contó exaltadamente todo lo ocurrido a su madre, que se mostró muy asombrada.

—¿Entonces, existía un tesoro y lo habéis encontrado? —se maravilló.

—¡Es nuestro! —gritó Cluny—. ¡Somos ricos!

—Ya veremos —sonrió su madre—, pero os doy las gracias, chicos. Sois unos detectives excelentes.

Los muchachos sonrieron muy felices.

—Jupe —dijo Pete levemente—. Hay algo que no entiendo. El profesor Shay era Java Jim y buscaba el tesoro, pero tú dijiste que Rory incendió el cobertizo y derribó el ahumadero; que nos encerró en la cantera y quiso impedir que hallásemos el tesoro. ¿Por qué?

—Bueno, no estoy seguro —sonrió Jupiter, mirando a Rory—. Aunque lo sospecho. Creo que Rory desea casarse con la señora Gunn, y temía que si ella era rica, no accedería a casarse con él, siendo pobre.

La señora Gunn contempló al escocés con creciente estupor. Rory enrojeció como un pimiento.

—Caramba, Rory —sonrió ella—. Jamás lo hubiese dicho.

Todos rieron y Rory aún enrojeció más.

CAPÍTULO 22

Felicitaciones de Alfred Hitchcock

Alfred Hitchcock suspiró detrás de su escritorio. Los Tres Investigadores volvían a estar en su despacho con un cuento increíble.

—De modo que hace cien años había un tesoro y, a pesar de las dificultades cada vez mayores, lo habéis encontrado —se admiró el director de cine—. Muy bien, escribiré la presentación del caso. Esta tenacidad perruna os honra.

—Gracias, señor —pronunció Bob, coreado por Pete.

—También nos han honrado con algunas piezas del tesoro —explicó Jupiter—. La señora Gunn nos dio unas joyas como premio. Y quiso que guardásemos el anillo hallado en el compartimiento secreto del cofre. Resulta que es muy valioso. Señor, pensamos que a usted le gustaría esto —añadió el muchacho, mostrando la daga malaya del cofre incrustada en gemas—. Para su colección. Un arma pirata del tesoro.

—Gracias, Jupiter —agradeció Hitchcock—. Bien, estoy muy interesado en vuestra historia. Tal vez pueda convertirla en guión de cine. De modo que el profesor Shay es un descendiente del capitán del buque.

—En efecto —explicó Jupiter—. Y también es un auténtico historiador. En su juventud fue marino. Estaba interesado en la historia y el mar, y por esto estudió la historia de su familia y se enteró del caso del tesoro. Entonces, entró a formar parte de la Academia de Rocky Beach para poder buscar el tesoro. Stebbins se enteró de la verdad y el profesor le acusó falsamente y le envió a la cárcel. Cuando la señora Gunn entregó el primer diario del viejo Gunn a la Academia, el profesor observó que faltaban dos meses entre el fin del diario y el asesinato del viejo Angus, por lo que sospechó que había otro diario. Por esto entró repetidas veces en la

casa, para registrar los objetos dejados por el viejo Angus. También buscó las cosas que la señora Gunn había vendido. Cuando no logró quedarse con el cofre en San Francisco, pues ya había sido cedido al museo del señor Acres, fue hacia allí, disfrazado de Java Jim para que nadie sospechase de él. Inventó a Java Jim para que la gente no supiese que era él quien en realidad ansiaba el tesoro.

Jupiter sonrió recordando el caso.

—Después de unirse a nosotros en la búsqueda, quiso demostrar que había un Java Jim, e inventó la historia de que el marino había irrumpido en la Academia de la Historia. Esto fue un error, porque tan pronto como yo supuse que Shay era el ladrón, comprendí que aquello era un cuento. Java Jim no tenía ningún motivo para entrar a robar en la Academia.

—Ah, el cerebro criminal —suspiró Hitchcock—, los delincuentes quieren siempre demostrar demasiadas cosas, ir demasiado lejos.

—En realidad, el profesor no es un criminal —replicó Bob—. Sólo obró impulsado por la ambición. Ahora está arrepentido. La señora Gunn decidió que él posee derecho sobre el tesoro, y le entregará una tercera parte. La utilizará para pagarse la defensa, y cederá el resto para el museo de la Historia.

—La señora Gunn es muy generosa —opinó el director de cine —. Tal vez el profesor llegue a ser bueno. Irá a la cárcel, ¿verdad?

—La señora Gunn no le acusa de nada —explicó Jupiter—. No hay pruebas de que penetrase en la casa. Sin embargo, le procesarán de un crimen peor… de perjurio, usurpación de personalidad y falsa acusación contra Stebbins.

—El joven Stebbins —asintió solemnemente Hitchcock—, solamente seguía al profesor para así poder demostrar su inocencia.

—Exacto —asintió Pete—. Y estaba desesperado queriendo averiguar qué sabía Shay. Le vio, disfrazado de Java Jim, correr por el Patio Salvaje con la cubierta del segundo diario, y luego vio cómo la arrojaba al suelo. Comprendió entonces que existía un segundo diario, aunque ignoraba que lo teníamos nosotros. Por esto, fue a registrar la casa. Rory le vio y le persiguió.

—Más tarde —dedujo el gran Hitchcock—, Stebbins os vio con el diario y lo fotografió para saber qué sucedía. Realmente, quería ayudaros, pero temía que nadie le creyese contra la palabra del

profesor.

—Exacto —exclamó Bob—. Temió que nos fiásemos del profesor. Nos seguía a todas partes, esperando hallar alguna prueba contra su enemigo.

—Ya le han exculpado por completo —anunció Jupiter—. Y la Academia le ha readmitido en su empleo.

—Excelente —aprobó el director de cine—. ¿Y el romántico Rory?

—Bueno —sonrió Jupiter—, admite que desea casarse con la señora Gunn. Sólo trató de impedirnos buscar el tesoro para que ella no le rechazase al ser rica.

—¿Y qué dice ella del casamiento?

—Que lo pensará —sonrió Pete.

—Entonces, se casarán —afirmó el famoso director—. Una magnífica labor, muchachos. Os felicito.

El señor Hitchcock se puso en pie y miró críticamente a Jupiter.

—Tus razonamientos son excelentes, Jupe. Pero me sorprende que no hallaras otra explicación por encontrar el terreno seco bajo el coche del profesor la mañana de la lluvia. Un verdadero Java Jim pudo estacionar su auto allí… y el motor de un coche se enfría rápidamente bajo la lluvia.

—Cierto —concedió Jupiter—. Pero cuando adiviné que el profesor era el ladrón y era Java Jim, recordé un error peor que él había cometido.

—¿Cuál?

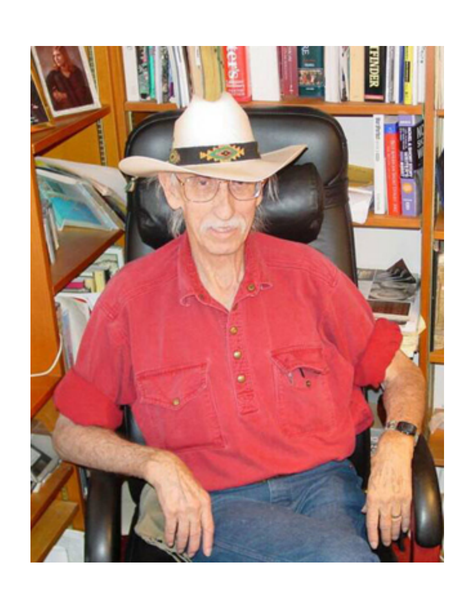
—Cuando Rory prendió fuego al cobertizo —recordó Jupiter— fingió haber visto a Java Jim. Pero el profesor insistió en que había visto correr a Stebbins. Naturalmente, no vio a nadie, pero discutió mucho con Rory. Y discutió tanto porque…

—Sabía que el escocés no podía haber visto a Java Jim —concluyó Hitchcock—. ¡Porque Java Jim era él!

—Exacto —sonrió Jupiter—. Y casi cometió el mismo error poco antes de ver yo el terreno seco bajo su coche. Él era Java Jim.

Cuando los Tres Investigadores se marcharon, Alfred Hitchcock suspiró. Casi se apenaba de todos los delincuentes que tenían que enfrentarse con Jupiter Jones.

Fin



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de *Los Tres Investigadores*. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos Nick Carter, Michael Collins, John Crowe, Carl Dekker, Maxwell Grant y Mark Sadler.

Notas

[1] *Posse*: Grupo de ciudadanos armados, que el *sheriff* reunía para ayudarle a capturar algún criminal. (N. del T.) < <

[2] ¡Dios mío!, en alemán. (N. del T.) <<